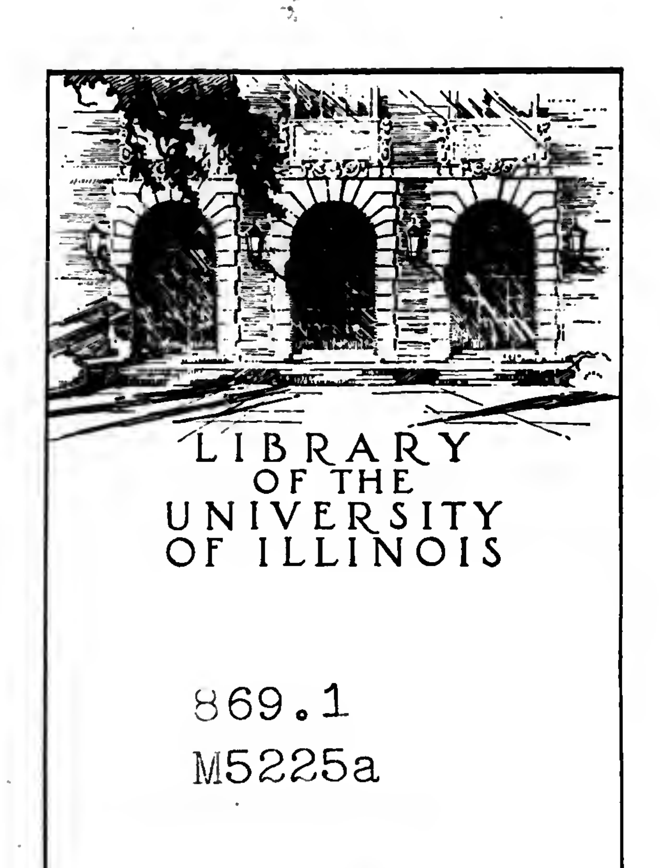


ANA

IMPRESIONES DE UN VIAJE

POR

FEDERICO MENDEZ RIVAS

1888

MÉXICO
IMPRENTA DEL GOBIERNO FEDERAL, EN EL EX-ARZOBISPADO
Dirigida por Sabás A. y Munguía.

1888



F. Méndez Rivas

A mi fino amigo, el inspirado poeta y elegante escritor, Sr Doctor Don Juan de D. Peza, en testimonio de estimación, le dedica este humilde recuerdo su servidor

F. Heredia Rivas

Dbre 20 de 1888.

I

Era una madrugada espléndida del mes de Enero de 1868. La luna en llena, inclinábase hácia Occidente, y como ninguna nube velaba su luz argentada y poética, alumbraba con toda claridad.

Cerca de su disco se encontraba Saturno, el astro de los anillos y de los ocho satélites, el más original y vistoso de los planetas que viajan en el firmamento, cuya inmensa órbita tiene que recorrer en 29 años. Al Oriente brillaba extraordinariamente Vénus; á la mitad de la bóveda celeste, aparecia Marte con su luz sumamente roja, y, á muy poca distancia, se levantaba majestuosamente Júpiter, el más grande del sistema planetario, que, examinado con el telescopio, presenta bandas sombrías y brillantes producidas por las continuas tempestades que se verifican en su atmósfera, lo que proviene, sin duda, de que, á pesar de su gran volúmen, tiene que efectuar su movimiento de rotacion en diez horas.

Del lado del Sur cintilaba Sirio, la estrella más brillante de la constelacion del Can Mayor y de todo el cielo.

Tal era esa madrugada, hermosa, alumbrada por los astros más cercanos á nosotros que recorren el espacio; hora

sublime en que el dia se acerca á suceder á la noche. Por un momento contemplé aquel cielo tachonado de estrellas, aquel suelo envuelto en sombras, y con el alma emocionada por las impresiones que presiente el viajero al emprender su primera jornada, cabalgué para partir.

Acompañado de mi sirviente José Matilde, salí de San Juan Bautista, capital del Estado de Tabasco, rumbo á la Sierra; montaba yo un caballo de los potreros de Saloya, llamado Muralla, notable por su garboso trotar. José Matilde cabalgaba sobre un colorado.

Emprendimos el viaje á eso de las tres de la mañana, y atravesamos las principales calles, la plaza de la Constitucion y el barrio de la Concepcion, resonando un poco despues los cascos de nuestras cabalgaduras al pasar sobre el puente de "Mayito," saliendo ya del recinto de la poblacion. Tomamos un sendero abierto entre la grama ó *camalote*, yerba tan alta y exuberante que nos cubria por completo; penetrando, despues de una milla de camino, á un bosque y encontrándonos á poco andar con una puerta de *golpe*, señal de la proximidad de una finca de campo.

En Tabasco, las poblaciones y las haciendas tienen en sus límites puertas de *golpe*, que consisten en una gran reja de madera dispuesta de tal modo, que al abrirse vuelve á cerrarse por su propio peso, golpeando fuertemente el batimiento, de lo que toman el nombre que llevan.

Penetramos á los cacaotales, cafetales y platanales, que nos empapaban la cara con el rocío depositado en sus hojas.

En Tabasco puede decirse que no existen caminos; es tal la exuberancia del terreno, que se hace imposible conservarlos limpios y anchos, porque pronto brotan plantas de todo género que los cubren: se viaja por senderos únicamente; por eso es que el viajero tiene que proveerse de botas impermeables, *chivarras* y camisa de lana gruesa, para resistir á la humedad de aquellos terrenos.

Al dejar las tierras de labor de la finca, cuya casa no vimos, apareció á nuestra vista el rio Grijalva en el paso de la "Majagua," á tres millas más ó menos de la capital.

En ninguna parte de este anchuroso y profundo rio se ha podido construir un puente, tanto por la escasez de materiales para esta clase de obras, cuanto porque sus aguas varían constantemente de curso. Es, pues, indispensable desensillar y pasar el rio en un *cayuco*, embarcacion especial, larga y angosta, hecha así para contrarestar la fuerza de las corrientes. Este paso, como otros muchos, lo da la municipalidad en arrendamiento al mejor postor por el plazo de un año, en una cantidad fija de que se indemniza con ventaja el arrendatario con el medio real que cobra por cada persona y medio real por cada cabalgadura.

Los caballos del país, acostumbrados á cruzar los rios, solos se echan al agua, y, sostenidos del ronzal, atraviesan nadando rápidamente y lanzando fuertes resoplidos.

Así cruzamos el Grijalva, dominándonos de tal manera la fuerza de las aguas, que tomamos la orilla opuesta como ciento cincuenta varas más abajo del punto señalado.

Al atravesarlo, distinguimos á larga distancia las luces del alumbrado público de la capital, que parecian huir rápidamente, efecto óptico producido por la velocidad de las corrientes.

II

En Tabasco no se acostumbra llevar el espolique ó *tayacán* atrás, como en la Mesa Central; allí los tayacanes van delante, á fin de advertir á la persona á quien sirven, los malos pasos que en el tránsito van encontrando. Mi sirviente

iba siempre precediéndome, machete en mano, cortando las ramas que podian molestarme.

Aquel viaje era delicioso; armonizaba la belleza de la noche con el olor de las flores silvestres que despedian sus más agradables aromas.

A medida que caminábamos se presentaban á nuestra vista riberas pobladas, potreros, fincas de campo, puertas de golpe, vacas echadas que al sentirnos se levantaban y estiraban, mirándonos con atencion.

La luna se hundia ya en su ocaso; y sólo las copas de los grandes árboles eran alumbradas por su vacilante luz.

Los astros que con tanto brillo contemplé durante el principio de mi viaje, habian palidecido notablemente. Era que comenzaba á blanquear por el Oriente la aurora, cuya venida anunciaba ya el canto precursor de la *tutuspana* (polla de agua). Poco á poco fué apareciendo en su carro de brillantes, de topacios y rubíes, y extendiéndose con toda su magnificencia por aquellas regiones.

El ruiseñor, el *zenzontle*, el *clarin de las selvas*, las palomas, despues de esponjarse y sacudirse, saltando de rama en rama, enviaban al aire sus alegres trinos y sus melodiosos cantos, los que interrumpian el chillido áspero de la *pea* y el grito estridente del *zaraguato* (mono), que desde lo más alto de los árboles lanzaba su saludo al nuevo dia.

Los gallos de las casas por cuyo frente pasábamos, cantaban con frecuencia, formándoles dúo el cacareo de las gallinas.

Los olores de la rosa, del azahar, del contí y demás flores tropicales que abrian su cáliz, se confundian en la atmósfera y los atraia hácia nosotros un viento suave y frio que desde la madrugada comenzó á soplar.

Al fin apareció el sol, radiante, deslumbrador, lanzando su roja y ardiente luz sobre todos aquellos campos. Las aguas del rio parecian incendiarse al derramar sobre ellas su claridad, invadiéndolo todo como por encanto.

Las reses que cruzaban el sendero bramaban repetidamente, y alzando la cabeza como queriendo aspirar el calor que recibian, despedian vaho por la boca.

Cuando el sol se habia enseñoreado de aquellos lugares fué arreciando el viento que soplaba; la atmósfera se cubrió de una niebla densa y glacial, cayendo una llovizña sutil; el sol desapareció por completo, sucediéndole una oscuridad crepuscular.

A poco andar, divisamos á gran distancia á Pueblo Nuevo, como envuelto en un sudario blanco.

Cerca de este pueblo pasamos un puente de madera construido sobre el cauce de un profundo arroyo.

Pueblo Nuevo se halla situado en un recodo del rio de la Sierra, sobre un ribazo elevado, de tierra colorada, que le da una vista alegre desde léjos; sus calles son desiguales y tortuosas, debido á las condiciones del terreno. Es el crucero para dirigirse á los demás pueblos que componen el Distrito electoral de la Sierra.

III

Despues de desayunar, continué mi viaje hasta la hacienda Santa Efigenia, donde pernocté, siendo objeto de las atenciones del dueño.

A la caida de la tarde, los mosquitos se alborotaron y nos acometieron con furor, y, para impedir sus piquetes, se cerraron las puertas y se produjo una humareda á fin de ahuyentarlos, conservando las piezas en completa oscuridad.

Tabasco es un país esencialmente hospitalario; el viajero, aunque no sea conocido, desde que llega á una finca es atendido con la mejor voluntad y gratuitamente.

Rendido por el estropeo del viaje, caí en profundo sueño hasta el siguiente dia que me despertó mi sirviente anunciándome que el desayuno estaba servido. En efecto, allí me esperaba el Sr. Oliva con uno de esos almuerzos á la tabasqueña compuesto de huevos fritos *estrellados* y en revoltillo, frijoles prietos refritos, plátanos tambien fritos en rebanadas y enteros asados al horno, tortillas gruesas de maiz tostadas, untadas de manteca y sal, algunas, y otras rellenas de queso fresco del país.

Sobre mancerinas de excelente plata, resto de viejas riquezas entre la gente acomodada, dos jícaras sumamente negras y lustrosas, en forma de copas, cuyas bases tambien eran de plata cincelada, rebosaban de espumoso chocolate, espeso y amargo.

Todo me agradó muchísimo, menos lo último; originario de Yucatán, donde se toma el chocolate aguado, dulce y oliendo á canela, nunca pude acostumbrarme al que se bebe en los campos de Tabasco, sin embargo de los muchos años que residí en el Estado.

Despues de un abrazo de agradecimiento á mi amigo, partí de aquella finca, donde tan bien fuí tratado.

Contemplaba abstraido el paisaje tan rico en vegetacion y en producciones, y las riberas pobladas por familias pobres que viven perennemente en el campo y que hacen su patrimonio de unos cuantos metros de terreno en la orilla de los rios, ya pescando, ya labrando la tierra, y meditaba lo que seria ese fértil suelo colonizándolo, cuando oí un ruido que venia del bosque.

Saqué un rewolver viejo, sistema "Smith," que me acompañó muchos años, y lo amartillé inconscientemente.

El ruido seguia acercándose, y, de súbito, salió de los breñales una hermosa venada, que, al verme, se paró un instante, á tres varas de mí; en el momento en que iba á seguir su

carrera, extendí el brazo y disparé: á la detonacion, la venada dió un tremendo salto y cayó muerta.

Mi muchacho se asustó al tiro y se me acercó pálido de miedo; pero se calmó cuando comprendió lo que había sido.

¡Ah, mi amo! me dijo, qué hermoso animal y qué tiro tan certero; en el *merito* corazon.

El se encargó de llevar la venada en ancas de su caballo, á un rancho inmediato á donde nos dirigimos.

El dueño, hombre del pueblo, salió á recibirnos con muestras de respeto, y me ofreció á su familia para beneficiar la cacería.

Muy gustoso acepté la oferta, y pasé un dia contentísimo. Tenia aquel hombre cuatro hermosas hijas, Filomena, Soledad, Guadalupe y Juana, trigueñitas, jóvenes y simpáticas, que fueron las encargadas de la barbacoa y de los guisados. ¡Qué piés tan lindos los de aquellas ribereñas! Como andaban descalzas, fácil me fué contemplarlos: chicos, gorditos, con un empeine difícil de describir, dejando entrever, cuando andaban, algo de la pierna torneada y perfecta, como las que en el mármol han esculpido los viejos artistas paganos que, divinizando la forma en sus diosas, han creado obras inmortales.

Allí me habria quedado más tiempo, muy contento, cerca de esas hijas de la selva; pero, al amanecer, me despedí de aquellos ojos que esquivaban verme, abandonando con harta pena aquel interesante grupo, llevando los más gratos recuerdos en mi corazon.

Llegué á un pueblo llamado la Ermita, tomé allí algun descanso y continué á Teapa, distante dos leguas.

IV

Teapa, la segunda ciudad del Estado de Tabasco, situada en el confin de un simpático valle cruzado por límpidos

arroyuelos y matizado de caprichosos prados y de floridos vergeles, se reclina en las faldas de la Sierra como una odalisca en los cojines de un blando divan.

Es notable Teapa por su vista pintoresca, por sus cristalinas aguas, por la belleza de sus mujeres y por las costumbres de los hombres.

Alojéme en casa de un viejo amigo, el Sr. Altamira, hombre que vivia solo y que se daba una vida patriarcal. Habitaba la mejor casa de portales situada en la plaza principal, y tenia una servidumbre que se afanaba por servirle.

A las siete de la noche nos sentamos á la mesa, á cenar, y, en obsequio de la verdad, podian lucir en el mejor banquete los guisados, postres, excelentes vinos y supremo café que nos fueron servidos.

Despues de hora y media de saborear aquellos manjares que tomamos oyendo agradables piezas de música tocadas por una orquesta formada de jóvenes que el Sr. Altamira habia educado, nos levantamos de la mesa.

Al pasearnos el Sr. Altamira y yo por el corredor, notamos que mucha gente se ocupaba empeñosamente en adornar los corredores de la Casa Municipal, para un baile popular de zapateo que debia verificarse en celebridad del cumpleaños del Jefe político, que más tarde fué asesinado á inmediaciones de la ciudad.

Al dar principio el baile á eso de las diez y cuando el salon se hallaba lleno de bonitas jóvenes del pueblo, nos dirigimos á disfrutar de aquella diversion.

Fuí presentado á la autoridad que se obsequiaba, la que me invitó de una manera fina á entrar al salon.

¡Lástima de que casi todos los bailes de zapateo en Tabasco sean tan desordenados! Si en un salon hay cincuenta bailadoras y caben en él bailando, sin que haya fuerza humana que pueda impedirlo, las cincuenta son sacadas á bailar simultáneamente.



El baile de zapateo.

De aquí que las garbosas y buenas zapateadoras no se lucen, en razon de que se encuentran tan juntas, tan apretadas, que no pueden hacer ver su destreza.

Entre las bailadoras habia una jóven de quince años, más alta que baja, gordita, de un color apiñonado, nariz perfecta, labios frescos y rosados, ojos negros, cejas pobladas, y dos trenzas que, como las de todas las teapanecas, tenia que sujetárselas á la cintura para no arrastrarlas. Llamábase Lucía.

La declaré mi predilecta; haciéndome de confianza acerquéme á ella, y despues de permitirme tocara una de aquellas hermosas trenzas que yo admiraba sorprendido, entablamos una conversacion animada.

Supe por ella que las aguas de varios arroyos tenian la virtud de producir el crecimiento del cabello de una manera tan asombrosa, que personas de escaso pelo lo habian adquirido abundante con solo permanecer algunos meses lavándose la cabeza en aquellas aguas prodigiosas.

Lucía, además de su belleza plástica, tenia una voz argentina, sonora, dulce y simpática.

—¿Le gusta á vd. el baile? le pregunté.

—Sí pues, muchísimo, pero el baile, nó el fandango, me contestó, parándose en seguida á bailar con un moceton que la invitó.

Y, en efecto, aquella jóven lucía en el zapateo un talle que se movia como una flexible palmera al impulso suave de la brisa, y un garbo que yo llamaria distinguido. Sus lindos y bien calzados piés se movian con tal precision, siguiendo el compás del aire que se tocaba, que no hubo remedio me entusiasmé, salí de mis casillas, como vulgarmente se dice, eché un ¡hurra! á la bailadora y me lancé á bailar con ella, pidiendo la *paloma* con un ademán en el sombrero, segun se acostumbra por allá.

Por fin se entusiasmaron el Jefe político y los amigos, y

exclamaron á gritos: *¡¡bomba!!* haciendo cesar la música y formando los concurrentes en derredor nuestro una gran rueda.

Comprometido á confeccionar algo en verso, fijé la mirada en Lucía y la dije en voz alta:

Son tus ojos, prenda mia,
Luceros que lanzan fuego,
Que robaron mi sosiego
Al contemplarte, Lucía.

¡Bravo! ¡bravo! repitieron cien voces; ¡música! ¡música! exclamaron de nuevo, y yo seguí admirando aquella beldad.

Al concluir de tocar la orquesta nos sentamos juntos; ya no podia separarme de ella, tal era el atractivo que me habia inspirado.

—¿De dónde es vd., pues? me preguntó con interés.

—De Yucatán, hermosa, le contesté.

—¡Ah! qué señor tan chancero, pues no dice la verdad.

—¿Por qué te habia de engañar, lucero de la mañana? la repliqué envolviéndola en una mirada amorosa.

—Los yucatecos tienen la cabeza redonda y el habla extraña, y vd. no tiene ni lo uno ni lo otro.

—Acerca de la cabeza, hija, incuestionablemente la tengo redonda; he olvidado algo el dejo de mi país, tomando el de aquí por los años que llevo de residencia en el Estado.

—Aunque lo asegure, pues, no lo creo; será vd. de la capital ó de la Chontalpa.

No habiendo podido convencer á mi simpática interlocutora, cambié de asunto.

—Preciosa, la dije, si supieras qué cariño has engendrado en mi corazon en este corto tiempo que he permanecido á tu lado.

—Que lo crea, pues, ni la burla me perdona.

—Pues creelo; ya te amo, ya te adoro, me has abrasado en la llama de tu amor. Le largué toda la andanada de estribor, como diria un marino; tal éra mi entusiasmo.

—Qué va vd. á quererme, pues, si soy fea.

—Nada de fea eres; ese par de ojos tan hechiceros que la naturaleza te dió, son capaces de trastornar á un santo.

La pobre jóven, animada con el vino y con mis requiebros, casi estaba rendida al amor.

Las jóvenes del pueblo de Tabasco tienen un modo de vestir sobre manera vistoso y seductor.

Usan enaguas y camisas de superior lino, con tiras bordadas de seda negra, y tan escotadas, que se descubre una parte del seno y todos los brazos; forman el cabello en dos crenchas, uniéndolas por los extremos con listones de colores vivos; en la parte posterior de la cabeza, precisamente donde empiezan á formar las trenzas, colocan una peineta angosta y semicircular, de carey con cincho de oro liso ó afiligranado; y, siendo como son sumamente limpias y estando dotadas por la naturaleza de unos ojos negros y picarescos, con el rebozo de seda echado á la andaluza, como lo llevan, el atractivo de las tabasqueñas es irresistible.

V

Esa noche, hasta mi pobre Matilde fué festejado y sacado á bailar. Sus ojos dormidos, su excesiva humildad y un encogimiento de hombros especial que yo conocia bien, me revelaron que el licor habia invadido su débil cabeza.

Ya muy avanzada la noche y despues de haberme comprometido Lucía, sus compañeras y los amigos á tomar vino, á bailar y á echar *bombas*, me retiré á dormir.

¡Qué sueños tan agradables se produjeron en mi ardiente y enamorado corazon esa noche!

¡Amores efímeros, ilusiones que duran lo que una flor, sonrisas pasajeras, ratos de felicidad que desaparecen como las sombras que huyen de la luz, caricias imaginarias que se van y no vuelven más!

¡Cuántas veces mis labios y los de Lucía se confundieron en el sueño, y disfrutando de un arrebatador contacto imaginario, abrí los ojos y me encontré con mi criado á los piés de mi cama!

Al despertar, sentí ese desconsuelo que se experimenta cuando se recuerda despues de un sueño agradable, de uno de esos sueños de que nunca hubiéramos querido despertar.

Esa tarde salí á conocer á Teapa. Visitamos un barrio nombrado Tecomagiaca, que tiene un templo de bóveda, una casa de portales y muchas muchachas bonitas.

De este lugar subimos al "Cerrito," eminencia aislada de la Sierra alta, en que viven familias pobres. El lugar es precioso, porque desde allí se domina toda la ciudad y sus alrededores.

Del Cerrito bajamos por el rumbo opuesto á dos arroyos, el "Zapote" y el "Chinin," este último de agua sumamente delgada y exquisita, cuyo chorro, desprendiéndose de una elevacion de cinco á seis metros, forma una pequeña cascada.

De los arroyos nos dirigimos al barrio de Esquipulas y visitamos el templo, en construccion entónces.

Camino de la fábrica encontramos muchas personas del bello sexo, entre ellas señoras y señoritas de la clase acomodada, conduciendo en unos cestitos piedras y arena tomadas del rio.

El Sr. Altamira me presentó á varias de esas familias que cumplian su promesa al Señor de Esquipulas, y tambien á otras que vivian cerca del templo y que tomaban fresco sentadas frente á sus casas.

Es incuestionable que las teapanecas son esbeltas y garbosas y de facciones interesantes.

Fuí presentado á un grupo de jóvenes rubias y de ojos azules como el cielo. Tambien lo fuí á otro de ojos y cabellos negros, en las que se mezclaban armoniosamente los tipos romano y circasiano con el sajon.

Observábase uniforme en ellas el largo de las trenzas; cada una parecia llevar á la espalda dos serpientes de cabellos, no usando peinados á la moda porque no podian hacérselos; pues tal es la abundancia de sus cabellos que se dificulta formar el tocado.

La mujer teapaneca es, por lo general, dócil y amorosa con su familia. El hombre es celoso y turbulento.

Los teapanecos se distinguen de los demas habitantes del Estado. Desde niños comienzan á montar á caballo y á manejar el rewólver, arma de que no se separan nunca. Usan sombrero charro galoneado, por lo regular echado atrás para descubrir toda la frente.

La costumbre de andar á caballo, los hace excelentes gi netes, llamando la atencion, hasta en la Capital de la República, por su modo de sentarse en la silla. Cuando tienen alguna querella personal, la ventilan á caballo. Pues bien, hasta para enamorar, lo hacen á la gineta.

Cuando algun jóven desea declararse á alguna dama, al distinguirla, espolea su caballo, que parte á toda carrera y lo pára bruscamente frente á su pretendida. Ya sabe ella que eso significa: "Declaracion de amor."

Teapanecos he visto que, montados á caballo, sin apearse para nada, se han pasado horas enteras en pláticas con la novia, costumbre difícil de desterrar por hallarse muy arraigada.

VI

Al siguiente dia el Sr. Altamira me acompañó á conocer el resto de la ciudad.

La calle principal es recta, bastante ancha, embanquetada y empedrada, con un arroyo angosto en medio de ella, por donde corren aguas cristalinas de otros arroyos que convergen á él. Tiene edificios de moderna arquitectura de uno y dos pisos y muchos establecimientos de comercio bien surtidos, elegantes y vistosos. La parroquia es nueva y de buena construccion.

Más de ocho arroyos cruzan la poblacion, de modo que existen tantos puentes pequeños que me fué imposible contarlos.

Teapa se halla rodeada completamente de cerros, y sólo tiene una salida al llano por el rumbo de San Juan Bautista.

Un rio, cuyo lecho es de piedra, muy accidentado, que se encuentra lleno de pozas, remansos y raudales, pasa bañando la ciudad por el Sur y lamiendo la cordillera que la rodea por el mismo lado.

Toda la poblacion se encuentra en alto, relativamente; por lo qué casi no existen mosquitos.

Su clima es templado si se compara con el de los pueblos de la llanura, las noches son muy agradables en verano y frias en invierno.

A mi juicio, es la mejor poblacion del Estado para vivir; allí jamas se desarrolla la fiebre amarilla, y, siendo ménos húmedo el terreno que el del resto del país, la anemia no se desarrolla con facilidad, mientras que en todas las demas regiones es la enfermedad reinante. Posee fincas costosas en sus cercanías y en la poblacion quintas de alegre perspectiva.

VII

Trascurridos tres dias de mi llegada, algunos jóvenes que se habian hecho mis amigos promovieron un baile de *etiqueta*, que debia verificarse esa noche, el que tenia por objeto darme á conocer á las familias principales.

A las nueve de la noche, el Sr. Altamira y yo, vestidos de negro, nos constituimos en la sala del baile, la que se hallaba bastante bien adornada.

Los invitados comenzaban á llegar, reconociendo yo á jóvenes que entraban de levita negra y muy estirados, con una dama en cada brazo, á quienes al caer la tarde habia encontrado de blusita blanca, sombrero de ala descomunal, el gran rewólver á la cintura y *rayando* sus caballos.

Hasta de algunas fincas cercanas se animaron á echar una cana en aquel festival.

Poco á poco fué llenándose la sala del baile.

Aquello era un pensil de exquisitas flores: todas las muchachas lucian sus hermosos cabellos peinados en dos trenzas entretejidas con listones de colores en sus extremos.

Allí no se conoce el agua de Juvencio, ni la tohalla de Vénus, ni nada por el estilo; ni polvo siquiera se usa: agua pura y jabon son los útiles del tocador.

Era un verdadero bouquet de primorosas pollas. Junto á un grupo de rubias de ojos de cielo, se veia otro de blancas como el alabastro, ojos claros, cejas y cabellos castaños; más allá otro de morenas de ojos y cabellos negros.... Y así habia tal variedad de bellezas que resolví atraerme á varios amigos para que me informasen quiénes eran esas beldades.

Aquellas ¿quiénes son? les preguntaba.—Las Pedreros. —¿Y las otras?—Las Giorganas.—¿Y las de más allá?—Las

Perez.—¿Y las que siguen?—Las Calzadas.—¿Las de enfrente?—Las Quinteros.—¿Las de más acá?—Las Gurrías. —Y.... en fin, estupefacto me encontraba ante ese grandioso espectáculo de jóvenes todas bellas; ninguna fea formó en aquel eden.

¡Pobre Lucía la del baile de zapateo! A través de las rejas de fierro de una ventana, conocí sus ojos negros que centelleaban; era que iba á presenciar aquel baile de la aristocracia á donde no podia entrar. En el baile de zapateo me había fijado en Lucía como una de las mas simpáticas; en este no podía tener prediccion por una sola, porque todas eran bellas, simpáticas y atractivas.

Ya que el calor me sofocaba salí á la calle á tomar fresco y me encontré á Lucía que, empinándose, atisbaba por una ventana, en cuya ocupacion la sorprendí.

—Qué alegre ha estado, pues, el Señor, me dijo con songa, y como envidiosa de las que estaban en el baile.

—En efecto, le contesté, estoy tan alegre aquí como lo estuve en el baile de ustedes.

—A éste no vine, prorrumpió con desden, porque no me agrada rozarme con las encopetadas, que son muy criticonas; pero me invitaron á él.

—Pues hiciste mal en no venir á divertirte; eres bastante bella para lucir en cualquier parte.

Decíale la verdad, era del pueblo, pero excesivamente simpática.

Habia muchos grupos de jóvenes á caballo, frente á las ventanas, que no asistieron al baile, por no alguna cáusa, pero cuyas novias ó pretendidas se encontraban allí y estaban celosos de verlas danzar en brazos agenos.

Me seguia Lucía echando *pullas*, cuando empezaron á reñir dos de un grupo de los de á caballo, y en medio de los insultos que se dirijgan, se oyó un tiro de rewólver. A la detonacion, salieron todas las bailadoras sumamente afligidas

y llorosas por temor de alguna desgracia. Este fué el fin del baile; en el acto tomaron sus abrigos y se despidieron, á pesar de nuestras instancias para que se quedasen. Era la media noche, el baile se hallaba tan divertido que el dia nos habria sorprendido bailando, sin este incidente. Casi todos los bailes que yo presencié en Teapa acabaron por un disgusto ó por algun disparo de pistola.

VIII

El siguiente dia lo dediqué á visitar á mis presentadas la noche anterior, pasando momentos placenteros ante la franqueza, sencillez y sinceridad que encontraba en aquellas familias.

Algun tiempo despues fuí nombrado Jefe político de aquella ciudad llena de encantos y logré por más de un año conservar la armonía entre todos, procurando construir una fuente en medio de la plaza, de aguas tomadas del arroyo del Chinin, á más de seiscientos metros, obra que terminé y tuve el gusto de ver funcionar, y que no sólo era de ornato, sino de utilidad pública, pues llevaba al centro de la ciudad las aguas más delicadas.

Esta obra fué hecha con beneplácito de todos los habitantes. Promoví una suscricion á que todos contribuyeron gustosos, nombré *madrinas* á todas las jóvenes, que, por cierto, correspondieron dignamente á mi invitacion, y, en fin, se inauguraron los trabajos el primer dia de la fiesta de Santiago, patron de la ciudad, y con gran entusiasmo asistieron más de cuatro mil personas á aquella celebracion.

IX

Poco despues, las divisiones políticas, esa hidra que devora á nuestra sociedad, especialmente en los pueblos pequeños, vino á dar al traste con el bienestar que disfrutaba Teapa.

Próxima la lucha electoral de Presidente de la República y miembros del Congreso de la Union, los círculos políticos se pusieron en actividad, pero lo hicieron sin preocuparse de la cuestion general: la local era su punto objetivo.

Naturalmente, al comenzar sus trabajos, noté que la idea era subvertir el órden y me ví obligado á asumir una actitud enérgica á fin de reprimir el movimiento iniciado. La division fué completa.

De la actitud que tomé, vinieron disgustos, y enemistades que me crearon una situacion bastante difícil y peligrosa.

Los hechos no tardaron en precipitarse.

Estalló la revolucion en Teapa, despues de las elecciones primarias, en momentos en que me encontraba en la Capital del Estado, conferenciando con el Gobernador, para proceder á las elecciones secundarias. Salí en el acto con un piquete de cuarenta hombres á sofocar el movimiento, con la seguridad de que se me reuniria una fuerza que venia de Chiapas, cuyo Jefe, por miedo indudablemente, se negó á acompañarme. Reforcé mi pequeña columna de ataque hasta cincuenta y tres soldados y con ella entré á Teapa por un rumbo opuesto al punto que los pronunciados escogieron para emboscarse, en espera mia. Algunos disparos de una avanzada de seis á ocho hombres de á caballo, fué toda la resistencia que hallé.

Al saber los emboscados que era yo dueño de la ciudad,

tomaron rumbo á Huimanguillo por el *Chilar* hasta cuyo rio llegué, retornando á la Cabecera por ser imposible alcanzarlos. Procedí, pues, á la eleccion secundaria, resultando de ella D. Benito Juarez, Presidente, el Lic. Juan Sanchez Azcona Diputado propietario, y el Sr. Leon Alejo Torre, suplente.

X

Despues de varios dias de permanencia allí, me invitaron algunos jóvenes á la pesca de mojarra y bobo-escama, durante la noche, con lo que llaman linterna sorda. Esta consiste en un aparato de forma cilíndrica, de nueve á diez pulgadas de alto por cuatro de diámetro, con un vidrio circular enormemente grueso que arroja la luz á una gran distancia, sin distinguirse al individuo que la conduce. El foco de cristal que la emite va oculto por una tapa de alefriz que se abre á voluntad.

Hicimos, pues, los preparativos, y armados de todo lo necesario y varias fisgas de distintos tamaños, nos dirigimos rio arriba á distancia de más de media legua de la poblacion.

Nos esperaban varios cayucos con remeros vigorosos y nos embarcamos, dirigiéndonos á unos grandes remansos.

Llevábamos cuatro lámparas sordas. El jóven Peñaloza iba á la proa del cayuco que me conducia, con el objeto de enseñarme el modo de pescar en medio de la más completa oscuridad.

—¡Por aquí, mi amo! dijo el remero, hay mucha mojarra. Matilde, que iba conmigo, contestó.—Cállese, amigo, que se van, si lo oyen hablar.

—La pegué, puej, respingó el otro, ya tengo nuevo amo que me regañe y es un *asimplao* como yo.

Tuve que intervenir para cortar la cuestion imponiendo silencio á los dos.

—A mi amo lo respeto, pero á este andrajoso, nó, dijo Matilde.

—¡Ahora,! ¡ahora es tiempo! me dijo en voz muy baja el jóven Peñaloza; aliste vd. la linterna, que ya estamos en el cardúmen. Tenga vd. la fisga en direccion del fondo del río, repitió, y abra la linterna cuando vea que yo he descubierto la mia.

—Estoy listo, le contesté.

En ese instante descubrimos las linternas, casi simultáneamente, y la luz se extendió en la superficie, alumbrando hasta el fondo.

—Nada hay por estos bulleros, exclamó el jóven Peñaloza contrariado.

Los otros cayucos nos seguian en silencio. Ya que habiamos avanzado algo, volvimos á descubrir las linternas y entónces muchas mojarras pintas de amarillo y negro salian á la superficie, como reconociendo el foco de luz: estaban encandiladas. Inmediatamente, avisados con una guiñada de ojos, lanzamos las fisgas sobre los peces. El jóven, muy práctico en ese género de pesca, fué certero en el gólpe. Yo no pude hacer nada y habiendo perdido el equilibrio, en nada estuvo que recibiera un baño nada apetecido.

Pasadas dos horas, los piquetes de los mosquitos me habian fatigado mucho y manifesté deseo de retirarme.

Yo solo cogí cuatro mojarras mientras que mis compañeros habian hecho una excelente pesca de vagres y mojarras, tanto á la fisga como á la tarralla.

En lugar de atracar á la márgen derecha en que nos embarcamos, lo verificamos á la opuesta.

Ya en tierra, me sentí otro hombre, pues la posicion conservada en el cayuco, inclinado fijamente hacia el río dos horas, hubiera cansado al más fuerte y apasionado pescador.

—Le tenemos preparada una sorpresa, me dijeron mis compañeros, la cacería de venado en frijolares, tambien con linterna sorda.

Mientras averiguaban si no habia gentes por el campo que corrieran riesgo de ser matadas por equivocacion, entramos á una casita y allí atrapé una hamaquita yucateca en la que descansé un poco, mientras preparaban el café y calentaban la cena.

Era la media noche uando tomamos rumbo al frijolar.

Llevaban dos escopetas *huacas* (de dos cañones), una me entregó el jóven Peñaloza, quedándose con la otra.

Llegamos á la milpa, penetramos guardando el mayor silencio y la recorrimos por toda la circunferencia con ávida mirada.

—Veo un bulto, dije á mi guía, al terminar el rodeo.

—Pues ya que se acerque alúmbrele vd., y si es venado ya sabe lo demás, me contesto al oido.

Así lo hice y, al descubrir el fóco, distinguí un hermoso venado que avanzaba lleno de confianza: al acercarse al cañon de la escopeta, estiraba el hociquito, como si quisiese lamerlo. Parecióme cobarde accion disparar sobre aquel animal y parecióme, tambien, que aquella caza no ofrecia los atractivos del peligro, que son los que seducen á los cazadores, y no disparé; pero no pude evitar que lo hiciese mi compañero. A la detonacion, el venado huyó herido, sin duda, pues vimos bien que hasta la piel le habia chamuscado.

Con el entusiasmo y la ansiedad de alcanzarlo corrimos siguiéndolo; los más prácticos iban adelante de nosotros; despues de perseguirlo á una gran distancia lo vimos caer en una cañada y nos dirigimos á él.

Todas las linternas lo alumbraron: respiraba aún el pobre animal. La herida habia sido en buen lugar pero la proximidad impidió la muerte rápida.

—Es más grande este venado, mi amo, dijo Matilde, que la venada que mató su *mercé* con el rewólver.

Nos preparamos á cruzar en un mal paso, por no retroceder media legua.

Entramos al cayuco, el jóven Peñaloza, Matilde, el remero y yo. Cuando habiamos franqueado un raudal peligroso cerca de la orilla, una rebeza volcó el cayuco, cosa que fué imposible evitar porque se hallaba ébrio el remero, y recibimos un baño desagradable, habiendo estado á punto de ahogarnos, lo que, por fortuna no sucedió, gracias á que todos sabiamos nadar.

Completamente mojados tomamos el camino de la posada, ejercicio que en algo me preservó de una enfermedad. En pos de nosotros pasaron los demás á quienes nada aconteció en la travesía porque echaron á tierra al borracho y fueron remando ellos mismos.

El venado me fué llevado en seguida como un obsequio.

Ya en la posada, Matilde se ocupó de alistarme ropa limpia y seca y de darme una buena friega de aguardiente alcanforado en todo el cuerpo, con lo que pude dormir sin peligro.

XI

Pasados algunos dias, fuí invitado por el Sr. Romellon á visitar una inmensa gruta en los cerros de Coconá, inmediatos á su hacienda, debiendo comer á la entrada de dicha cueva al finalizar el paseo.

Para este viaje campestre se convidó á varios amigos que debian llevar á sus familias.

Así fué: el domingo siguiente, muy temprano, cuando el sol coloreaba las copas de los grandes árboles, nos pusimos en movimiento, el Sr. Altamira, Matilde, los músicos, y yo, todos á caballo.

En el tránsito se nos fueron reuniendo los demás convidados y tomamos el camino de la finca del Sr. Romellon, á donde llegamos muy pronto por su proximidad á la poblacion. Ya el dueño nos esperaba.

Como el trayecto de dos kilómetros que faltaba para la gruta, no podía hacerse á caballo por ser muy accidentado el terreno, echamos pié á tierra, dejando las cabalgaduras en la hacienda.

Algunos llevaban escopetas á fin de amenizar el dia con la cacería de aves ó conejos.

El Sr. Romellon y dos ó tres más nos adelantamos. Las familias irían luego que acabaran de arreglar la comida, condimentada ya y que sólo debia calentarse á la hora de servirla.

Despues de andar como un kilómetro, Matilde, que se habia adelantado á nosotros, se nos presentó pálido, sin poder articular palabra, por el terror que se revelaba en su semblante y sólo me pudo indicar con la mano la direccion que trajo, diciéndome: ¡allí vienen, mi amo, y son muchos! Creí, primero, que pudiera ser gente armada, pero, ya un poco calmado Matilde, me aclaró que era una manada de jabalíes y que, por fortuna, los habia visto venir lejos y pudo escapar para avisarnos.

Como el negocio urgia, pues tardarian poco en presentarse, el Sr. Romellon me indicó que era bueno escondernos y dejarlos pasar. Yo opiné que era una cobardía huir de aquellos animales, y no sólo resolví esperar, sino que avancé hácia ellos con el rewólver amartillado. El Sr. Altamira me observó que no sabia lo que hacia con animales tan feroces: él y los demás tomaron el bosque y se internaron en la espesura, siguiéndome Matilde únicamente, demostrando el miedo en la cara descompuesta.

A poco andar me encontré con la manada de puercos, y disparé sobre el grupo matando uno. A la detonacion, ya

Matilde habia buscado un árbol, subiéndose á él con admirable ligereza.

Inmediatamente me ví asediado por aquellas fieras que me rodeaban produciendo un ruido infernal, espantoso, con los grandes y afilados colmillos que hacian sonar como millares de castañuelas. Disparé el segundo tiro sin resultado; ya tenia muy cerca de las pantorrillas algunos jabalíes con intenciones de morderme. Dí un tercer disparo sin resultado alguno, y como á cada detonacion se enfurecian y acercaban más, al último pistoletazo, un animal de aquellos me mordió una bota, y tuve que treparme á un árbol que me servia de trinchera. Cuando me hallé fuera del alcance de sus colmillos, rodearon el tronco, y se paraban como queriendo alcanzarme. Al cuarto tiro, sólo herí uno en un muslo, el que huyó siguiéndolo los demas. A corta distancia oí dos disparos de escopeta: era que los compañeros escondidos tiraban á los que iban atrás, matando á uno de ellos.

En efecto, fué una barbaridad la que cometí, por razon de que, cuando algun cazador se encuentra con un grupo de estos animales, debe esquivar su encuentro, dejándolos pasar y cazando los que van atrás sin riesgo de que retornen. Atacarlos de frente, es sumamente peligroso y ha dádose caso de que una manada de jabalíes haya hecho pedazos á un hombre que no ha podido encontrar árbol en que refugiarse.

Llegamos, por fin, á la entrada de la gruta y poco despues aparecieron las familias, que nada vieron ni oyeron.

Descansamos un instante, se encendieron los hachones preparados de antemano, y toda la caravana emprendió la marcha al interior.

El primer salon que encontramos tendria cincuenta metros de largo por veinte de ancho. En él habia figuras interesantes y curiosas que parecian de mármol de Tecali, formadas de estalactitas y estalagmitas.

Algunas semejaban mujeres cubiertas con mantos blan-

cos, otras leones, etc. Pasamos á otro departamento mucho mayor, tambien lleno de formas fantásticas y fuimos penetrando de salon en salon hasta descubrir un lago subterráneo. Improvisamos una balsa de tablas, y en ella el Sr. Romellon y yo, buscamos el fin de aquellas aguas, yo remando y él con el hachon alumbrando la inmensa bóveda que repetia los ecos de nuestras palabras.

Despues de andar mucho, llegamos á un lugar en que las aguas descendian con estrépito á una gran profundidad, lo que nos obligó á retroceder, observando que el lago era tributario del rio Puyacatengo. Despues de explorar canales subterráneos llenos de curiosidades, llegamos bien tarde al punto en que nos embarcamos. Los demas excursionistas se habian retirado á la boca de la cueva, una vez que desaparecimos, ménos Matilde, que se hallaba sentado en una piedra en espera nuestra.

Tomamos rumbo á la boca, reuniéndonos á los pocos instantes á nuestros compañeros, que nos recibieron con vivas y gritos de alegría.

En el acto se calentaron los guisados y sentados en el suelo al rededor de un inmenso mantel, saboreamos la comida, que fué salpicada de chistes, bríndis y bromas.

Concluida ésta, retornamos á la hacienda, y, despues de una despedida cordial, tomamos el camino de la ciudad.

En el paseo, tuve ocasion de conocer á un paisano mio que residia desde muchos años atrás en la Sierra. Preguntóme si habia sido mi padre D. Vicente Mendez, matado el 15 de Enero de 1847 por los indios bárbaros, en Valladolid, y, á mi contestacion afirmativa, me refirió que él habia presenciado el hecho, salvándose milagrosamente.

XII

Impresionado por el relato que habia escuchado, del fallecimiento de mi padre contado por un testigo ocular, experimenté una sensacion parecida á la de un sueño en que se ve un sér amado que se ha perdido.

Me puse á meditar profundamente y vino á mi memoria el recuerdo de que, allá en la niñez, acurrucados en el regazo de mi madre, con las manos extendidas sosteniendo con ellas las mejillas, los codos descansando sobre las rodillas, los ojos abiertos de ansiedad, oimos atentamente, mis hermanos y yo, la narracion triste que nos hacia ella, de la manera cómo mi padre habia sido matado, despedazado vivo y comido despues, por los que, lanzando el grito de rebelion contra los blancos, cometieron hechos de barbárie con que empaparon de sangre el suelo yucateco.

Mi madre nos referia estos hechos de salvajismo derramando abundantes lágrimas.

En los detalles, los sollosos embargaban su voz.

Le formábamos coro, acompañándola en su profundo dolor, llorando con ella.

Poco tiempo sobrevivió á mi padre........

Tambien vinieron á mi mente las impresiones dolorosas del viaje que hice á Valladolid cuando era ya hombre y mi madre habia descendido á la tumba, época en que conocí el edificio histórico, célebre, en que permaneció mi padre en lucha con los bárbaros.

Una casa denegrida, injuriada por la mano del tiempo y del abandono, casi cubierta de verde lama, de aspecto inquisitorial, era la que se llamó vicaría. Sobre aquel techo

manchado con la sangre de un héroe, sostuvo mi padre lucha desigual, cuerpo á cuerpo, con millares de indios mayas, hasta que fué herido.

Vivo aún, fué arrojado á la calle; á su caida, esos salvajes desenfrenados, ébrios de sangre, se lanzaron sobre su cuerpo, haciéndolo pedazos y comiéndolo con ostentacion, para significar su odio contra la raza blanca.

XIII

Segun el relato del testigo, era la media noche entre el 12 y 13 de Enero de 1847.

En las inmediaciones de Valladolid, la segunda poblacion del Estado de Yucatán; en medio de las sombras y cual fantasmas venidas del averno, multitud de grupos de indios llegaban de todas direcciones, como las legiones infernales pintadas por Espronceda en su "Diablo Mundo."

Poco á poco aumentaba el número y á medida que avanzaba la hora, aquellos grupos íbanse convirtiendo en un mar de hombres, cuyo agitado oleaje, sordo, lúgubre como el retumbo lejano que precede á la tempestad, crecia amenazador.

Cuando la aurora comenzó á aparecer en Oriente, esa masa humana efectuó un movimiento fatídico; avanzó con lentitud, formando una larga serpiente.

Valladolid sentia los estragos de un sitio que se establecia en su recinto.

Más de cien mil indios, al grito de guerra, hacian temblar la tierra y estrechaban con un cincho impenetrable á un puñado de valientes que guarnecia la ciudad.

Valladolid sólo tenia cuatrocientos hombres de guarni-

cion, siendo jefe de la plaza un coronel Venegas del interior de la República y mi padre el segundo jefe.

Despues de tres dias de lucha sangrienta, los sitiadores habian acercádose demasiado sobre los atrincheramientos y Venegas resolvió capitular; mi padre opinó que debia romperse el sitio, convoyando á las familias, apoyando sus observaciones en la justa razon de que, tratándose de indígenas ignorantes, no cumplirian los tratados de una capitulacion y que él se oponia á esa determinacion, prefiriendo morir matando.

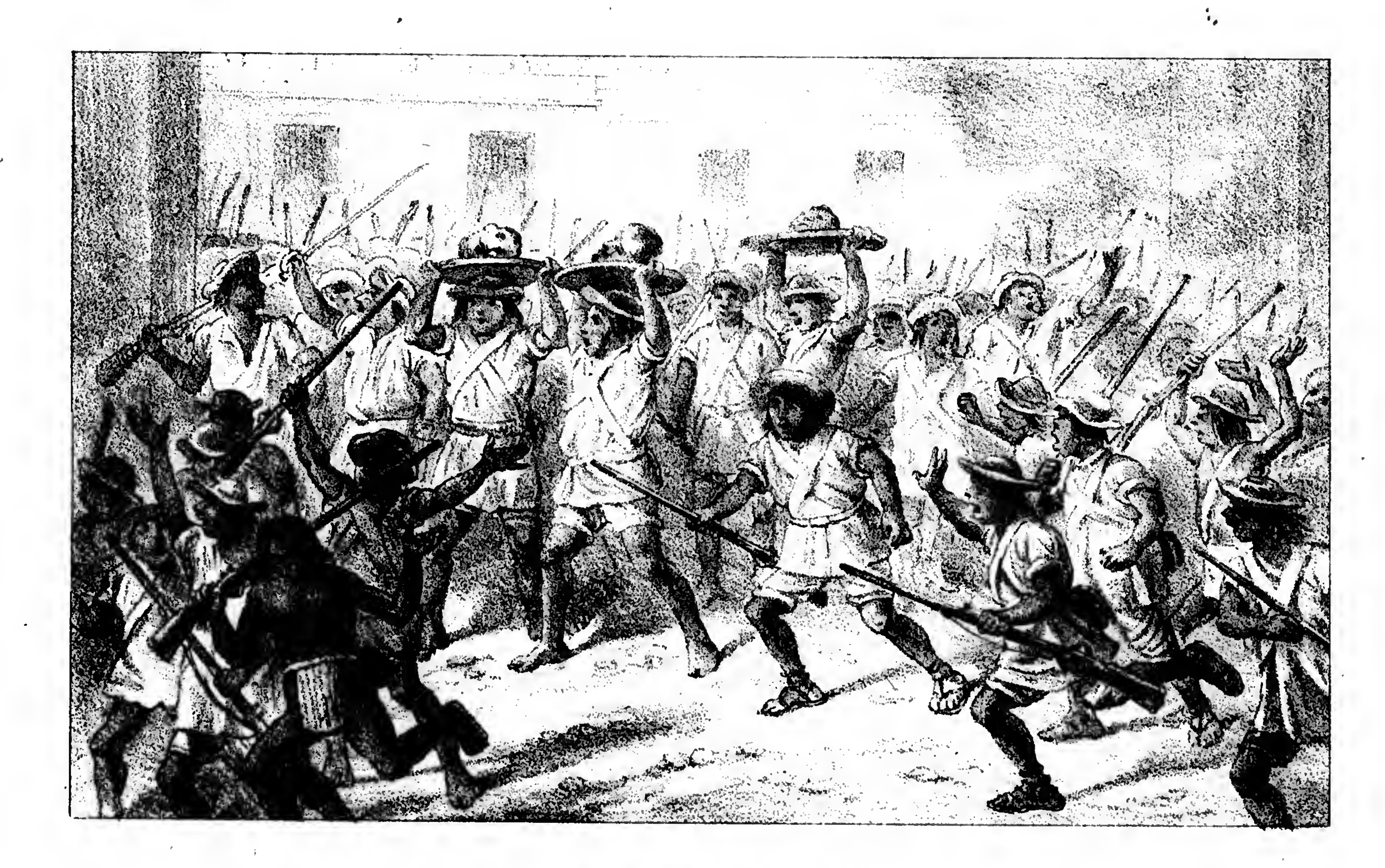
El coronel Venegas, influenciado por personas de su intimidad, ordenó resueltamente dar el toque de parlamento. En el acto que lo supo mi padre, ocupó la azotea de la vicaría con veinte hombres.

Poco más ó ménos serian las tres de la tarde del lúgubre 15 de Enero, cuando aparecieron banderas blancas sobre todos los reductos de la plaza, y se oyó el toque de parlamento. A esta señal, los indios, sin preocuparse de él, acometieron rápidamente á la ciudad y como no encontraron resistencia á causa de la desmoralizacion en que se hallaba la guarnicion, forzaron los atrincheramientos y se entregaron al saqueo, al estupro, al pillaje y á la matanza.

El coronel Venegas y el vicario fueron las primeras víctimas de la ferocidad de esa turba desenfrenada.

Despues, en el curso de la noche, millares de asesinatos se cometieron en séres de ambos sexos y distintas edades; crímenes que continuaron los dias siguientes. Un tio mio, D. Juan J. Mendez, protegido por la oscuridad y vestido de indígena, despues de permanecer todo el dia 16 dentro de un pozo de gran profundidad, logró salvarse tomando á pié el camino que conduce á Espita, poblacion distante nueve leguas y de la que era jefe político.

Las cabezas de mi padre, del vicario y de Venegas, asentadas en grandes charolas de metal, fueron paseadas por los



El paseo de las cabezas.

indios con manifestaciones de ferocidad, por las calles durante varios dias, escarnecidas y escupidas, celebrando de esta extraña y brutal manera su odio implacable á la raza blanca, ira significada con un espantoso alarido que lanzaban al recorrer la ciudad convoyando aquellos mortales trofeos.

Los que tenian la desgracia de caer en manos de aquellas chusmas enfurecidas, no recibian una muerte instantánea; sufrian un tormento de refinada crueldad, enteramente nuevo, invencion de esa raza, y desconocido completamente aun de las tribus feroces que pueblan una gran parte del Asia y Africa. Los capturados durante el dia, eran conducidos en la tarde con las manos atadas por detrás, con una reata delgada pasada por el cartílago central de la nariz, á una plaza pública y en el centro de un redondel formado de una barrera humana, toreados y matados del modo más inícuo y cruel. Cuando al *rejonazo* con chuzos caia alguna víctima, un murmullo de risa respondia á sus últimos lamentos. El extertor de los moribundos producia gran algazara entre los espectadores.

Las criaturas que no podian ser toreadas, eran arrojadas al espacio y recibidas con la punta de los chuzos, las que se ensartaban y morian con horribles contorsiones.

A las mujeres embarazadas les abrian las entrañas á machetazos para extraerles el feto.

Este género de muerte recibian los blancos al caer en manos de los indios.

En cambio, ellos, cuando caian prisioneros, preferian la muerte antes que implorar perdon.

Desde ese dia, la raza indígena, sembrando el terror en todos los ámbitos de la península, comenzó su guerra de exterminio.

¡Cuántas poblaciones desaparecieron entónces!

Años despues, militando yo á las órdenes de valientes

jefes, he contemplado, entristecido, árboles corpulentos sombreando grandes casas de uno y dos pisos y de portales, con las paredes blancas aún.

¡Qué recuerdos se agolpaban á mi imaginacion!

¡Cuántas ideas atropelladas se sucedian en mi mente á la vista de aquellos edificios abandonados! Consideraba que en esos lugares, en épocas no muy remotas, palpitaban millares de cerebros que con la actividad característica de los hijos de Yucatán, se ocupaban en la agricultura, en las ciencias y en las artes.

Aquellos árboles gigantes, mudos testigos de la soledad eterna que reina en aquel recinto, ¡cuánto me habrian contado si hubiesen podido hablar!

XIV

La cacería de la danta ó tapir, el llamado elefante de América, por su pequeña trompa que contrae y dilata, sus articulaciones duras, piel negruzca y gruesa como la del manatí, nada tiene de original ni de divertida.

La dificultad consiste en saber en qué milpa se encuentra comiendo la manada; sabido esto, se dirige el cazador á ella, cazándola á la carrera, pues los animales huyen al ver gente.

Quise un dia obsequiar un llamado que recibí del propietario de una milpa que devoraban las dantas.

Temprano monté á caballo, y partí acompañado de Matilde. Llegué al rancho, y fuí recibido por los hijos del dueño que salieron á encontrarme hasta mucho ántes de la finca.

Al apearme, se me presentó la señora de la casa, ofreciéndome una jícara de sabroso chorote, bebida de uso tan general en Tabasco, como en México el pulque. Consiste en

maíz cocido y molido, emulsionado con cacao, que, al batirse, levanta blanca y abundante espuma.

Apuré toda la racion que se me sirvió y, en seguida, me posesioné de una hamaca en que me acosté á esperar la hora de la partida.

Me mecía empeñosamente para disipar el calor, cuando salió una señora á saludarme. Se llamaba Dª Pancracia; como castigo de su fealdad, le estamparon en la mitad de la crisma ese nombre.

Era muy alta y escuálida, huesosa, de pescuezo excesivamente delgado y extraordinariamente largo, ojos pequeños y de un color indefinido, pestañas escasas, cejas en completa ausencia, nariz muy puntiaguda y acucharada; boca enorme, lábios tambien puntiagudos, barba corta y angosta; sobre el labio superior aparecia un bozo de pelos gruesos é irregulares, asomando impertinentes los colmillos curvos y amarillos. Tal era el conjunto de la fealdad que se hallaba de visita en aquella finca.

—¿Cómo está vd., señor *Caballero*? me dijo con una voz de falsete, ó sea de fraxolé destemplado, alargándome la mano que precedia á un brazo de un metro de largo, venoso y descarnado.

—Muy bien, y ¿vd. cómo la pasa, señora? contesté, dudando de si hablaba con un sargento ó con un fantasma.

—Pancracia de Ibarronda, servidora de vd., etc., etc.

En un instante, porque hablaba sumamente ligero y sin parar, supe que no era del país, sino guatemalteca, viuda de un militar, y que habia tenido diez y ocho hijos, de los cuales dos sólo le vivian entregados á los vicios, etc., etc.

Al comenzar una frase hacia muecas contrayendo la barba y los lábios y tronando la lengua en el paladar, como si saborease algo, subiendo las pupilas hasta hacerlas desaparecer.

No crean los lectores que se tenia por fea Dª Pancracia,

nó; cantoneaba su horroroso cuerpo como para expresar que aquel talle se meció airosamente en sus buenos tiempos.

En fin, si no fuera por la conformidad ó el amor propio, acontecerían más suicidios de los que ocurren en la actualidad.

Agréguese á su fealdad que despues de torcer sobre el muslo un descomunal puro, lo encendió y lo saboreó, arrojando el oloroso humo que salia en espiral denunciando su calidad de superior corral de Ocuapam—Huimangillo.

Salimos, por fin, en persecucion de las pobres dantas, animales que iban á pagar con la vida el instinto de aproximarse á las rancherías en busca de alimento. A más de media legua cruzamos al vado el ancho Puyacatengo, rio de agua túrbia y sabor amargoso, por los veneros de agua sulfurosa que afluyen á él.

A poco andar del rio, encontramos una manada como de veinte dantas, grandes y chicas, y les echamos verdaderas descargas de fusilería, sin lograr matar ninguna por la dureza de la piel.

El dueño del rancho, un señor alto, blanco, gordo, de formas atléticas, cuyo nombre he olvidado, corrió en pos de ellas, y al fin logró matar una, que con suma dificultad fué trasportada al rancho.

Allí se procedió á beneficiarla, sirviendo para ello un afilado cuchillo, manejado por una diestra mano.

La piel mide una pulgada de grueso y tiene perfecta identidad con la del manatí, en flexibilidad y consistencia.

La carne es igual á la del cerdo, en color y sabor.

Dª Pancracia no soltaba el puro, ni dejaba el uso de la palabra.

¡Ay del que intentara interrumpirla!

Lo envolvia en una mirada aterradora, semejante á la del basilisco, y lo anonadaba.

A la caida de la tarde, cuando el sol se hundia en una es-

tensa cañada, abandoné la finca, y á pesar del trascurso de los años, todavía permanece viva en mi memoria la voz de pito reventado de aquella mujer.

XV

Pensaba hacer mi maleta á fin de abandonar á Teapa cuando una invitacion para conocer la ribera del alto Puyacatengo, me obligó á diferir mis preparativos.

Esta parte de la Sierra Madre, es de una exuberancia asombrosa; su rica vegetacion, la multitud de veneros que brotan de las rocas elevadas y de los cerros, formando caprichosas vertientes que pasan cruzando el camino, para tributar al Puyacatengo, lo hacen, en mi concepto, la parte más importante de aquel Distrito.

¡Qué bellos paisajes aparecen á la vista, despues de pasada una cordillera alta, cuya falda muere insensiblemente en las últimas casas de la ciudad! ¡Grandioso espectáculo, si se mira hácia la llanura que se deja atrás! Todo es magnífico, encantador.

Se trataba de un baño en el arroyo de Ogoiba, de agua pura y cristalina; despues del baño, una comida en el bosque, al aire libre, bajo los árboles, y á la caida de la tarde, ir á una finca llamada "Paraíso" del Estado de Chiapas, á donde habia que dormir para despertar temprano, á efecto de trasladarnos á la distancia de una legua, punto en que acababa de caer en una trampa, colocada con aquel objeto, un tigre, el terror de aquella comarca.

El viaje en proyecto era tanto más interesante cuanto que habia sido preparado por el Sr. Altamira, muy estimado en la ribera, acompañándonos varios amigos, que habian llegado de la capital la noche anterior.

Al aclarar, la caravana se puso en marcha, notándose en todos los semblantes la mayor alegría.

Al dejar la última casa, comenzamos á ascender una cordillera bastante larga y elevada.

Hácia la derecha y la izquierda, en lontananza, se divisaban milpas cultivadas en las lomas, con unas casitas perdidas entre el follaje de las matas de maíz, y montañas elevadas cubiertas de verde vegetacion y coronadas por espesa bruma.

Con alguna fatiga llegamos á la cima, y desde allí extendí la vista en todas direcciones, para contemplar aquel espléndido panorama, que admiraba extasiado, contribuyendo á su belleza la circunstancia de que el sol aun no derramaba sobre tan lindo paisaje sus vívidos destellos.

Limitando nuestro camino, veíase una vegetacion que podemos llamar exigua; despues, planicies sembradas de maíz y verdes gramales que formaban horizonte; luego, árboles gigantescos de bellas y variadas formas; más allá, montañas verdosas, y allá, muy allá, el cielo color de ópalo y púrpura, formando el inimitable fondo en que se destacaba grandioso, soberbio, el cuadro que con colores muy pálidos me he atrevido á bosquejar.

Esto por un lado; por el otro, el rio Puyacatengo, que semejando una inmensa serpiente con escamas plateadas, salia de elevadas montañas, para perderse en el valle. El rumor que producian sus infinitos raudales, llegaba á nosotros como el ronquido de un gigante.

La bruma que se levantaba de la superficie, emanada del vapor, iba subiendo lenta y majestuosamente.

Volviendo la vista hácia atrás, el espectáculo era no ménos grandioso, y el corazon latia ante aquella asombrosa naturaleza.

¡Qué precioso aparecia Teapa ante nosotros!

Las elevadas torres de sus templos, sus casas blancas

apiñadas, y sus bosques de árboles frutales, dábanle el aspecto de un nido de palomas, nido que venia á completar el cerro de Coconá; más allá la tierra baja, la llanura extensa, figurando un mar inmenso, limitándolo el cielo color de plomo.

Ya el sol comenzaba á teñir las copas de los árboles; despues de un pequeño descanso, continuamos la marcha de descenso.

Insensiblemente fuimos acercándonos al Puyacatengo, hasta llegar á su márgen, en cuya orilla se encuentra el camino.

Este barranco es tan accidentado, que unas veces está á nivel del agua, variando hasta quince ó veinte métros de elevacion.

El ruido que producen las cascadas en todo su cauce, es tan fuerte en algunos lugares, que no se oye la voz de una persona aunque hable fuertemente.

Haciendo el viaje con lentitud, con el objeto de contemplar y de investigarlo todo, divisamos á lo léjos, á través de pintorescas campiñas, la hacienda de un Sr. Pio Figueroa, persona muy estimable, punto de parada precisamente, por hallarse á la orilla del Ogoiba.

A medida que avanzábamos, se nos presentaban mayores curiosidades de la naturaleza que admirar. Arroyos que brotaban de los peñascos á una gran altura, venian á caer á nuestros piés, salpicándonos con sus helados chorros, que desaparecian entre el musgo y la hojarasca. Fincas pequeñas de bonita apariencia, situadas casi en el borde del ribazo, ostentaban sus plantíos de cacao, café, naranjas, limones, toronjas, aguacates, plátanos y pomarosas.

Todos los frutos tropicales, se desarrollan prodigiosamente en aquella ribera, en que *bajó Dios*, segun dicen sus moradores, por la excesiva fertilidad del terreno.

Al pasar por una de esas fincas, sorprendimos entretenida

peinándose en un *caidizo*, á una bella y hermosísima jóven, apellidada Brindis, cuyos lácios y sedosos cabellos casi le cubrian todo el cuerpo.

Simultáneamente lanzamos un grito de admiración, ante aquella vírgen de la selva, vestal ó ninfa, que, cuando apénas comenzaba á aparecer el sol, ya sus cabellos eran acariciados por el céfiro matutino.

Pronto cruzamos al vado el Ogoiba, y nos posesionamos de la casa del Sr. Figueroa, sitio en que debiamos descansar.

XVI

Pasadas tres horas de la llegada, nos dirigimos al arroyo y allí tomamos un agradabilísimo baño.

Las aguas del Ogoiba, convidaban á permanecer en ellas muchas horas, por su pureza y frescura.

Despues del baño, que fué delicioso, nos encontramos con una comida que podia llamarse régia, digna de Lúculo, preparada bajo un bosque de árboles coposos.

Habia ocho ó diez finquitas inmediatas, y de cada una, nos enviaron, para contribuir al banquete improvisado por el Sr. Figueroa, uno ó dos guisados, de manera que teniamos á la vista, 15 ó 20 platos diferentes y exquisitos.

Allí se veían, ademas de los que se conocen en todas partes, los especiales de Tabasco: *mulito* (guajolote) relleno, de un color rojo oscuro, confeccionado con tortillas tostadas molidas; *pípilas* (pava) y *capones* (gallos castrados) en olla, tortugas en verde, sangre de tortuga frita y en caldo, peje lagarto guisado y en tamalitos, puchitoques asados, hicoteas en agiaco, etc., etc.

Cada quien, fué acercando una piedra para servirse de ella como de asiento, formando entre todos una gran rueda.

A mí, me tocó estar más cerca de la orilla del rio, por lo que me pasó un chasco pesado. Me hallaba colocando mi piedra, cuando noté que se me acercaba una culebra verde, de ojos sumamente rojos, y como de dos varas de largo.

No hice caso al principio, pero tuve que levantarme, porque se me habia acercado tanto, que en aquel instante se erguía dispuesta á azotarme con la cola. Le arrojé un palo y se retiró, pero en seguida volvió á la carga con más ímpetu, lo cual verificó repetidas veces obstinadamente, lo que me obligó á darle un tiro de pistola, con lo que no volvió á molestarme.

Después de la comida, que fué alegre, como son las que tienen lugar en sitios tan pintorescos, y entre personas de buen humor, nos retiramos á la finca, donde nos quedamos á dormir, obligados por la amable exigencia del Sr. Figueroa.

La noche fué divertida con los chistes y los juegos de prendas, que sirvieron de entretenimiento entre la reunión que se improvisó con las muchachas que acudieron de las casas vecinas.

XVII

Cuando la aurora teñía el Oriente con sus suaves fulgores, ahuyentando las sombras negras que cubrian aquellas regiones, nos pusimos en marcha, hácia el rancho "Paraíso."

Seguimos atravesando fincas pequeñas y grandes, internándonos en las montañas, dejando la ribera del Puyacatengo, para tomar la del arroyo de Ogoiba.

Con demasiada dificultad, ascendimos á aquella sierra accidentada y llena de escabrosidades.

Los árboles seculares que se destacaban de altísimos

cerros, parecian tocar el firmamento. Los bosques de palmeras, corosos y cocoyoles, se mecian con lentitud, produciendo agradable murmullo.

Despues de subir dichos cerros, bajamos á un precioso valle, en cuyo centro se hallaba el rancho. Allí encontramos al dueño esperándonos, montado en un bonito caballo, *moro pan de frijol*, que se deshacia en relinchos, al acercarnos.

—Ya adelanté á la gente con la jaula de fierro, nos dijo, cuando ya podíamos oirlo.

—Muy bien hecho; en marcha, pues, contestó el Sr. Figueroa.

Y tomamos el rumbo que llevaba el guía.

A media legua de camino rocalloso, descubrimos otro pequeño valle; allí se encontraba el tigre entre una gran trampa, de cuatro varas en cuadro, hecha de palos gruesos y sembrados hasta metro y medio, pues otras dos en que cayó anteriormente, las habia roto con facilidad, huyendo en seguida. Esta vez no pudo lograr escaparse, y se paseaba de un extremo á otro, con la boca abierta, la lengua de fuera, moviendo la cola de un modo rabioso y lanzando rugidos aterradores, que conmovian la tierra, produciendo tal espanto á nuestros caballos, que temblaban al aproximarse.

Varios peones conducian la jaula de fierro, para encerrar á esa peligrosa fiera.

Al acercarnos á la trampa, el tigre nos miró de reojo y con ceño amenazador, y haciendo un ruido semejante al que forma el gato cuando ataca, se arrojó sobre nosotros, con furia tal, que, á no ser por los gruesos palos, muy mal parados habriamos salido.

Fué peligrosa la operacion de trasladarlo de la trampa á la jaula.

Esta se acercó á aquella, se abrieron ambas puertas, y á fuerza de lanzazos pasó el tigre á la jaula, cuya puerta se cerró en el acto.

Verificado esto, con palos largos sostenidos con reatas, la cargaron y la llevaron al "Paraiso" unos quince ó veinte hombres.

El tigre fué conducido pocos dias despues, á San Juan Bautista, y allí vendido al capitan de un barco inglés, en 200 pesos.

En la actualidad, si no ha muerto, formará parte de algun jardin zoológico ó de algun circo.

Nosotros nos despedimos del dueño del "Paraiso" y tomamos el rumbo de Teapa.

Soplaba un viento del Sur muy fuerte y caliente, al dejar el rancho.

Segun regla de los viejos, aquel viento del Sur presagiaba Norte, porque habian observado que, al tercer dia de surada, el viento recorria medio cuadrante y se afirmaba en el Norte, lo que producia viento arrasador, que traia mucha lluvia y calamidades producidas por las grandes crecientes.

XVIII

Mis compañeros inconscientemente se fueron adelantando, y como yo no tenia prisa, caminaba con lentitud, examinando con prolija curiosidad todos aquellos lugares tan dignos de mi atencion. Así fué que, cuando busqué á dichos compañeros, habian perdídose de mi vista, encontrándome con mi leal Matilde únicamente, que esta vez venia detrás de mí.

El viento que soplaba, seco y caliente, se trasformó en frio y húmedo instantáneamente.

Por el Norte comenzaron á aparecer nubes oscuras que pasaban sobre nosotros con increible velocidad.

Poco despues, las nubes eran más densas y más oscuras, semejando formas humanas gigantescas, que crecian fantásticamente, disminuíanse y volvíanse á formar, pasando con rapidez vertiginosa. El sol habia desaparecido y una oscuridad á medias invadia el horizonte.

Algunos relámpagos anunciaban la tempestad que se acercaba, pero apareció el sol de nuevo, contra lo natural, tiñendo de plomo, de almagre y fuego, aquellas arremolinadas nubes, formando los mismos fantasmas, que aparecian y desaparecian en el espacio. Los árboles se quebraban, sucumbiendo al ímpetu del huracán; otros, más fuertes, resistian algo, pero eran vencidos y se doblegaban, tocando el suelo con sus ramas, para volverse á erguir al pasar la ráfaga.

Las aves, asustadas por el viento, el frio y los truenos, buscaban árboles donde guarecerse; algunas eran arrebatadas en el aire y lanzadas á tierra con violencia. Los perros de las rancherías aullaban á lo léjos, y, nosotros, por todas partes buscábamos casa en que abrigarnos, pero inútilmente, las veiamos á gran distancia en la falda de las lomas.

La superficie del Puyacatengo se habia enfurecido y formaba un oleaje parecido al del mar.

Las hojas de los árboles se desprendian á millares, produciendo un rumor extraño que al caer formaba duo con el rugido del viento.

Volvió á oscurecer y comenzó á lloviznar.

Cerca de donde caminábamos habia una gran ceiba, y á falta de casa, nos dirigimos al tronco de aquel árbol para abrigarnos bajo sus ramas. Cuando nos aproximamos, arreciaba la lluvia de una manera torrencial y los rayos estallaban á inmediaciones de nosotros.

Para preservarme de una mojada, me desmonté, haciendo igual cosa Matilde; extendimos nuestros *chamarros* sobre los caballos y nos acurrucamos debajo de ellos, con lo que formamos un techo improvisado.

Así lo íbamos pasando, oyendo de vez en cuando caer rayos á más ó ménos distancia, cosa muy natural en la Sierra Madre, donde la electricidad se desarrolla extraordinariamente por la friccion de nubes que se encuentran con los cerros que pasan rozando, cuando súbitamente nos deslumbró un relámpago, se dejó oir un gran estallido, y sobre nosotros cayó una rama colosal de la ceiba que nos abrigaba, lo que asustó á los caballos, que, aunque mansos, huyeron espantados y nos dejaron á la intemperie. El árbol habia sido azotado por un rayo.

Tuvimos que correr en pos de nuestros caballos, que habian internádose al bosque, pero, por fortuna, á poco caminar los encontramos detenidos en la puerta de golpe de una finca grande y de bonita apariencia, en donde se dejaron coger dócilmente.

La impresion que siente un marino cuando en una noche borrascosa, envuelto en las embravecidas olas del Océano, próximo á sucumbir en ellas, distingue la luz de un faro cercano, esa fué la que recibimos al divisar un techo bajo el cual pasar la tempestad. Abrimos la puerta y fuimos á solicitar hospitalidad en aquella mansion que se nos presentaba.

De la puerta de golpe á la casa, habia un gran prado sembrado de verde grama, con muchas matas de cocos y mangos, que formaban calle.

A esto se llama en Tabasco el patio de la finca.

La casa era grande, de mampostería y techo de teja marsellesa. En el frente de ella, se extendia un largo corredor con pilares de moderna arquitectura; y en fin, todo revelaba que el dueño, hombre de gusto, habia sabido escoger un buen arquitecto para la construccion del edificio.

En el acto que penetramos al corredor, se nos presentaron dos sirvientes que nos invitaron, en nombre del dueño, á apearnos y á pasar á la casa, y desaparecieron en seguida llevándose nuestros caballos.

Me agradó la manera cortés y afectuosa con que era tratado por quien ni me conocia.

Al penetrar á la sala de recibo, salió á saludarme un señor como de cuarenta años de edad, simpático, de ojos oscuros, nariz aguileña, bigote y barba poblados, color castaño, acusando su semblante desvelos y sufrimientos.

Despues de los saludos de cortesía, el Sr. Rivadeneyra, que así se llamaba, se puso á mis órdenes como dueño de aquella finca, "Santa Filomena."

Me hizo saber que tenia un cuidado grave de familia, en una hija de quince años de edad, enferma hacia tiempo.

Me presentó á su esposa, muy bien conservada y de facciones interesantes, sumamente amable y á su hija mayor Josefa, jóven simpática, de nariz aguileña como el padre, cejas abundantes y bien formadas, color apiñonado, pelo castaño y ojos oscuros, boca preciosa y labios rosados, gordita y más bien alta que baja.

XIX

La manera de llover en Tabasco, es torrencial y extraordinaria; llueve muchos dias con sus noches, sin cesar, cuando sopla viento del Norte: un tiempo así, me habia sorprendido en el paseo, y me resigné á esperar con calma que terminase.

Mis compañeros habian llegado á Teapa, cuando comenzaba á caer la lluvia, segun supe despues.

Pronto la familia de "Santa Filomena" me dispensó el honor de la confianza, tratándome con la mayor amabilidad. Las familias que han crecido en el campo, donde la naturaleza es vírgen, en sus costumbres desconocen la malicia y el doblez; la sencillez y la buena fé, son virtudes en que se ins-

piran desde su niñez; la falsedad y la mentira, no son conocidas en esas mansiones.

Teniendo, pues, el carácter que he bosquejado, fácil será comprender que mi permanencia entre la familia de "Santa Filomena," fué para mí sumamente agradable.

Tenia vehementes deseos de conocer á la jóven enferma, y verdadera curiosidad porque llegara ese instante.

El padre lo comprendió, y me invitó á que pasara á saludarla á la recámara.

Al acercarnos á ella, el Sr. Rivadeneyra exclamó:

Mi hija Ana, la predilecta de mi corazon.

A estas frases de profundo afecto, Ana alzó los ojos con una mirada melancólica, se sonrió tristemente, se incorporó é imprimió en la frente de su padre un beso cariñoso que encerraba un mundo de amor. El padre se conmovió hondamente; correspondió á ese beso con otro lleno de inefable ternura y se alejó pretextando una ocupacion.

Yo lo comprendí bien; iba á ocultar de mis importunas miradas las lágrimas próximas á brotar de sus ojos.

Josefa se acercó á hacernos compañía.

La belleza de Ana, me sorprendió sobre manera; era una vírgen del Tizziano la que tenia delante.

Aquella fisonomía angelical, me dejó fascinado.

La nariz, perfilada irreprochablemente, era la obra de la creacion más perfecta; sobre los ojos agrandados y sombreados, de mirada lánguida y penetrante, velados por pestañas largas, enchinadas y tupidas, se dibujaban las cejas arqueadas, largas y espesas, que casi se unian en el centro, cuyo ceño dábale un aspecto de noble altivez. La frente graciosa recibia unos *chinos* primorosos.

La boca, era un capullo de rosa, formando la corola entreabierta el lábio superior purpurino artísticamente levantado.

La barba, algo partida, semejaba la de los ángeles que

pintaba el divino Rafael. El color era de una blancura extraordinaria.

Los cabellos rubios, chinos y abundantes, completaban el conjunto más acabado, que la naturaleza habia esmerádose en formar.

Era delgada, esbelta, airosa, más baja que su hermana, y en su afan por ocultarme los brazos sumamente velludos, demostraba su pudor.

Así era Ana, sin exageracion, el ser entre todo lo creado más bello que yo he conocido.

Era juiciosa, prudente é instruida. Su buen oido la hizo muy prematuramente aprender á tocar, cantar y bailar. Llamaba la atencion entre sus compañeras por su precocidad.

En sus ratos de soledad, componia canciones que abundaban en originalidad.

Seres que vienen dotados de las cualidades y virtudes que adornaban á Ana, no se aclimatan en la tierra; dicen las gentes que no soportan las condiciones climatéricas de nuestro planeta.

Su voz, de un timbre argentino y sonoro, semejaba el sonido de una flauta cuando hablaba.

Entablamos conversacion y la pobre se animaba de tal manera, que hasta olvidaba sus dolencias, para reir y platicar, como si estuviera buena, pero de repente la respiracion le faltaba, se quejaba de un dolor interior y volvia á caer en su abatimiento.

Josefa se encargó de contarme la causa de su enfermedad y de sus sufrimientos.

XX

Enfermedades sanadas á la invocacion del Señor de Mecatepec, pusieron en movimiento á toda la familia para emprender un viaje con direccion á aquel pueblo, en cumplimiento de promesa ofrecida, de visitar al Cristo milagroso.

Así pues, una tarde hermosa, en que soplaba la brisa refrescada por el rio, que saturaba el aire de humedad, partieron todos á caballo rumbo á Teapa, con objeto de dormir allí y continuar al dia siguiente hácia la Capital; y segun me contaba Josefa, su hermanita preocupaba á su papá, con preguntas, algunas veces difíciles de contestar, pues investigaba todo lo que veia, con tal minuciosidad, que demostraba una extraordinaria inteligencia.

Dotada de un corazon sensible, veia compasiva á los desgraciados que se acercaban á pedirle limosna y los socorria con infinita amabilidad.

Siendo la primera vez que salia del hogar, admiraba cuanto encontraba á su paso, lanzando exclamaciones de sorpresa.

Sus padres la adoraban, seguramente por esa precocidad. Además, tenia tantas virtudes para ser querida!

La cruzada de los rios causábale mucho miedo, y sobre todo el paso del Grijalva en la Majagua, por su anchura, le produjo gran temor.

Me contaba su hermana, que la entrada á la capital fué un acontecimiento sorprendente para Anita. Los grandes establecimientos mixtos de la colonia española planteados en San Juan Bautista, provocaban en ella meditacion profunda y preguntas escudriñadoras.

La hermana, de distinto carácter, no se daba cuenta de lo que veia, por lo que Anita la reconvenia, aconsejándole admirara lo que no le era conocido.

Se amaban las dos entrañablemente, y sin embargo constantemente tenian diferencias, por la diversidad de carácter.

XXI

Se alojó el Sr. Rivadeneyra en la casa de un amigo, que lo esperaba con gusto.

Al dia siguiente salieron á conocer la *gran* capital, y Anita á cada instante preguntaba por todo lo que veia, como pasó con el vapor "Tabasco" fondeado en el rio y atracado al barranco. Se sorprendió de la forma de aquella casa movible, construida, á su entender, en un lugar poco á propósito, y dirigia preguntas al padre del por qué de la forma y de su permanencia en el agua.

Este, que habia navegado demasiado y aun mandado algunos barcos de su propiedad, antes de casarse, le explicó ser un buque de vapor que caminaba recibiendo la impulsion de una hélice, y que tenia aquella figura, forma de pez, para resistir á los embates de los mares borrascosos que tenia que surcar.

—Papá, le preguntó, ¿y para qué hacen esos barcos?

—Hija, para conducir pasajeros y carga de un lugar á otro, cuando es imposible practicarlo por tierra.

—¿Y por qué no es posible, cuando los productos de "Santa Filomena" se traen hasta aquí sin venir en barco?

—Pues por razon de que, desde allí, hasta aquí, es tierra firme, le contestó el padre, sonriéndose de su pregunta ingénua.

—Bien; lo mismo debia ser todo el mundo.

—Nó; ¿has olvidado que aprendiste en la Geografía universal que nuestro planeta se halla dividido en continentes é islas?

—Es cierto, contestó despues de meditar un rato; lo habia olvidado, pero ahora lo recuerdo.

—Del Continente europeo al de América nos separan miles de leguas de un océano inmenso y profundo.

—Que solo en buques es posible cruzar, ¿verdad, papá?

—Eso es.

—¡Ah! ahora sí comprendo.

Y así era en todo; de la manera más natural exigia que se le explicasen las dudas que le ocurrian á la vista de objetos desconocidos, y se molestaba sériamente si no lo lograba, pero se convencia con facilidad y quedaba satisfecha cuando llegaba á comprender, lo cual expresaba con un ¡Ah!

Anita era tan hermosa y tan atractiva, que acababa de llegar y ya tenia multitud de adoradores que la seguian, ansiosos de recibir una mirada de aquellos hechiceros ojos. Josefa tambien tenia sus admiradores, por supuesto.

Ellas ni paraban la atencion en sus perseguidores.

Entre sus enamorados habia un jóven apuesto, simpático, bien formado, de facciones perfectas y ojos negros. Era socio de una casa exportadora de maderas de caoba, y viajaba constantemente por las monterías y la costa. Este jóven, locamente enamorado de Ana, consiguió ser presentado á la familia, y cuando supo que se dirigian á visitar al santo de Mecatepec, lanzó una exclamacion.

—¡Qué casualidad! Tambien yo voy á cumplir una promesa por haberme visto malo de fiebre en Chiltepec.

Víctor Alonzo, que así se llamaba, no habia pensado en prometer á ningun santo; fué una idea feliz que apareció de golpe en su imaginacion para seguir aquel portento de hermosura.

Entregado al trabajo, ni remotamente pensaba en el matrimonio; por el contrario, algunas veces habia expresádose en términos duros contra el vínculo conyugal.

Anita vino á dar al traste con su apego al celibato, trasformando por completo el cerebro de aquel jóven.

Se habria casado en el acto si Anita le hubiera correspondido. Y no carecia de razon al pensar así; pocas criaturas produce la tierra como esta, que unia á su belleza dotes morales que es difícil ver reunidas.

XXII

Pasados dos dias de permanencia en la capital, emprendieron el viaje al aclarar de una mañana nublada, sin lluvia y en que no apareció el sol.

Solo en Tabasco he presenciado dias como el que pasaron los viajeros. Sin intermitencias trascurrieron las doce horas en que las nubes no permitieron el paso á los rayos solares.

De modo que se viajaba sin calor ni humedad, y es cuando se experimenta placer caminando á caballo.

Alonzo se habia ofrecido á tener el honor de acompañar á la familia y, dadas su buena educacion y el lugar que ocupaba en la sociedad, fué aceptado con verdadero gusto.

Tomaron la senda directa de Cunduacán, entrando á esos dilatados gramales y extensas llanuras del tránsito, despues de atravesar el pueblecillo de Atasta y mirar á lo lejos el de Tamulte, pintorescos y de importancia para la capital así por las ruidosas fiestas que celebran anualmente, como porque sus habitantes, indígenas de raza chontal, proveen de legumbres, frutas, chocolate y tortillas á dicha ciudad.

Anita era temerosa para los pasos, puentes y calzadas, y su hermana, por el contrario, cruzábalos con brío y sin temor.

Por el arrojo de esta en una calzada, se reventó la correa del estribo, y sin este apoyo cayó al suelo, sobre la grama por fortuna suya, y en lugar de atemorizarse, se reia á carcajadas. El caballo no se movió del lugar; era tan manso como el que llevaba Anita. El de aquella era blanco claro y se llamaba *Rosicler;* el de esta tordillo mosqueado y se llamaba el *Niño.*

A Ana le agradaba mucho montar, pero era tímida para todo; tenia un corazon sumamente pusilánime. Al pasar un puentecito se le trabó un casco á su caballo, y el noble animal, en vez de saltar ó hacer un movimiento que causara daño á su amazona, se echó sobre las tablas. Anita se asustó muchísimo y comenzó á dar gritos.

—¡Papacito! me mata el caballo, me mata; ¡ven, por Dios!

El padre, aunque se encontraba lejos, voló al llamado de su hija predilecta; pero cuando llegó, el jóven Alonzo, que iba al lado de ella, se habia ya desmontado violentamente y la sostenia con las manos, á fin de separarla del puente, dando un leve fuetazo al caballo para que se levantase.

—Por favor, señor Alonzo, no le pegue vd. á mi *Niño;* ¡pobre!

—Señorita, no le he pegado; hice el ademan para que se levantara.

—¡Ah! Vd. dispense.

Una vez pasado el peligro, el jóven Alonzo entregó dos botellas de viaje al Sr. Rivadeneyra, que contenian vino jerez y cognac, con el objeto de que tomase Anita para evitar algun resultado por el susto que habia recibido.

Esta tomó una copa de vino y un trago de agua, con lo que pudo continuar perfectamente bien.

El jóven Alonzo no se separó de su lado durante el via-

je, temeroso de otro percance, y ella le agradecia mucho su cuidado.

El padre de la jóven, que la queria tanto, tampoco la abandonaba un instante.

Josefa se adelantaba unas veces y otras se quedaba atrás.

La mamá caminaba muy despacio y siempre atrás de todos.

Comieron en el camino al aire libre y durmieron en Cunduacán. Esta poblacion es bastante grande y ha sido teatro de hechos políticos tremendos que han sacudido al Estado entero.

Los soldados de la Guardia Nacional de esta localidad son de gran valor; jamás retroceden ante el peligro; en el combate puede decirse que son como los mejores soldados del mundo. Cunduacán es cuna de grandes hombres, como Cárdenas, Ruiz de la Peña, Evaristo Sanchez, Santiago Cruces, Sanchez Mármol y otros muchos que se han levantado figurando por sus grandes conocimientos en altos y distinguidos puestos.

La política ha dividido á sus habitantes, de manera que constantemente acontecen colisiones entre círculos enemigos, que, por desgracia, producen hechos que reprueba la civilizacion humana.

Acaso el malestar que se experimenta, obliga á las familias pudientes á residir en sus haciendas, dejando sus casas cerradas, lo que dá un aspecto sombrío á la poblacion.

Muy temprano la caravana emprendió su marcha, llevando un dia feroz por el sol que alumbró sin intermitencias, por el calor y por la abundancia de mosquitos que seguian á los caballos.

Comieron en Cárdenas, que debe su nombre al ilustre cunduacanense, lumbrera del saber, cuya memoria será imperecedera para los tabasqueños.

Despues de la comida, continuaron su viaje llegando á Huimanguillo.

Huimanguillo es notable por el tabaco que se cultiva en su terreno. Las vegas de Ocuapan, Ato de Oro y otros puntos de aquel Distrito producen el mejor tabaco que se cosecha en toda la República, el que algunas veces supera en calidad al que se cultiva en la Vuelta Abajo de la Isla de Cuba.

El jóven Alonzo se habia agregado á la familia como si formara parte de ella. Habia dejado las comodidades para entregarse con sumo gusto á complacer los más insignificantes deseos de sus compañeros de romería.

Si faltaba algo, él se los proporcionaba por cualquier precio, secundándole un sirviente activo y leal que llevaba.

Como comprenderá el lector, le arrastraba el amor que le habia inspirado Anita, y cada dia daba al traste con la tranquilidad de este jóven, el atractivo irresistible de la pretendida.

Alonzo, cuando se encontraba frente á Anita, se turbaba y bajaba la vista, si esta se fijaba en él; pero si no, se extasiaba contemplándola.

Anita, en achaques de amor era muy inocente, y no le habia llamado la atencion el solícito cuidado del jóven acompañante; creia muy naturales las atenciones de un compañero de viaje.

Mecatepec es un poblacho de indios con un pequeño templo, en el que se encuentra un Cristo que llaman el Señor de Mecatepec, con fama de sumamente milagroso. Anualmente, por el mes de Mayo, se celebra su fiesta, y concurren á ella centenares de familias que van á cumplir votos pronunciados al borde de la tumba; de modo que es una fiesta de importancia para el Estado.

Anita era en extremo devota, pero más de las vírgenes que de los santos. A pesar de esta inclinacion, al descabalgar, suplicó á su papá la llevara á la iglesia.

A la entrada del templo habia reliquias de venta, con-

sistentes en medidas del cuerpo, de los brazos, del rostro, etc., del Cristo, así como velas de cera y otros objetos parecidos.

Anita compró de todo, fijándose en una vela tan grande casi como ella, la que encendió al santo, arrodillándose á rezar con tal juicio y devocion, que el padre se acercó y le dió un beso en la frente.

El jóven Alonzo, que nunca habia entrado á una iglesia, acompañó á Anita, se arrodilló junto á ella é hizo que rezaba fervorosamente, imitando á la dueña de su corazon.

XXIII

Ahora bien; para no tener que permanecer á la intemperie durante la festividad, porque no hay hoteles ni nada por el estilo en Mecatepec, con mucha anticipacion hay que pedir alquilada á los indígenas, una choza, repagándoselas, por dos dias que, poco más ó menos, dura la fiesta.

El indígena se reduce á vivir en la cocina durante este tiempo.

La familia que veniamos acompañando ocupó un amplio galeron muy inmediato al templo.

La tal romería, en verdad, no tiene ningun atractivo que llame la atencion; es una aglomeracion de gente de todas las clases sociales, y los pobres tienen que dormir al aire libre cobijándolos el cielo estrellado. Es parecida aquella fiesta á la de la Vírgen de Guadalupe el 12 de Diciembre, que se celebra en el Santuario de su nombre.

Cumplida la *promesa*, cada quien se retira á su pueblo, como puede, segun los recursos con que cuenta.

El Sr. Rivadeneyra habia resuelto llevar á sus hijas á conocer el mar, ese mar que él tantas veces habia surcado desafiando los elementos en su desencadenado furor y que ya habian trascurrido años sin verlo.

De Cárdenas, á su regreso de Mecatepec, tomaron la ribera de Rio Seco, con direccion á Comalcalco. Debo aclarar el orígen que lleva este rio. Antes de la Conquista, era el principal del Estado, lo cual se palpa examinando su anchuroso cauce, que mide de 500 á 600 metros.

Juan de Grijalva, el primer jefe español que tocó á Tabasco, entró con su carabela hasta una legua antes de lo que se llama hoy la villa de Comalcalco, y arrió sus anclas frente á un cerro que constituia el centro de un pueblo cuyo orígen y nombre no pudo recoger la Historia. Grijalva salió despues con rumbo á Veracruz á reunirse á Hernan Cortés.

Los indios, temerosos del retorno de aquel jefe, se reunieron en gran número y taparon una parte del rio entre Cárdenas y Huimanguillo, desviando el curso del profundo cauce del que debió llamarse el Grijalva.

Ya sin el caudal de agua, comenzó á secarse y sucede en la actualidad, que, durante el verano, se seca en muchas partes, pero en el invierno, ó en el otoño mejor dicho, se llena de agua, siendo navegable con embarcaciones pequeñas.

En ambas márgenes existen muchas fincas, así como algunos *ingenios* que producen azúcar de excelente calidad y aguardiente en abundancia.

Es una ribera que compite en feracidad y perspectiva con la de Puyacatengo, con solo la diferencia de que se halla en la Chontalpa, perteneciendo á la llanura y aquella á la sierra.

Los verdes bosques que se divisan desde sus márgenes son compuestos, en su mayor parte, de elevados árboles de caoba, zapote, chico zapote, ceibas, etc., etc., cuyas altas copas parecen confundirse con las nubes.

XXIV

Llegaron á Comalcalco en la tarde, llamándoles la atencion la calle principal, que puede decirse constituye la poblacion, pues si bien es cierto que existen otras, casi no tienen significacion. Aquella comienza en el panteon y se encuentra con la iglesia despues de recorrer como mil metros, de donde se opera un pequeño desvío ó bifurcacion, para continuar hasta encontrar el Sitio Grande, *ingenio* de gran valor. La calle referida es ancha, recta y de una vista muy pintoresca; sus casas son de bonitas fachadas, y en la plaza se ven algunos edificios de dos pisos y portalería. Casi todos sus primeros pobladores fueron yucatecos que se establecieron allí á su fundacion.

La gente es demasiado alegre. Cerca de la casa en que se alojaron mis viajeros, tuvo lugar un baile, y habiendo sido invitado el Sr. Rivadeneyra, asistió á él con su familia.

El jóven Alonzo, desesperado por declararse á Anita, no habia encontrado ocasion, pues jamas la hallaba sola. Aprovechó el baile para realizar su propósito, pidiéndole el primer wals.

Pocas bailadoras habia como ella, de modo que se lució, á pesar de que el pretendiente no era muy versado en el arte de Terpsícore.

En el primer descanso, mi hombre, que temblaba como un azogado, se expresó en estos términos:

—Señorita, yo la quiero á vd. desde el instante en que la conocí.

—Señor Alonzo, mucho se lo estimo.

—La amo á vd. con frenesí.

—Gracias.

—Pero es, señorita, que no puedo soportar por más tiempo este amor que me mata.

—¿Tiene vd. algun pesar que no puede soportar, dice vd.? observó como fingiendo que no atendia á sus palabras.

—Sí, Anita, el pesar de que no estoy correspondido.

—¿Y cómo quiere vd. que le diga que lo amo cuando nada siento por vd.? Le aprecio como amigo que nos llena de atenciones acompañándonos, y nada más.

—Pues yo le ruego que me ame, que me dé su corazon, como le he entregado el mio, exclamó con vehemencia el jóven.

Anita lo miró con extrañeza y lo obligó á que la llevara á su asiento.

—Señor Alonzo, creo que vd. se encuentra malo; es la primera vez que lo veo en ese estado.

—Anita de mi vida, por Dios, piense vd. bien lo que le he expuesto, y contésteme mañana.

Esta, insensible á los impulsos del amor, no entendia las frases del pretendiente, y se puso á meditar acerca de las impertinencias de su acompañante, que ya le fastidiaban.

A poco se retiraron por el cansancio del viaje.

Ella, en el acto que llegó á la posada, llamó á solas á su mamá, y con muchos ademanes y abriendo los ojos le dijo:

—El Sr. Alonzo se encuentra enfermo.

—¿Por qué, hija; á ver qué tiene? Cuéntame.

—Estaba bailando conmigo, cuando en un descanso me manifestó que me amaba y què su corazon me lo habia entregado, y deseaba el mio, y no sé cuántas cosas más. Turbado me hablaba, subia las pupilas y se ponia tríste y descolorido.

—¿Y tú qué le contestaste? preguntó la madre.

—Que lo apreciaba nada más, pero que no lo amaba. ¿Hice bien, mamacita?

—Sí, hija de mi alma, muy bien dicho.

—Mamacita, pero es el caso que despues, muy acongojado, me recomendó que lo pensara y le contestara mañana. Quiero que me indiques qué he de decirle para que no me importune más.

La madre, para escudriñar aquel corazon inocente, la preguntó:

—Y bien, ¿tú qué has pensado contestarle?

—¿Yo? lo que me aconsejes.

—Pues bien, te aconsejo que le digas que lo amas. La madre volvió á explorar aquel corazon; fijando la mirada en su hija.

—No, mamá, respondió violentamente; si yo no lo amo, ni sé lo que significa amor. Quiero mucho, mucho, á mi papacito, á tí y á mi hermana, y á nadie más.

—Contéstale entónces que nó, categóricamente.

—Si así lo hice cuatro veces y se ponia triste y me rogaba que por Dios le dijera que sí.

—Repítele iguales frases.

—Yo queria que me dijeras algo que tú sepas, á fin de que ya no me moleste más.

—Dificulto encontrar palabras...... y como que habia hallado alguna, sí, sí, díle que no, y si insiste, que se dirija á tu papá.

—Así lo haré; gracias, mamacita, y buenas noches: le dió un beso en la frente y se retiró á dormir.

XXV

Ya el dia habia avanzado mucho en su marcha inmutable, cuando los viajeros tomaron el camino de la costa.

En el tránsito no pudo el jóven Alonzo recibir la respuesta á su declaracion por motivo de no hàber quedado solo el objeto de su amor.

A eso de las once pasaba la caravana frente á la hacienda "San Cayetano," finca muy mentada porque su dueño, D. Pedro Mendez, daba hospitalidad á todo el que llegaba á ella, y hubo dia en que se sentaran á su mesa veinticinco personas. Habiendo sido coronel en jefe de lo que se llamó la línea de la Chontalpa, en la época en que Tabasco rechazó con teson y bizarría la invasion de las huestes imperialistas mandadas por Eduardo Arévalo, se hizo de gran prestigio, siendo más tarde el centro á donde iban los descontentos á conspirar contra las administraciones que se sucedieron, buscando el abrigo de una persona de prestigio y de dinero. El Sr. Mendez los acogia gustoso y bastante cara le costó esa deferencia; tuvo que emigrar de Tabasco, algun tiempo despues, sin haber tenido participio en un gran movimiento revolucionario que se inició y que costó mucha sangre tabasqueña, porque la lucha fué cruenta y encarnizada.

Mis viajeros descansaron en "Paraiso" y fueron á dormir á la Ceiba, hacienda tan cercana al mar, que desde allí se oía el choque de las olas.

"El Paraiso" es un pueblo enteramente nuevo; fué incendiado totalmente en 1871, época triste que marcará la Historia con letras de sangre en sus páginas negras. Entonces tuvieron lugar los sucesos referidos.

Presenta una vista sumamente agradable, porque sus calles han sido trazadas con esmero y los edificios se han construido con simetría.

En la Ceiba pudo el jóven Alonzo hablar un momento á solas con Anita.

—Señorita, supongo que ahora podrá vd. contestar mi súplica de anoche.

—Sí, señor, y le repito lo mismo que le manifesté, que

no amo á vd.: — lo dijo con tal entereza y energía, que aquel jóven no esperó más, se retiró meditabundo y en su desesperacion, echóse al rio á tomar un baño, el que tuvo lugar cuando habia oscurecido, y como se encontraba sudando, le sobrevino una fuerte calentura que lo postró todo el dia siguiente.

La familia del Sr. Rivadeneyra se trasladó, embarcada en cayuco, muy temprano, á una casa situada cerca de la costa, de la que tomaron posesion, y sin detenerse continuaron á la playa, á conocer el mar, que distaba muy poco de la posada.

¡Qué grandioso panorama se presentó ó los ojos de las que no conocian el Golfo!

Las olas de un mar azul que se deslizaban tranquilas, venian á estrellarse en la costa, produciendo, al frotar en la arena, un ruido acompasado, semejante al que se escucha cuando una tripulacion caza una escota ó cobra un calabrote, al son de una cantinela dirigida por el contramaestre.

Ese mar extenso, inmensurable, imponente, que no cesa de agitarse un solo instante, aparecia fantástico, espléndido, indescriptible, á los ojos atónitos y sorprendidos de Anita. Veia la inmensidad de agua, infinita, perdida en el horizonte como si se uniera con el cielo, y abismada ante aquel cuadro que jamas habia visto, ni soñado, se extasió con miedo de aquel gran volúmen de agua.

El padre la tenia de una mano y de la otra á Josefa, y de esa manera, absorto en profunda contemplacion ante aquel elemento, evocaba recuerdos de su juventud, permaneciendo así hasta que, despues de un gran rato de silencio, abrazó á sus dos hijas, con emocion, las estrechó fuertemente contra su corazon y exclamó:

¡Hijas mias! hoy son ustedes mi encanto, mi única ilusion, mi vida, en fin; con ustedes, soy el mortal más feliz de la tierra. Aquellas aguas mansas que ustedes contemplan hoy



En la orilla del mar

agitarse tranquilamente, más de una vez han querido, embravecidas y encrespadas, hundirme en su seno; algunos años surqué su superficie; muchos ratos agradables deslizáronse para mí navegando; algunas veces, despues de un temporal que me hacia sufrir angustias, vertí lágrimas de placer que se confundieron con sus salobres aguas.

¡Hijas mias! que mientras yo viva, ustedes tambien vivan para borrar de mi pecho sufrimientos de épocas remotas.

Así se expresó aquel padre en las orillas del Golfo, con sus dos hijas en los brazos, radiante de alegría.

—Papá, dijo Anita, ¿éste es el mar que yo he visto en la geografía?

—Sí, hija.

—¡Qué grande es aquí!

—Y tu mirada solo abarca una pequeña porcion.

—Quiero bañarme, papá, prorrumpió la hermana, que se acercaba con valor hasta mojarse los piés.

—Lo que soy yo, dijo Anita, no me bañaré aquí nunca, ¡me asusta tanta agua! y andando así á lo largo de la costa y platicando, llegaron á la boca del rio.

La Sra. de Rivadeneyra iba siempre atrás, fija la mirada en el mar, con su semblante simpático, satisfecha de ver á sus dos hijas conducidas cariñosamente de la mano por el padre.

A poco rato de permanecer en la barra, apareció en lontananza un punto negro en el horizonte; era un bote á la vela procedente de Frontera. Se deslizaba airoso sobre la superficie de aquel tranquilo mar y lo impulsaba un viento del Este que le soplaba por la popa. Portaba mayor, trinquete y foque, muy llenos de viento, de modo que se fué agrandando notablemente y pronto enfrentó con la barra, franqueó los bajos y cazando todas sus escotas, embistió al canal, entrando sin ningun percance.

Al pasar por donde se hallaba la familia, saludó con el

sombrero el que llevaba el timon, que era el griego Constantino, dueño del bote "*El Pájaro de la Mar*."

En el acto que conoció al Sr. Rivadeneyra, á quien respetaba, como que antes navegó á sus órdenes, orzó en banda y aproando hácia el viento, arrió su ancla, dando fondo en un acantilado, cerca de tierra, á donde atracó con el único objeto de abrazarlo.

Despues de estrecharse, saludo del marino, el más leal de los que se dan en la tierra, toda la familia se trasladó á bordo del hermoso bote, por invitacion del dueño, y levando su ancla, dando á andar, condujo á ésta á la casa en que se alojaron, situada á un kilómetro de la barra, pero que para llegar á ella, habia que efectuar un rodeo de más de cuatro por el rio que forma un gran torno pasando por el rancho de "La Ballena." Despues de que dejó á la familia, continuó Constantino á la Ceiba, á realizar los efectos que traía para su venta.

Dicha familia se divirtió mucho y permaneció una semana dándose baños de mar, comiendo pescado fresco, hicacos y uvas, habiendo logrado el padre que Anita se bañara varias veces.

Siempre salia ésta exagerando la profundidad del agua, cuando apenas le llegaba al tobillo la en que tomaba el baño.

—Mamá, decia, ¿no sabes lo que me ha sucedido?

—No, hija, qué?

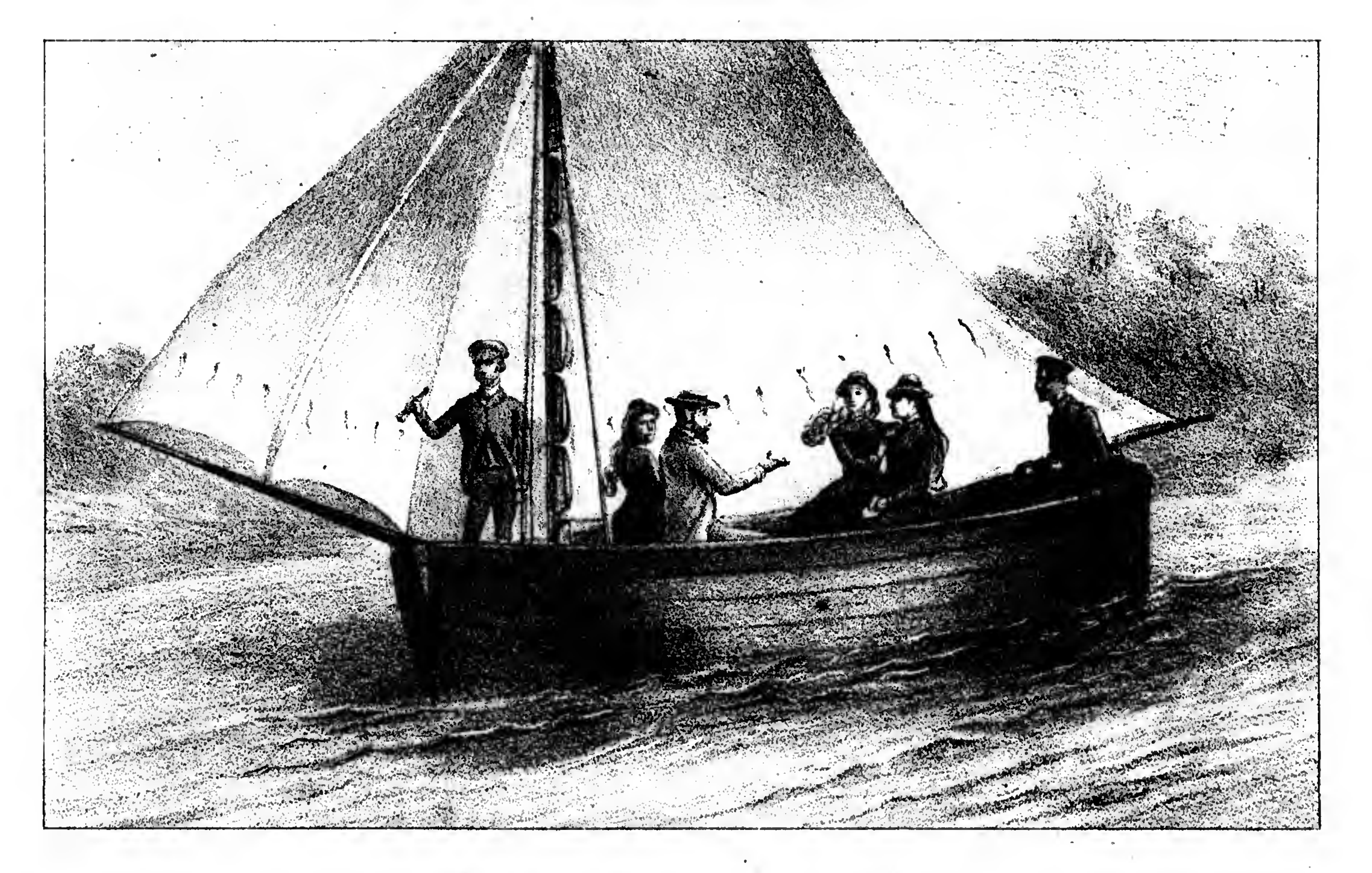
—Pues qué ha de ser, que me ha pasado por las piernas un tiburón que me quería comer.

—Pero no te comió, le contestaba la madre con zonga.

—Nó, porque corrí, si nó me alcanza y me come.

Eran, en efecto, peces, y no era difícil que algun tiburon se pasease por allí, mas seria tan pequeño que no habia peligro ninguno.

El jóven Alonzo, que después de su enfermedad se habia



Navegacion en rio de "Dosbocas."

reunido á la familia, ante la belleza de Anita, ante aquella mirada dulce y hechicera, se resignó á esperar, con tanta mayor razon cuanto que cada dia encontraba en la jóven que adoraba nuevos atractivos que admirar.

El último dia de permanencia en la costa, lo dedicaron á conocer Chiltepec, para partir al siguiente; pero llegó el vapor "*Rosita*", que debia subir hasta el paso de Tierra Colorada, y el jóven Alonzo invitó á la familia á hacer un viaje más cómodo á San Juan Bautista, el que fué aceptado, mandándose los caballos por tierra.

Así fué; el dia señalado se embarcaron todos en el vapor que subia el rio Gonzalez.

La navegacion de cualquier rio en un barco alteroso como éste, es divertidísima, por razon de que se dominan ambas márgenes desde la toldilla del buque y tanto las llanuras como las extensas lagunas, rios y arroyos que se encuentran en las orillas, representan campiñas hermosas; los mogotes en el confin de un lago, figuran puentes, ciudades con altas torres, fenómenos ópticos que hacen agradable un paseo semejante. A cada momento pasaban con suma rapidez frente á fincas de ganado, ó frente á riberas pobladas por indígenas pescadores.

Pasaron Macultepec y el Paso Real y siguieron hasta Tierra Colorada, donde desembarcaron cuando anochecia.

A pié y de muy buen humor, tomaron el rumbo de la capital, en cuyo viaje, la luna en cuarto creciente con su pálida luz les alumbró el camino.

XXVI

En una espléndida tarde, fresca, alumbrada por el crepúsculo más rico en figuras celestes, dibujadas por el viento

en nubes de vivísimos colores, recibió "Santa Filomena" á sus ausentes dueños.

Despues de cumplir la *promesa* y de divertirse demasiado, retornaban al nido doméstico, á seguir disfrutando en medio de aquellos umbríos bosques, de serpenteados arroyos, de gigantescos cerros y de todos los encantos que forman de aquella hacienda la mansion más agradable.

El bullicioso Puyacatengo arrullaba con su ruido eterno á los moradores de sus márgenes.

La Sierra inmediata la cubrian nubes de un color azul oscuro, y la más lejana parecia incendiarse con las del subido rojo del sol que expiraba lentamente.

Una indecible alegría y un movimiento inusitado se notaba en todos los habitantes de "Santa Filomena," al distinguir á lo léjos á sus amos, que volvian de un largo viaje.

Los perros ladraban meneando la cola, participando de la alegría general.

Los caballos de los viajeros daban relinchos de regocijo al divisar desde las cumbres sus cómodos pesebres.

Esta recepcion, que revelaba la satisfaccion que experimentaban los sirvientes al ver retornar á sus amos, probaba la manera humanitaria con que eran considerados, y en obsequio de la verdad, en aquella ribera la servidumbre no es maltratada.

¡De qué distinta manera son tratados los desgraciados sirvientes de otras partes del Estado!

La servidumbre es la llaga gangrenada de la organizacion de Tabasco.

En multitud de fincas de campo, además del modo brutal é inhumano con que son mandados los sirvientes, se obliga á sus mujeres á trabajar en las faenas de la hacienda, medio dia; de modo que es sumamente imposible que aquellas infelices atiendan con sus alimentos al marido y á los hijos, con las tareas que les exigen los amos. Hay muchas excep-



Ana leyendo la carta.

ciones que honran á los benefactores, pero existen mónstruos, que yo conozco, en cierta ribera, que justifican lo que bien dijo el ilustre Zentella en su claridoso "Perico:" que los mozos son matados por los dueños de fincas, de la manera más inícua, obligándolos á arrastrar sin abandonar el trabajo, una cadena de fierro pendiente de un pié, cuyo extremo opuesto remachado en un trozo de madera de peso de cuatro arrobas, es el compañero mudo, inseparable, en su larga agonía. Los Gobernadores han descuidado establecer visitadores que impidan estos abusos escandalosos.

Tambien en algunas haciendas del Estado de Chiapas, que colindan con Tabasco, he presenciado y conmigo muchas personas caracterizadas, en cierto viaje, que aunque no exigen trabajar á las mujeres, á los hombres los hacen levantar á las tres de la madrugada, y despues de obligarlos á cantar el *alabado* frente á una gran cruz de madera, los encamina el caporal, á esa hora, á los trabajos del campo, del que regresan á las diez de la noche á cantar el *bendito* frente á la misma cruz, para retirarse á tomar un pequeño descanso.

Si algo imprevisto efectuase una trasformacion que pusiera al amo en condiciones de criado, ¿qué tal sabria este cambio al verdugo?

La humanidad debe procurar hacer todo el bien posible á sus semejantes; proceder así, constituye la verdadera religion que deben adoptar los hombres honrados; y difundirla como una obligacion social es el mejor culto, siguiendo aquella máxima: "no quieras para otro lo que no quieras para tí."

Sírvase disimular el lector esta digresion, inspirada por la indignación que ha producido en mi alma el recuerdo de hechos repugnantes que yo presencié y que nunca podré olvidar.

XXVII

La familia descendió de la cuesta y entró á sus dominios con la satisfaccion de que se la esperaba con alborozo, con verdadero placer.

A las ocho de la noche, todas las familias de las cercanías habian reunídose á visitar á los recien llegados.

Las amigas jóvenes se habian apoderado de Anita y de su hermana, y oian de ambas con asombro el relato de los episodios del viaje aquel que consideraban peligroso por haber sido á través de rios y ciudades, á orillas de un mar inmenso, y que segun las explicaciones de las recien llegadas, era infinito, se unian las aguas con el cielo.

—A mí, les decia Anita con aquella su voz de oro, meneando la cabecita, por poco me come un tiburón que me pasó por las piernas.

—¿Y qué es tiburón? le preguntaron todas á la vez.

—Pues tiburón, es un pescado grandísimo; éste mediria unas seis ú ocho varas de largo, y con una boca tan enorme, que de un sorbo se engulle al hombre más grande.

—¡Qué horror! exclamaron las que escuchaban. ¡De buena te escapaste, Anita!

—Si no corro, respondió ésta, me devora.

—¿Y á pesar de esto continuaste bañándote?

—Sí, pero entonces, mi papá nos cuidaba mucho, adelantándose más allá del alfaque donde chocaban las olas.

—Nos embarcamos en el bote "*Pájaro de la Mar*" y Anita se mareó, dijo Josefa.

—Sí, es cierto, respondió aquella, me puse muy débil y sentí ganas de vomitar. Acostada pasé todo el tiempo que

duró la navegación. Josefa no se mareó, y me daba envidia verla tan fresca.

—También viajamos en el vapor "*Rosita*;" allí se mareó al principio Anita, pero despues se serenó, y se divirtió mucho.

Los viejos se ocupaban de oir contar á los padres de Anita las peripecias de tan variado paseo.

La finca presentaba el aspecto de una fiesta; se despedian unos y llegaban otros, cosa que se prolongó hasta hora muy avanzada de la noche, en que se recogieron los dueños, fatigados de las recepciones de sus buenos vecinos, á quienes atendian con exquisita cortesía.

El pobre D. Víctor Alonzo habia tenido que separarse de la familia del Sr. Rivadeneyra, no tanto por sus ocupaciones, cuanto por la esquivéz de Anita. Queria arrancar de su herido corazon, aquel amor que lo habia dominado, y resolvió quedarse en la capital.

El dia de la despedida, se ocupó con actividad de los asuntos de la casa de que era sócio, procurando alejar recuerdos que le hacian mal.

Por la noche, cuando vino el silencio que trae la calma de los negocios, mi hombre se dirigió al casino, jugó al billar, tomó algunas copas de vino Jerez, habló con ruido y procuró reirse cuanto pudo, á fin de disipar algo que preocupaba su imaginacion.

Poco á poco fueron retirándose los concurrentes del casinó, y Alonzo, para no quedarse solo, tambien tomó el camino de su alojamiento.

Llegó al almacen, y despues de tropezar con fardos de cacao y café, subió á su cuarto.

Dormia en la misma pieza un dependiente español, llamado Isidro, muy inteligente é instruido.

Se cruzaron algunas palabras chispeantes y se metieron á sus camas.

Alonzo no podia dormir; Morfeo no llegaba á calmar sus penas.

Se agolpaban en su mente las facciones de Anita, sus gracias, sus atractivos; y la idea negra de que todo aquel conjunto no le pertenecia causábale tanto mal, que sentia un dolor agudo en el corazon y algo desagradable en el cerebro.

Desesperado de aquella situacion, se levantó, encendió la vela y se vistió.

El cariño á Anita y el amor propio lastimado, por sospechas de que su corazon pertenecia á otro más afortunado que él, dieron al traste con la tranquilidad del jóven.

—¡Isidro! exclamó, no puedo dormir.

—¿Qué le pasa? contestó el otro asoñado y entreabriendo los ojos.

Isidro era hombre que roncaba dos minutos despues de reclinar la cabeza en la almohada.

—Levántese, Isidro, volvió á decirle el jóven Alonzo.

—Bien, ya estoy listo, y diciendo y haciendo se vistió y se ciñó el rewólver á la cintura.

—Quiero que vd. no duerma, y que me oiga ¡por Dios!

—Ya lo oigo, y me permitirá que le diga que me tiene dispuesto para matar á veinte.

—No se trata de matar, yo soy el que me muero.

—¡Cómo! ¿Usted?

—Sí, estoy malo.

—¿De qué? ¿Desea vd. médico? lo iré á llamar.

—No, mi enfermedad no la cura ningun médico.

—Pues no entiendo....

—¿No?

—Ni palabra....

—¿No ha comprendido vd. que estoy perdidamente enamorado de Ana Rivadeneyra?

—No, ni pisca....

—Pues lo estoy, y no sé qué pasará conmigo.

—Ya, ya, ya, así estuve en Lóndres cuando estudiaba en un colegio. Me enamoré de una jóven inglesa, y si no cruzo las mil leguas del Océano que me separan de ella, en la actualidad estaria olvidado.

—A mí, ni diez mil leguas de por medio me harán olvidarla.

El pobre Isidro vióse obligado á pasar toda aquella noche en vela, porque el jóven Alonzo hizo que le acompañara á la calle, para contarle su amor y la resistencia que habia hallado en su pretendida.

Al aclarar, el sueño y el cansancio vencieron á mi hombre y durmió algo, pero la tranquilidad habia huido de su espíritu.

XXVIII

Dormia Anita profundamente, cuando oyó en sueños el preludio de una guitarra, cuyas cuerdas pulsaba dulcemente una mano adiestrada.

Despertó y puso atencion.

Una voz hermosa y sonora, acompañada del instrumento, cantó los siguientes versos:

Anita de mi alma,
Despierta un instante,
Escucha á tu amante
Que vive sin calma.
De amargo dolor
Las horas pasaron,
Consuelo no hallaron
Sus cuitas de amor

Que viené á cantarte,
Hasta estas montañas,
Do hermosas mañanas
Convidan á amarte.
Buscándote ansioso,
Lo encuentras aquí,
Amado por tí
Seria él dichoso.

Aquella voz no le era desconocida, era la voz de Alonzo que tantas veces le habia dicho que la amaba.

En medio de aquella soledad y del profundo silencio, que apenas interrumpia allá á lo lejos el arrullo del rio, experimentó Ana la primera sensacion de amor.

Se arrepintió de haberlo desairado tan duramente, y en su pecho virginal nació la compasion, tras de la cual se encuentra en acecho el amor; Alonzo habia vencido con su constancia la resistencia de su amada.

Aquellos acordes arrancados á una hora tan avanzada de la noche, á un instrumento de cuerdas; aquel canto lastimero, verdadero gemido arrancado del corazon; uno que otro ladrido de perros y el silencio más completo, causaron honda impresion en el débil espíritu de Anita, que se creyó presa de un sueño que duraba un momento, porque sus ojos abiertos denunciaban la realidad de lo que sentia, creyendo que lo soñaba.

Así trascurrieron las horas sin que pudiera dormir, y muy temprano, contra su costumbre, se arregló y salió á buscar aire puro al jardin.

Aquella mañana sintió despertar en su alma emociones desconocidas para ella; experimentó algo como una opresion en el pecho, algo que le agradaba y que la entristecia al mismo tiempo.

Las flores aparecian á sus ojos con mayor belleza que án-

tes; las aves canoras que dejaban oir su melodioso trino, parecíanle mensajeras de palabras dulces, enviadas por su apasionado amante.

Era la mañana más hermosa que aparecia ante su espiritual corazon, durante los años que se habian deslizado desde su nacimiento.

Tuvo miedo á que sus padres notasen que habia salido temprano, y regresó á su recámara á esperar que la buscasen como de costumbre.

Creia que ellos no habian oido la serenata, y se equivocaba, pues habian estado pendientes de todos los detalles, hasta la retirada del trovador.

Cuando la madre se levantó, fué á su cama y se sorprendió de encontrarla vestida.

—¿Qué te ha pasado, hija? le preguntó.

—Nada, mamá, que no tengo sueño.

—¿Te habrá desvelado la serenata de anoche?

—¿Qué serenata, mamá? preguntó, poniéndose muy colorada, lo que no notó la madre.

Era la primera vez que la engañaba, y creyó de buena fé que nada habia oido su hija.

—Pues vinieron á cantarles anoche, y por cierto que no conocí la voz de los trovadores, por lo que no puedo asegurar á quién de ustedes dos fué dedicada la serenata.

—A mi hermana ha de ser, porque yo no sé quién puede pretenderme, cuando todavía soy tan jóven, se apresuró á responder Anita. Estas palabras fueron dichas, esquivando la mirada de la madre.

Ana pasó un dia extraño; triste y meditabunda buscaba la soledad.

A la noche, besó á sus padres, y se retiró á su cama.

En vano cerraba los ojos; el sueño no llegaba á calmar aquella excitacion que ponia rígidos sus párpados.

Serian las once cuando llamaron su atencion voces en el

corredor y luego se dejó oir el sonido tierno que lanzaban dos guitarras, dos flautas y dos violines, tocados con maestría y elegancia.

Producian tal melodía los instrumentos concertados para formar aquella orquesta, que llamaba la atencion por la dulzura de las notas que emitian.

Alonzo era incansable; habiendo sido vencido en un terreno, loco de amor, buscó los medios más elocuentes para agradar á Ana: la música y el canto, eficaces medios para el logro de sus proyectos.

Ana tuvo curiosidad de conocer á los músicos, y entreabrió un postigo de la ventana para verlos.

La luna derramaba en los corredores y en el prado su pálida y apacible luz, haciendo proyectar en el suelo, en sombras negras, los cuerpos de los músicos y acompañantes. Los árboles, mitad alumbrados y mitad oscurecidos, en cuyas hojas rielaba la luz de nuestro satélite, semejaban esas noches de luna de Venecia, pintadas por Chateaubriand.

Cuando Alonzo, que se encontraba con la vista fija en el postigo, notó que se abria, dejó caer á la recámara una carta. Ana oyó el ruido y se inclinó á levantarla, cerrando inmediatamente, bastante conmovida al reflexionar el compromiso en que la ponia aquel jóven.

¡Qué temores le asaltaban ahora! ¡Qué precauciones tomaba para que no se llegàse á traslucir su amor! Antes era distinto, lo confiaba todo á su mamá; se trataba de un impertinente.

El Sr. Rivadeneyra, tan fino como caballeroso, mandó abrir las puertas de la casa y salió á invitar á los músicos á que entrasen á tomar una copa de vino.

Estuvieron un rato y se retiraron complacidos de las atenciones de aquella familia.

XXIX

A la sombra de un frondoso árbol de naranjo de China, cuajado de fruto; que parecia haber recibido una lluvia de oro, lejos de las miradas importunas, se encontraba Ana, á eso de las nueve de la mañana del dia que siguió á la noche en que los moradores de "Santa Filomena" oyeron los tiernos acentos de una música que iba á turbarles el sueño.

Allí, con mucho cuidado y sigilo, sacó de su seno la carta que habia levantado y la leyó; decia:

"Ana adorada:

"No puedo soportar por más tiempo el desprecio con que me trata vd., quiero morir si no he de merecer su amor.

"Sus ojos, su boca, que al entreabrirse semeja un capullo de rosa, su voz melodiosa, todo ese conjunto me ha trastornado.

"El sueño me ha abandonado por completo, y si sigo así, comprendo que mi vida no se prolongará mucho tiempo. No me cabe duda de que esta carta será contestada como tantas otras que he entregado á vd., con el silencio

"Una palabra suya, una solamente, haria renacer la alegría que he perdido.

"Apiádese vd. de quien le ruega se digne enviarle alguna esperanza.

"Víctor Alonzo."

—¡Pobre! articuló á media voz. Tiene razon; he sido cruel con él.

Dobló muy bien la carta, y la volvió á colocar cuidadosamente en el seno.

Meditó largo rato sobre lo que era el amor, y aunque ya estaba enamorada, y lo ignoraba, ántes habria muerto de rubor, que contestar la carta.

Poco despues de la escena anterior, llegó el jóven á la finca.

Ana, llena de mortificacion, no salió á la sala, pretextando ocupaciones que no existian.

Alonzo fué convidado á comer, y como era de esperarse, no se hizo de rogar.

Al pasar por el comedor, Anita no pudo eludir saludarlo, se puso extraordinariamente encendida, y se conmovió de tal modo, que la madre lo notó y llamó la atencion á su esposo del encogimiento y confusion de la jóven.

Despues de la comida, Ana, á instancias de todos tocó algo en el piano, y por cierto, que ninguna pieza pudo ejecutar bien; despues, acompañada del piano, entonó una cancion nueva, preciosa, que se hallaba entonces en boga, llamada "El Amor."

En el canto sí se distinguió; su corazon, afectado por impresiones que la habian conmovido muy profundamente, supo interpretar aquel dolor que lanzaba un jóven enamorado y mereció los aplausos calurosos de todos.

Dejó el piano, y con la cabeza inclinada, ocupó su asiento.

Hubo un momento durante la tarde en que, los dos padres tuvieron que separarse para ir á dar instrucciones al mayordomo para un trabajo, y Josefa se distrajo estudiando una pieza de música.

Quedaron pues, Anita y Víctor, una frente al otro, sin que nadie los oyera.

Anita, en tal situacion, pensaba retirarse cuando el jóven Alonzo le dijo con timidez:

—Señorita, ¡cuánto ansiaba poder hablarle á solas!

—¿Qué desea vd. decirme, señor?

—Anita, ¿se habrá vd. impuesto de mi carta de anoche?

—Caballero, no sé á qué carta se refiere vd.

—A la que dejé caer anoche en su recámara, cuando entreabrió vd. el postigio.

—¿Y quién ha dicho á vd. que yo haya abierto el postigio? Ha padecido vd. un error; ni he sabido, si no es hoy en la mañana, que habian traido música á la casa. Esta contestacion fué dada con muestras de indignacion.

Aquel corazon enamorado y en presencia del objeto que se lo inspiraba, se sintió herido ante la debilidad que se le atribuia, de haber escuchado tras las rejas de la ventana.

—Dispense vd., señorita, si me atreví á pensar que hubiese sido vd. la que abrió. El pobre jóven no encontraba cómo salir de aquella situacion difícil.

—Está vd. dispensado, le contestó con marcado disgusto.

El infortunado pretendiente no pudo articular otra palabra, y todo confundido, clavó la vista en el suelo.

Ella se fijaba en él, causándole pena haberle contestado duramente; lo amaba, y sin embargo, fingia la más completa insensibilidad é indiferencia.

El jóven hizo un esfuèrzo de valor, y cayó de hinojos, ante ella, exclamando:

—¡Por Dios, perdone vd. si la ofendí! la amo tanto, que no quisiera molestarla en lo más mínimo.

—Sr. Alonzo, levántese vd., que viene mi padre.

—No me levantaré, señorita, si vd. no me dá algun consuelo.

La hermana los veia de reojo, sin turbar aquella escena conmovedora.

Anita se levantó airada y dijo al jóven, acompañando á la palabra la accion.

—Si vd. no se levanta, me retiraré de aquí.

El jóven obedeció; pero repuesto despues, le dijo con suma vehemencia estas palabras:

—Anita del alma, mi bien, mi ilusion, ¿será posible que no pueda merecer, ya que no amor, siquiera compasion de mi dolor?

—Ya la he manifestado, que lo aprecio como amigo de la casa.

—Tantas veces he oido las mismas frases, que ya las oigo con horror.

—Como comprenderá vd., soy demasiado jóven para pensar en amores.

—Está bien, esperaré cuanto vd. quiera, pero dígame que corresponderá á mi cariño algun dia.

—Es imposible lo que vd. desea....

Pronunciaba la última palabra, cuando entró el padre, momento que aprovechó la hermana, que se hallaba impaciente para dejar el piano.

Entrada la noche, se despidió el jóven.

A la hora de costumbre, las dos hermanas besaron cariñosamente á sus padres, y se dirigieron á su recámara.

—¿Qué te decia el Sr. Alonzo de rodillas? preguntó Josefa á su hermana.

—Lo de siempre, que me amaba.

—Pero tú, eres muy necia en no corresponderle; bien puede hacer tu felicidad.

—Qué felicidad ni qué nada, hermana; ¿crees que pueda pensar en casarme, cuando todavía soy una chicuela?

—Razonas juiciosamente, pero él esperará si le dices que lo quieres.

—¿Y si no lo quiero, por qué lo he de engañar?

—Pues difícilmente hallarás mejor partido; es jóven, simpático, y tiene una buena posicion social, condiciones no fáciles de encontrar.

—Josefa, si no ando buscando partidos.

—Está bien, te hago reflexiones convenientes, por razon de que eres mi hermana, y me da pena, ver la constancia y la situacion de ese jóven.

—Gracias por tus consejos, hermana, y por tu cariño. Voy á pensar con detenimiento este asunto, que es bastante grave, y tendré presente las razones que acabas de darme.

—Hasta mañana, exclamaron las dos. Besos sonoros de verdadero afecto se oyeron resonar.

Josefa se fué á su cama, y á poco rato dormia profundamente. Ana era lo mismo antes; pero esta vez tardó mucho en dormirse. Su cerebro excitado luchaba con el amor naciente, y hasta muy tarde pudo conciliar el sueño.

Decididamente Alonzo era dueño de aquel corazon en los momentos mismos en que se preguntaba:

¿Por qué se resistirá á quererme? ¿Le seré tan antipático que no pueda lograr que me ame? Creo que trabajo en vano. ¿Qué hacer, pues, si me es imposible vivir sin verla?

Estas reflexiones atormentaban el espíritu del jóven en los instantes en que su pretendida no dormia pensando en él. Así acontece casi siempre.

XXX

El jóven Alonzo continuó visitando á Ana, llevándole música y cantándole los mejores versos que podia sugerirle su inspirado númen, sin obtener aparentemente nada.

La Sra. de Rivadeneyra comenzó á notar que su hija se entristecia demasiado. Advirtió que ya no le comunicaba, como en otro tiempo, las impertinencias del pretendiente, y palpaba que este continuaba frecuentando la casa, misterio que la inquietaba.

Vino, pues, á deducir, que ya se habian entendido y provocó una conferencia con su hija.

—Ana, le dijo con el inefable cariño con que la trataba:

antes me hablabas de la persecucion del jóven Alonzo que te pretendia en amores. Creí que todo habia terminado, como resultado del consejo que te dí en Comalcalco; pero evidentemente que he sido una necia al pensarlo, pues si no me equivoco, me ocultas la verdad. Hoy buscas la soledad, procurando alejarte de nosotros que tanto te adoramos, hija de mi alma.—A estas palabras la estrechó contra su pecho, deslizándose furtivas, por sus mejillas, algunas lágrimas.

—Mamacita, no te pongas triste, por Dios, le contestó llenándola de besos.

—Has perdido el apetito y te adelgazas notablemente.

—Pues bien mamá, te he ocultado algo, y voy á abrirte mi corazon á fin de probarte que no he desmerecido tu confianza ni tu cariño.

—Habla, hija.

—Las pretensiones del Sr. Alonzo me parecian un juguete, y por eso no les dí significacion. Durante el viaje en que nos acompañó, se me declaró multitud de veces, rogándome que lo amara, lo que nunca tomé á lo serio. Es indudable que influyeron en mi espíritu las atenciones que me prodigaba, pero quedaron adormecidas en mi imaginacion infantil, porque entonces nada experimenté. Despues, cuando menos esperaba, en esta soledad y en medio del silencio de la noche, oí una voz en el sueño que se quejaba de mi duro corazon; decia que me amaba y que venia á seguirme por no poder vivir sin mi amor. Despierto y reconozco aquel acento que tantas veces me habia dicho lo mismo; la hora, el lugar y la idea de que venia á seguirme hasta estos sitios, contribuyó á que despertara en mí algo que dormia en mi cerebro juvenil. Lo compadecí, sintiendo no sé qué, desde esa noche.

La madre escuchaba con suma atencion, y con febril ansiedad esperaba el desenlace de aquel drama que tanto le afectaba.

—A la siguiente noche, prosiguió Anita, oí música, y la curiosidad me hizo entreabrir el postigo con solo la idea de conocer á los que tocaban. Al poner en práctica mi pensamiento, sentí que se deslizaba una carta y la recogí, leyéndola al dia siguiente. Aquí la tienes, mamacita—y se la entregó. Esta carta determinó mi estimacion hácia él. Entre este afecto que nace y el amor inmenso que te profeso, he pasado algunos dias meditando á solas lo que debia hacer. Cruzaba por mi mente, abrazada por la duda, la idea de que debia comunicártelo todo, pero el rubor volvia á oponerse á mi resolucion.

—Bien, ¿y qué le has contestado?

—Por escrito nada; mi mano no ha trazado una sola letra para él. Verbalmente, cuando me ha hablado de su afecto, le he contestado que no puedo corresponder á su pretension.

—No esperaba otra cosa de tu bello corazon, exclamó la madre.

—En tal estado se encuentran las cosas. Por esta razon buscaba la soledad, para encontrar una solucion que me hiciera conservar tu cariño. No sé lo que habria hecho, si no vienes en mi auxilio, pero evidentemente nada que me avergonzara.

—Por toda la relacion que acabo de escuchar, vengo á deducir el afecto que te ha inspirado Alonzo.

—Pero por no perder tu cariño, sacrificaré cualquiera otro, mamacita.

—Pues mira, hija, los padres no deben contrariar los impulsos de sus hijos, si estos no son descabellados. El jóven que te pretende es honrado y estimable en la sociedad. El tiempo se encargará de robustecer esos impulsos ó de enervarlos, y él y tú tendrán tiempo de conocerse, tanto más cuanto que aún no cumples quince años.

—Está bien, mamá, haré lo que dispongas con sumo gusto.

—Voy á ver el mejor modo de tratar este asunto con tu papá—y la besó en la frente.

—Hasta despues, mamá linda, le contestó, correspondiendo al amoroso beso con otro beso, rebosando cariño y respeto.

La madre se convenció de que Anita ya amaba á Alonzo, y en el acto fué á comunicar á su esposo lo que habia observado en su hija, así como el diálogo que acababa de sostener con ella, entregándole la carta.

Ese dia, el Sr. Rivadeneyra llamó al jóven á su despacho y le enseñó la carta.

—Jóven, hace algunas noches que echó vd. á la recámara de mis hijas esta carta que recogió mi esposa.

—Sí, señor, es cierto, es mia, ¿por qué habia de negarlo? Amo á Ana con todo mi corazon. Me hallaba dedicado á mis trabajos comerciales, cuando las alas del ángel de amor se cirnieron sobre mí al conocerla. Desde entonces soy un desgráciado, porque ella me desprecia.

—No tanto, amigo, existen muchas jóvenes á quienes puede vd. pretender con mejor éxito.

—¡Imposible que ame á otra! Si ella no llega á apiadarse de mí, no sé cuál será mi porvenir.

—Mi hija es muy niña para pensar en casarse.

—Señor, esperaré con tal de que vislumbre alguna esperanza, respondió violentamente, como queriendo arrancarle alguna promesa.

—Veré qué puedo hacer, jóven, contestó, inconscientemente, pues su pensamiento no estaba en armonía con la emision de su voz

—¡Oh, señor! cuánto agradezco su bondad! Dios le ilumine para que encuentre la manera de hacer mi felicidad.

XXXI

Habian trascurrido muchos dias despues de la anterior escena; una mañana deliciosa, fresca, y de alegría en la finca, por celebrarse la fiesta de la vírgen de su nombre, recibió el jóven Alonzo el dulce y ansiado sí, que tanto esperó. Ese dia, por su libre albedrío, dos almas prometieron fundirse en una sola, por el fuego de la pasion más pura.

Las aves parecian gozar de placer; las flores ostentando su belleza y sus colores, despedian sus más exquisitos aromas, embalsamando el ambiente que iba á acariciar el risueño semblante de la feliz pareja.

Desde entónces se consideraron dichosos, y sólo esperaban contentos que pasaran los dos años de plazo, que ambos habian convenido con beneplácito de los padres.

Alonzo pudo dedicarse de nuevo con toda tranquilidad á sus trabajos comerciales.

En una fiesta que se celebró poco despues en Teapa, se trasladó allí la familia, con el objeto de divertirse, sobre todo, por la noticia que se extendió en las riberas, de que una cuadrilla de toreros, capitaneada por el infatigable J. M. Vázquez, de Orizaba, de paso para Chiapas, habíase comprometido á dar dos funciones tauromáquicas matando varios toros. Produjo tal entusiasmo y curiosidad aquella noticia, que afluyó una inmensa concurrencia, más por los toros que por el santo.

Como es costumbre, jóvenes decentes y hacendados se prestaron á sacar á la plaza los toros que habian de ser lidiados.

El jóven Alonzo, entusiasta por esta clase de diversiones, fué de los que formaron parte de la *troupe* de vaqueros.

A un costado de la parroquia se estableció la plaza de la lidia, rodeándola de palcos muy adornados de cortinas rojas y banderas tricolores.

A las diez de la mañana del dia del santo que se celebraba, completamente lleno de gente el redondel, se presentó Vázquez, dando el brazo á su mujer, ambos vestidos lujosamente, él de sevillano, y ella de maja: seguia el hábil y listo Felícitos Villaraos, acompañado de otro torero, jóven, ligero y vivo.

Despues de saludar al público se pasearon por todo el palenque hasta enfrentar con el palco de la autoridad política. Allí se detuvieron para esperar la salida del toro. Comenzó la funcion con un bermejo que recorrió la plaza con suma rapidez, buscando á quien embestir.

Felícitos, con su capa, fué á saludar á la autoridad, dirigiéndose, en seguida, al toro, el que, en el acto que lo vió, partió sobre él con tal furia, que se creyó que lo cogia, pero con atronadores aplausos de la concurrencia lo capeó, sacándole multitud de lances con la mayor limpieza y maestría.

En seguida tomó un par de banderillas con rosetas en los extremos, y encarándose de nuevo al toro, al embestirle se las clavó con mucha habilidad en la frente, con tal simetría, que parecia imposible esta operacion. Pues faltaba más que admirar: ya que el público cesó de aplaudir, Felícitos saludó en todas direcciones con el sombrero sevillano, se dirigió otra vez á la fiera, y en una carrera diagonal hácia ella, le arrancó las dos rosetas de la frente, suerte difícil y peligrosa, que, hasta la actualidad, solo ha podido poner en práctica aquel banderillero. El público aplaudió frenéticamente esta nueva prueba de la audacia de Felícitos.

Un toque de corneta indicó que debia matarse el toro.

No tardó en presentarse el diestro Vázquez, ese maestro del arte de la lidia, con capa roja y la espada en la mano derecha descansando el filo sobre el brazo izquierdo. Frente al palco de la autoridad hizo un saludo y fué á pararse delante del toro: este lo miró con curiosidad, retrocedió algunos pasos, bramó, escarbó la tiera y partió sobre el diestro, quien, despues de tres pases, le enfiló el arma homicida sobre las paletillas: el toro embistió con furia, pero al sentirse herido, se paró, vaciló unos instantes, y cayó muerto á los piés del bravo Vázquez.

Un aplauso atronador interrumpió el silencio que produjo este acto. La música tocó diana para satisfaccion del torero.

Salió el segundo toro, blanco y listo como el anterior, el que fué capeado por Felícitos y su compañero. En seguida Vázquez sacó á su mujer y la colocó sobre dos sillas, dándole dos banderillas de vistosos colores.

En el acto la concurrencia comenzó á gritar: ¡no! ¡no! ¡no! ¡se le dispensa la suerte! El capitan Vázquez, á pesar de los gritos, que oyó inalterable, se aproximó al palco que ocupaba el Sr. Rivadeneyra y le dijo:

—Señor, esta difícil y arriesgada suerte, la dedica mi esposa á las señoritas hijas de vd. como las reinas de la fiesta, por su belleza. Dígnese, pues, aceptarla.

—Aceptada, y gracias, contestó Josefa.

Anita le rogaba que, por Dios, no expusiera á su mujer á ser maltratada por la fiera.

Los toreros, capeando al toro, fueron atrayéndolo al lugar en que se hallaba la torera. En este momento, la concurrencia guardó el más profundo silencio, conteniendo la respiracion y fijando sus ojos ávidos sobre aquella animosa mujer, revelando en sus semblantes la angustia y la compasion.

Cuando el toro se encontró con aquel aparato huyó, pero volvió, se paró á examinarlo, y ya que reconoció que se trataba de capearlo, embistió con decision, recibiendo en el pes-

cuezo las dos banderillas que, con certera mano, le clavó la torera, la que dió un gran salto al suelo, en los instantes en que las sillas volaban por el aire á cornadas.

Fué objeto de una verdadera ovacion. Los aplausos, dianas y regalos, llovieron copiosamente. Las hermanas Rivadeneyra le regalaron dos onzas de oro, que recibió con muestras de profundo agradecimiento. Vázquez salió á matar este segundo toro, lo que ejecutó con la misma habilidad y limpieza que el anterior.

Ana sufria horriblemente en presencia de este bárbaro espectáculo. Papá, decia cuando la torera se colocaba en las sillas, la va á matar el toro.

—No, hija, le contestaba; cuando lo hacen, es porque tienen confianza en su destreza.

—La va á matar, ya lo verás. Yo voy á cerrar los ojos para no presenciar esta barbaridad. La madre procuraba darle valor, esforzándose en manifestar serenidad, para que la hija no se asustara, ánimo que ella misma estaba muy lejos de tener.

Ya que pasó el peligro, aplaudió Ana, llorando de placer.

Cuando se mataba algun toro se entristecia mucho.

—Mamá, mira, pobre del toro.—¡La sangre, la sangre le chorrea!

Fueron lidiados felizmente todos los demas toros, con excepcion del último, negro como la noche, ligero y feroz como ninguno. Era justamente traido de un potrero del Sr. Rivadeneyra, quien lo habia regalado para la fiesta.

Ya la cuadrilla se preparaba á torearlo, cuando se oyó una voz fuerte y clara que decia: ¡¡este es para los vaquerooos!! eco que repercutió en todos los ámbitos del redondel.

El público se obstinó entonces en gritar incesantemente: ¡¡¡¡que lo toreen los vaquerooos!!!! No se hicieron esperar estos, tanto más, cuanto que todos sabian el arte, á que se

habian acostumbrado desde su niñez en las fincas de sus padres. El jóven Alonzo, que ignoraba totalmente la tauromaquia, aunque no carecia de valor, no se bajó del caballo, porque obedecia á señas que le dirigia Ana desde su palco, imponiéndole permaneciera á caballo. La concurrencia se fijó en su resistencia, y se desgañitaba porque toreara Alonzo. Se vió obligado, al fin, á imitar á los demas vaqueros, con el propósito de permanecer muy detras de los compañeros; pero contra toda su prevision y sus deseos, repentinamente se encontró frente al feroz animal que, ligero como el viento, habia embestido á todos los que le precedian, quienes habian salido del compromiso con toda felicidad.

El pobre jóven, sin tiempo para correr por haber acontecido esto con suma rapidez, fué cogido por el toro, levantado á gran altura y al caer recibido á cornadas, y habria perecido si los compañeros y toreros no hubieran ocurrido en su auxilio á salvarlo.

Fué conducido á una casa inmediata bastante maltratado; pero por fortuna, sin ninguna lesion, fractura, ni dislocacion.

Anita, al verlo en las astas del toro, se desmayó, volviendo en sí despues de algunos minutos, á fuerza de éter y agua fresca.

—¡Dios mio, qué horror, lo ha matado!

—Cálmate, hija, no ha sido cosa de gravedad, le decia la madre.

—¡Si lo ví, lo ví caer muerto! exclamaba con angustia.

—No, hija, te pareció, no fué nada.

La madre no sabia el estado del jóven y hablaba así por tranquilizar á Anita; pero en ese momento entró un amigo asegurando que habia sido una magullada únicamente, con lo que volvió á reinar la calma en la familia.

Dió fin la funcion con este percance desagradable é inesperado.

XXXII

Concluida la fiesta, que fué amena y divertida, todas las familias retornaron á sus fincas de campo, tomando el camino del Alto Puyacatengo las que eran de aquel rumbo.

La del Sr. Rivadeneyra era de las que formaban parte de aquella alegre caravana.

El novio de Anita, aunque algo maltratado por las cornadas que recibió, iba muy peripuesto. Llevaba sombrero jarano, blanco y galoneado, blusa á la teapaneca, de paño color crema, *chivarras* de fino bordado de hilo de oro y plata, camisa sumamente blanca con botones de oro y brillantes y corbata carmesí con un fistol, figurando una herradura, cuyos clavos eran de costosos brillantes.

Caminaba sobre un hermoso tordillo, grande, de buen trote, y se sentaba sobre una silla fabricada en el taller de Eduardo Ruiz, de la capital de la República, cuyo valor no bajaba de cuatrocientos pesos.

Queria imitar á los teapanecos en su manera de correr y *rayar* sus caballos, pero no hacia más que parodiarlos, cosa que provocaba la risa de los ginetes y aun de las jóvenes.

Esto no impedia que él se creyera un buen ginete, y sobre todo, el más feliz de los mortales, lo que revelaba en su semblante sonriente y en su inagotable alegría.

No se apartaba de la novia, la que se hallaba muy satisfecha del apuesto jóven con quien se uniria más tarde, lo que causaba envidia á las demas muchachas

El corto viaje fué de lo más delicioso; radiaba en aquellas frentes el contento y buen humor.

La familia de "Santa Filomena" llegó á su finca, y el jóven Alonzo permaneció en ella tres dias.

En la mañana que siguió al de la llegada, Josefa y Ana, despues de besar á sus papás, se dirigieron al jardin á ver si sus plantas habian sido atendidas debidamente durante su corta ausencia.

Allí se les reunió Alonzo, quien, para halagarlas, llevaba en una mano el conejo blanco, predilecto de Josefa, y en la otra el conejo pinto, consentido de Anita. En el acto que lo vieron corrieron á su encuentro, tomando cada una su animalito, los que recibieron una lluvia de besos y caricias. Ambas, una á cada lado, se asieron del brazo del jóven y recorrieron con él el jardin, empujándolo y haciéndole travesuras que él soportaba riéndose.

—Esta dália roja la sembré yo y aquella blanca que ves allá, mi hermana, dijo Ana.

—Preciosas están; ya veo que tienen ustedes aficion á la floricultura.

—Esta gardenia llena de flores, yo tambien la he tenido que cuidar mucho. Voy á regalarte la flor más hermosa que tenga, en prueba de que te amo.

—Gracias, y la conservaré junto á mi corazon [illegible] viva.

—La azálea rosada que se ve allá lejos, yo la he[illegible]do, dijo Josefa; le regalaré á vd. la flor más linda co[illegible] muestra de mi amistad.

—Muchas gracias, hermana, le contestó, porque ya la trataba como tal.

—A ver, Alonzo, ¿qué sintió vd. cuando lo *trompeó* el toro? preguntó Josefa.

—Nada; quedé sin sentido, y fué todo.

—No hablen de eso, por Dios, que me hace mal, se apresuró á decir Anita.

Se encaminaron en seguida á aquel naranjo de China, cuajado de fruto, que mis lectores no habrán olvidado.

—Aquí, dijo Anita, leí tu primera carta. A la sombra de este naranjo experimenté la primera sensacion de amor; aquí comencé á amarte. Acepta, pues, como un recuerdo de mi cariño, este pequeño ramito de azahares de este árbol querido.

—Tambien lo conservaré en mi seno junto con la gardenia; y á propósito, ¿recuerdas que te enojaste entonces por haberte preguntado de mi carta? Injustamente me reconveniste esa vez.

—Sí; pero en ese tiempo no debia decirte nada; no eras aún mi novio, ¿y podia adivinar que lo serias?

—Todas ustedes son iguales, altivas y reservadas.

—Será lo que quieras, pero vamos á la huerta.

Así lo hicieron, y al llegar bajo un corpulento mango, suplicaron al jóven se subiese á bajar los más hermosos frutos. Se vió, pues, obligado á complacerlas, y cortó los más grandes, que fueron destinados á la mamá.

Despues llenaron sus pañuelos de limas y dejaron la huerta para ir á un plantío de cacao á buscar nidos de pájaros, perseguir mariposas y arrancar flores de coutí.

Esta planta que produce flor tan original como olorosa, pertenece á la familia de las aracias, andrógina; la flor se compone de estambres adheridos y de tal modo compactos, que constituyen un solo cuerpo en forma de cono, de cinco á siete pulgadas de largo por media de ancho en su base, semejante á una vela comun.

La pirexia le sobreviene en el período de fecundacion y le dura de tres á cuatro horas, tiempo en que despide un aroma fuerte y sumamente agradable, olor que cesa por completo cuando termina el estado álgido de la flor.

El cáliz es de un color verde subido por fuera y rojo en la parte interior; siendo pues, blanca la flor, simboliza perfectamente nuestro pabellon nacional, cuando se abre el capullo al comenzar el período de fecundacion.

Las tabasqueñas acostrumbran llevar la flor en pequeños pedazos, en el seno, para aromatizar el cuerpo y la ropa. El vástago, que puede decirse constituye la flor, es muy venenoso.

Llenas de frutas y flores retornaron á la casa, sonrientes de alegría y felicidad.

En las mañanas y en las tardes se distraian de la misma manera: iban á la orilla del rio á pescar truchas y mojarras con unas redes especiales, de un tamaño que ellas podian manejar.

Pasados varios dias, Alonzo se preparó á abandonar la finca, con mucho pesar.

La víspera de su viaje manifestó á Anita que no volveria hasta despues de dos meses, por tener que ir á la barra de Santa Ana á cargar varios buques de madera de caoba, trabajo que requeria, cuando menos, ese tiempo. Contrarió mucho á la novia la noticia de tan larga ausencia, porque desde que se amaban, casi permanecian juntos, pues las ausencias apenas duraban tres ó cuatro dias.

¡Noche negra, llena de amargura, es la que precede á la partida del sér que se ama! Anita no pudo tomar alimento, ni conciliar el sueño.

¡Qué triste despedida medió entre los dos amantes!

Cuando los dueños de la hacienda dormian aún, al amanecer del dia siguiente, el jóven Alonzo ya se paseaba por el corredor frente á la recámara de su novia. Sus pasos fueron oidos por ésta, y ella se apresuró á abrir la ventana para hablarle.

—Buenos dias, dueña de mi amor, exclamó el jóven al verla.

—Buenos dias, contestó, cerrando los ojos que heria la luz de la mañana.

—¿Cómo pasaste la noche, mi encanto, mi bien?

—Mal, respondió tristemente.

—¿Por qué mal?

—Por ese malhadado viaje.

—Si no es más que por dos meses, prenda mia.

—Será, pero ahora no quisiera que te separaras tanto tiempo de mi lado.

—Mi vida, pronto me tendrás de vuelta.

—Lo sé, más dos meses sin verte....

—El tiempo pasa rápidamente.

—Antes, las horas corrian sin sentir; ahora que te amo, nó; caminarán con demasiada lentitud.

—Gracias por tu cariño, pero disipa ese pesar.

—Razon tenia para no querer entregar mi corazon á nadie; dijo estas palabras fijando su mirada en el suelo y como hablando consigo misma.

—¿Crees, pues, que no soy acreedor á tu amor cuando así exclamas?

—No es eso, sino que cada minuto de tu ausencia, me parecerá un siglo.

—Ya sabes que por tí daria la vida; si tú lo deseas, no iré á Santa Ana.

—Seria una necedad mia, oponerme á lo que te obligan tus negocios; pronunciaba esta frase queriendo ocultar los ojos que humedecian las lágrimas.

—Eso no importa.

—No, anda, me resignaré á sufrir; solo te encargo que no me olvides.

—¡Imposible! jamás podré olvidarte, cuando sin tí no podria vivir.

—Rezaré á la Vírgen de Guadalupe, porque vuelvas pronto.

—¡Gracias!

—Y porque tu viaje sea feliz.

—Así espero que será.

—Y porque solo pienses en mí.

—Te lo juro, por el recuerdo de mi madre.

—Adios, pues, y le extendió su mano.

—Adios, contestó él, tomando la de ella, sobre cuyo nítido dorso estampó muchos y ardientes besos, con muestras de la mayor ternura.

Alonzo se conmovió; sus grandes ojos se enrojecieron, y algunas lágrimas furtivas se deslizaron por sus mejillas.

No tardaron en levantarse los padres, de quienes se despidió con demostraciones de afecto, lo mismo que de Josefa, cabalgó y partió de allí.

Los ojos de Anita, lánguidos y llorosos, se fijaron tristemente en su amante que se alejaba; parada en el lugar más alto del jardin, pudo seguirlo con la vista mucho tiempo, empinándose de vez en cuando para buscarlo cuando desaparecia en las sinuosidades.

El novio á cada momento se detenia y dirigia la mirada hácia la casa de su prometida, agitando un pañuelo blanco.

Cuando llegó á la cumbre de la cuesta ya para bajar al otro extremo, agitó por última vez su pañuelo y exclamó:

—Adios, pintorescas riberas, adios sitios queridos, adios dueña de mi corazon; tú eres para mí lo único que amo en la tierra; ni mis padres viven, que pudieran quitarte algo de mi cariño, todo es tuyo.... adios.... y descendió á la llanura.

XXXIII

Una madrugada fria y húmeda, oscura y lluviosa, sin que ninguna estrella brillase en el firmamento, fué en la que Alonzo salió de San Juan Bautista con direccion á Santa Ana.

Durmió en Comalcalco, pasó por Paraiso y llegó á comer

á Cupilco, saliendo de este último punto ya entrada la noche, con la intencion de dormir á la mitad del trayecto, en un campamento formado por una cuadrilla de griegos establecida en el país, que se ocupaba en desvarar y desmantelar una barca francesa que encayó, arrastrada por un viento del Norte.

Llegó al campamento á eso de la media noche, y fué recibido con ¡hurras! por los trabajadores griegos, que dormian profundamente y que se levantaron á los gritos de Alonzo, gritos acompañados de un disparo de rewólver al aire. Le prepararon una cama formada de tablas y se acostó luego que, á grandes sorbos, agotó una jícara de café aguado y mal colado que le prepararon.

Todavía no se dormia, cuando oyó que su caballo, que solo tenia un poco de palmas de guano que cenar, comenzó á sonar las narices en señal de espanto. Salió á ver lo que era, y se encontró con un hermoso tigre que amenazaba atacar al caballo. Le disparó su rewólver y lo obligó á huir, habiéndose visto precisado á repetir esta operacion durante lo que faltaba para aclarar, para salvar á su caballo de los tigres que con frecuencia lo acosaban.

Al amanecer se despidió de los griegos, despues de repetir la jícara de café aguado, y partió rumbo á Santa Ana.

XXXIV

Apenas trascurridos quince dias de su llegada, una mañana, los habitantes de la barra presenciaron la entrada de una canoa de guerra, procedente de la Isla del Cármen, cuya bandera y gallardetes hacia tremolar el viento. En ella ve-

nian ciento y pico de hombres acaudillados por el coronel Juan José Juarez, que, pronunciado en aquella isla, invadia en son de guerra á Tabasco.

Tres dias más tarde, sea por desconcierto entre los principales jefes ó porque carecieran de recursos para sostenerse, la fuerza se desbandó, tomando diferentes rumbos. Juarez tomó el de Minatitlán, donde fué aprehendido y fusilado seis ú ocho meses despues en dicha Isla del Cármen, lugar en que perpetró el delito de lesa política. Siendo muy caballeroso, valiente é ilustrado, fué muy sentida su muerte y censurada la pena que se le impuso por órden expresa del ministro de la guerra de la administracion de D. Benito Juarez.

Los demas se derramaron por los montes. Ocho ó diez pronunciados, encabezados por un sargento, cometieron varios robos en la barra y huyeron; pero el jefe subalterno, llamado Cenobio Romero, calvo, *güero*, de ojos pequeños y amarillos, que frizaba en los sesenta años, los persiguió agarrando al cabecilla y á otro, á los que, sin formacion de causa, mandó fusilar á la orilla opuesta de la barra.

Dicho Romero organizó una fuerza de seguridad pública, compuesta de estivadores, á fin de guardar el órden é impedir otros robos.

Una tarde, serian las dos poco más ó menos, se distinguieron en el horizonte de la laguna, justamente en direccion de donde tributa á ella el rio de Sanapa, tres canoas llenas de fuerza armada, que bajaban á favor de la corriente, haciendo proa á la poblacion. Esta se puso en alarma y el jefe subalterno tocó llamada, mandando poner sobre las armas á sus matriculados, temeroso, como era natural, de que fuese gente pronunciada la que se acercaba.

A tiro de fusil, el jefe de la flotilla, que con anteojo observaba la actitud de los habitantes, mandó dar el toque de *enemigo al frente*, el que fué repetido por la fuerza de tierra, porque tenia su enemigo tambien al frente. A pocos instan-

tes volvió el clarin de tierra á tocar *enemigo al frente á derecha é izquierda, avanzando.*

Este fué un movimiento efectuado por la flotilla con mucha habilidad y estrategia para desconcertar á los de tierra, pues el jefe de la fuerza asaltante se quedó en una embarcacion que no avanzaba, mientras las otras se dirigian á los extremos del pueblo rápidamente, con el objeto indudable de romper los fuegos por tres puntos.

Romero y sus soldados de seguridad pública, pálidos y azorados, no sabian qué partido tomar, si romper el fuego ó huir, y no por carecer de valor, sino porque ignoraban con cuánta gente tenian que luchar y de dónde venia la que se aproximaba, que parecia ser del ejército por el uniforme.

Vacilando, resolvieron replegarse á una trinchera vieja, situada en la playa, camino de Tonalá, abandonando la poblacion, movimiento que pusieron en práctica.

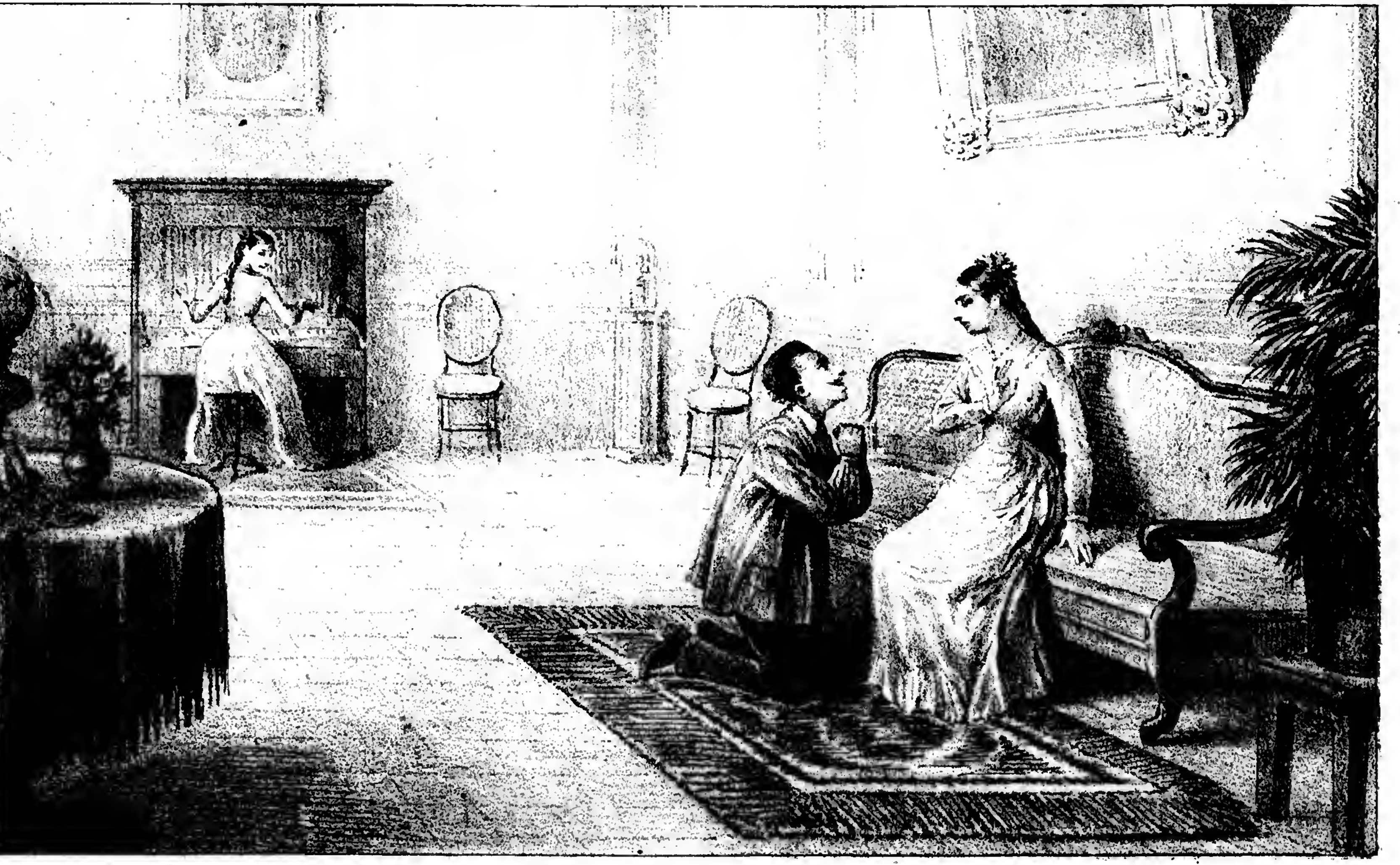
Cuando las columnas flanqueadoras pisaron tierra, el jefe mandó remar resueltamente hácia la orilla, en los momentos en que Romero habia salido de la poblacion, dejando el campo á su enemigo.

Reunidas las tres guerrillas, mandó el jefe armar bayonetas y perseguir á paso veloz á los que huian.

Alonzo, que conoció al jefe asaltante, amigo suyo justamente, corrió á abrazarlo, manifestándole que la fuerza que se habia retirado era de amigos del Gobierno.

Inmediatamente se dió el toque de alto, distinguiéndose en ese momento una bandera blanca que flameaba en la trinchera de la playa.

Alonzo se prestó á ir á ver á Romero, quien no tardó en presentarse con sus matriculados, que fraternizaron inmediatamente con los bravos veteranos.



Alonso à los pies de Ana.

XXXV

Tres dias habian pasado despues de los hechos relacionados en el anterior capítulo. A eso de las once de la noche, cuando todos dormian profundamente, reinando un silencio sepulcral, interrumpido apenas por el silbido del viento y el murmullo que producian las olas al rozar sobre la arena, se declaró un incendio en dos grandes casas: los que pudieron observarlo en ese momento, temieron desde luego que se abrasara toda la poblacion, porque el fuego comenzaba cerca del rio y el viento se encargaria de propagarlo. Así sucedió: vanos fueron los esfuerzos que se hicieron para impedirlo; las llamas se extendian extraordinariamente y se levantaban gigantescas lamiendo cuanto encontraban para devorarlo. El fuego producia un chisporroteo y un rugido que causaba espanto. Este elemento voraz lo destruia todo.

Los gritos, los lamentos, el llanto de las gentes, todo tomaba un aspecto aterrador. Con las facciones alteradas por el miedo y alumbrados á la luz de aquella inmensa hoguera, representaban séres diabólicos, fantásticos, los que abandonaban sus habitaciones y huian despavoridos.

Veinte casas de madera y *guano*, ardiendo simultáneamente, coloreaban de un rojo siniestro la superficie del mar al Norte, y en las turbias aguas del torrentoso rio, rielaban en sus profundas hondas, aquellas gigantescas llamas.

Un soldado desertor, un malvado que buscó refugio en la barra, cometió este horrible crímen y no pudo ser aprehendido á pesar de la persecucion que se le hizo. Varios incen-

dios semejantes ha sufrido aquel puerto por abrigar delincuentes que huyen del castigo de sus grandes crímenes.

Todos los de Santa Ana hicieron esfuerzos de valor temerario, pero sobrepujó á los demás, el jóven Alonzo. Se multiplicaba para salvar á las desgraciadas familias que pedian socorro dentro de las casas, lanzando lamentos desgarradores.

En una casa que era presa de las llamas, oyó gritos lastimeros; empujó la puerta y penetró á aquel antro de fuego. Sacó algunas personas de entre el voraz elemento, y entró de nuevo con el fin de salvar dos niños pequeños que se asfixiaban; pero por desgracia suya, al salir, un pedazo de viga convertido en ascua, le cayó á la cabeza, maltratándolo y prendiéndole la ropa, que no podia apagar. Entregó las criaturas á sus padres y corrió por las calles abrasado por las llamas.

Convertido en una llaga viva fué recogido por la tropa, recibiendo del jefe de ella los auxilios de un hermano.

Poco á poco fué convaleciendo de las quemaduras y rápidamente fueron reponiéndose las casas incendidas.

XXXVI

Era domingo, dia en que descansan los trabajadores del mar. En derredor de una gran mesa redonda, fijas las miradas sobre el tapete, jugaba al azar con barajas y *dados*, alternativamente, una veintena de individuos de todas las clases sociales, mezclándose con los capitanes y pilotos de buques surtos frente á la desembocadura del rio, recibiendo maderas de caoba, dependientes de casas de comercio y estivadores que, durante aquel dia festivo, concurrian á echar

albures para pasar el rato y ver á quién *pelaban*. El jóven Alonzo, restablecido completamente de las quemaduras y que con su buen comportaimiento se habia granjeado la estimacion de los habitantes agradecidos de la barra, tambien se hallaba formando parte de los *mirones*, pues no era tan necio que se entregara al degradante vicio del juego.

El capitan Alberto H. Smith, que mandaba la hermosa barca mercante "Semíramis," consignada á la casa de Alonzo, habia perdido una suma de consideracion en el juego, y con la mirada casi extraviada, los ojos inyectados de sangre y la respiracion febril, hacíase la ilusion de que no tardaria en cesar el mal dar, viniendo la suerte; mas como aconteció, que poco despues habia perdido hasta el último céntimo que poseia, en vano esperó la hora de la revancha, de manera que su desesperacion crecia de punto. En tal situacion y no teniendo otra persona á quien recurrir, se dirigió á Alonzo en solicitud de una cantidad para seguir jugando, súplica que no obsequió este, en virtud de que apenas conocia á dicho capitan, que habia anclado hacia cuatro dias en busca de maderas de caoba, y no queria arriesgar con aquel desconocido una cantidad que sin duda perderia; así, pues, contestó que no tenia fondos para satisfacer el pedido. El capitan, iracundo por la ofensa que á su juicio implicaba la negativa que acababa de recibir, se insolentó y dirigió á Alonzo palabras sumamente duras, que este sufrió con bastante calma, calma que tuvo su límite, pues viendo que el capitan continuaba ofendiéndolo, se montó en cólera y le dió un fuerte golpe en la cara, lo que causó un gran escándalo que la fuerza federal se encargó de calmar, restableciendo el órden y disolviendo la reunion.

Una hora más tarde, Alonzo recibia en su despacho á dos capitanes de buques, comisionados por Smith, para exigirle una reparacion por el agravio que le habia inferido públicamente. Alonzo, que ya esperaba esta visita, leyó con la ma-

yor serenidad la credencial que acreditaba á los comisionados, despues de lo cual, suplicó á estos lo esperasen un instante, y salió con direccion al cuartel con objeto de rogar al jefe de la fuerza lo apadrinara en el lance á que era provocado, acompañado de un capitan, amigo suyo.

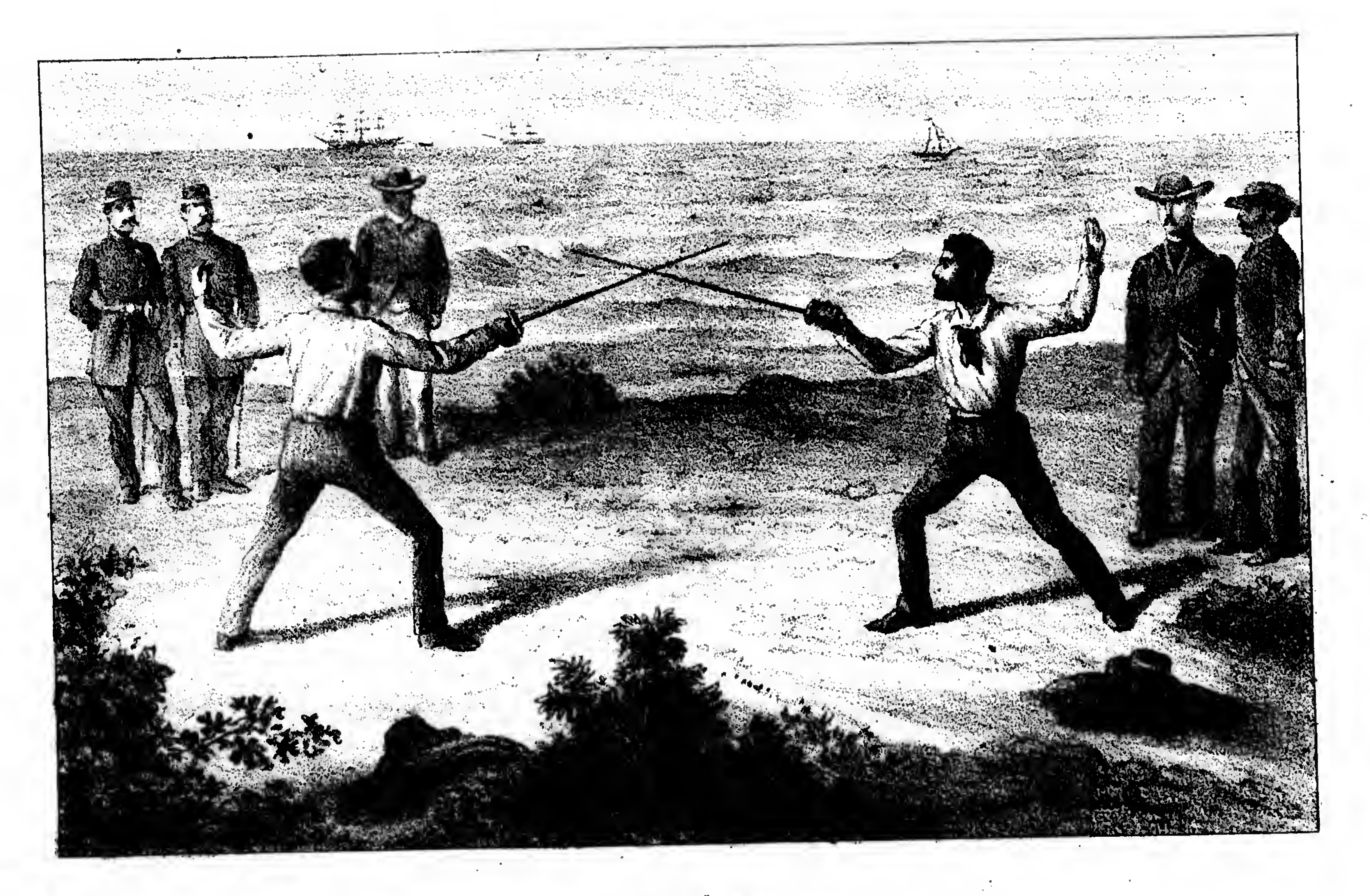
Arreglado que fué esto, regresó á su oficina é indicó á los padrinos de su adversario, con quiénes debian entenderse. En seguida escribió la carta en que autorizaba á sus testigos á apadrinarlo, recomendándoles, como lo hizo verbalmente, no dieran ninguna explicacion, por razon de que él habia sido provocado, salvo el mejor parecer de ellos, á quienes autorizaba ampliamente para todo.

Constituidos los cuatro padrinos en tribunal de honor, despues de examinar sus respectivas credenciales, los de Smith exigieron una reparacion por la ofensa inferida á su ahijado: los otros padrinos expusieron las instrucciones que habian recibido, de las que no podian separarse, por no encontrar causa que los obligara á satisfacer á quien era el ofensor, puesto que se hallaba en la conciencia de los cuatro presentes haber sido provocado Alonzo.

Discutida la cuestion con toda la tranquilidad, justificacion é imparcialidad que se observa en estos casos, pactaron un duelo á primera sangre, á espada, escogiendo el arma blanca, tanto por carecer de pistolas de duelo, como porque los contendientes sabian algo del arte de Gammard, de Gresier y de Cordelois, y tambien por haber ofrecido espadas de buen acero el piloto de un bergantin frances.

A las seis de la mañana dèl dia siguiente se situaron ahijados y padrinos en la playa, á distancia de dos kilómetros de la barra, habiendo sido nombrado juez del campo, el piloto frances que proporcinó las espadas, por reputársele conocedor de las reglas del duelo.

Los padrinos, lo mismo que los ahijados, revelaban en su semblante la emocion natural de un acto semejante. Los



El duelo.

primeros llevaban espadas de repuesto, que tenia por objeto impedir una accion reprobada en el código, en que hay la necesidad de interponerse á los combatientes en el ardor de la pelea, al recibir herida alguno de ellos. Esta precaucion, deber de todo caballero que apadrina un duelo, asegura toda accion innoble en actos serios como lo son los combates singulares.

Señalada la distancia conveniente, operacion practicada por el árbitro del terreno, y en guardia los adversarios, los padrinos se retiraron á una distancia que les permitiera seguir los menores movimientos.

El jóven español fué el primero que atacó, cuando las armas encontrábanse cruzadas en cuarta. Amenazó con un *degagé* y se fué á fondo con otro *degagé*, de modo que se desplantó al verificar el último movimiento de uno y dos, volviendo á la guardia en la misma línea de cuarta que antes tenia. Smith paró con simple y contra y tendió el arma, pero con tal lentitud efectuó dicho movimiento, que á no ser por un gran salto atrás, ejecutado con suma violencia, hubiera recibido la estocada del contrario en el pecho. El capitan habia adoptado una actitud defensiva, mientras que su adversario atacaba siempre, arrastrado por su carácter, sistema bastante peligroso.

Alonzo, á pesar de su impaciencia, meditó con calma una frase, y la puso en obra: estando con la guardia en tercia, fintó estocada en segunda y sexta, recogiendo su brazo con rapidez para quedar cubierto, pero en seguida atacó franca y decisivamente con un *coupé degagé*, no habiendo sido tocado el capitan por su costumbre de tender la espada y retroceder violentamente, sistema que sirve de recurso á los malos tiradores.

El duelo tenia probabilidades de ser muy dilatado, y de venir á terminar al choque de espumosos vasos de Champagne, á cuyo agradable sabor, se brindaria á la salud de los valientes campeones; mas la fatalidad no lo quiso así.

Alonzo, notando que el inglés corria incesantemente, buscó un movimiento sencillo y rápido, á fin de ver si lo alcanzaba para pincharlo, y concluir de una vez la lucha que se hacia interminable.

Extendió el brazo, amenazándolo en cuarta, y pasó su arma en *degagé* á sexta, cayendo á fondo resueltamente, pero sin la precaucion de ir bien cubierto. Smith al retroceder, se encontró con un obstáculo en el terreno, que le impidió la retirada, y convencido de que su adversario lo alcanzaba, tendió el arma, como supremo y único recurso, y lo tocó en el abdómen en el instante en que él era herido mortalmente en el pecho. Casi siempre sucede, que cuando el que ataca no va con oposicion, es tocado tambien; debe, pues, tenerse mucho cuidado al atacar, de ir cubierto al desplantarse.

Con rapidez asombrosa los padrinos se interpusieron á los combatientes, ambos heridos de gravedad, y los condujeron á la poblacion con sumo cuidado. El inglés fué llevado á un hotelito y el español á su oficina.

Sin médicos que los asistieran, los aficionados que nunca faltan, se encargaron de administrarles los medicamentos que pudieron, pero todo inútilmente. Smith llevaba el estertor al entrar al hotel y sucumbió á las dos horas, de una hemorragia interna.

Alonzo le sobrevivió poco; con el peritonéo horriblemente inflamado, sufria agudos dolores, y pasaba horas enteras en un letargo, del que salia unos instantes para caer de nuevo en él.

Durante la noche, con bastante trabajo dictó una carta para Anita, concebida en los siguientes términos:

"Anita de mi corazon:

"Presentiste mi próximo fin. Con razon te afligia tanto mi viaje, que debia ser eterno.

"Te escribo al borde de la tumba, sin verte y lejos de tí; solo me queda tiempo para consagrarte mi último adios. ¡Con qué dificultad puedo dictar! ¡La imaginacion apenas se forma idea del dolor que siento en el vientre! Muero amándote, y mi postrera súplica es que no me olvides.

"VÍCTOR ALONZO."

Despues de firmada esta carta, entró en un mortal sopor, permaneciendo así dos horas, sin dar más señales de vida, que la respiracion fatigosa y el pulso muy agitado. Las extremidades del cuerpo se le habian enfriado extraordinariamente.

Cuando menos se esperaba, abrió los ojos, se incorporó, pidió un vaso de agua fria, que se apresuraron á darle, la que bebió de un sorbo, y se volvió á acostar. Expiró con gran fatiga á la una de la mañana.

Los dos cadáveres fueron conducidos á un pequeño cementerio situado á inmediaciones de la barra. Toda la poblacion, hombres, mujeres y niños, acompañaron á Alonzo á su última morada. Un estivador subió á un tronco de árbol caido y habló en términos de profundo agradecimiento hácia el que no existia, por su heróico comportamiento en el reciente incendio, debido á cuyo valor, existian séres vivos allí presentes. Sus palabras, aunque sencillas, eran conmovedoras, pues siendo inspiradas por la gratitud, á pesar de la falta de instruccion, aquel hombre del pueblo, arrancó un aplauso é hizo verter abundantes lágrimas entre los oyentes.

Los tripulantes de la barca "Semíramis" acompañaron al que fué su capitan, y en el silencio y recogimiento que guardaban, se comprendia su pesar.

Así acabaron dos hombres útiles á la sociedad, á consecuencia del juego.

XXXVII

Era una noche oscura, tenebrosa, entoldada por nubes densas, muy cargadas de electricidad. A juzgar por los relámpagos frecuentes que se veian y uno que otro trueno lejano que se dejaba oir imponente y profundo, llovia en la sierra.

Las aguas del rio Puyacatengo caian de grandes peñascos á su lecho de piedra, produciendo un retumbo lúgubre y monótono. Nada turbaba aquel triste cuadro. Repentinamente se oyó el galopar de un caballo que se aproximaba á "Santa Filomena:" era del que cabalgaba un hombre que conducia la carta que Alonzo dirigia á Ana. Llegó y entregó un pequeño paquete al Sr. Rivadeneyra, que le era enviado por el socio del que habia muerto.

Como nadie presentia el contenido del mensaje, no se pensó en ocultar á Ana la inmensa desgracia que se comunicaba al padre.

Al saber ella el fallecimiento de su novio, no pudo sostenerse en pié; se retiró prontamente á su cama, á donde la siguió su mamá, y sobre cuyo seno lloró aquella largamente. Desde entonces, la infeliz jóven comenzó á languidecer como una flor que se marchita, al peso del infortunio.

Dejó de tomar alimentos, y le sobrevino una profunda melancolía. Al adelgazamiento, sucedió una fiebre diaria que la consumia visiblemente.

Sus labios, rojos y adelgazados, se habian contraido de una manera especial, que demostraba su resignacion para soportar su próximo fin.

Así trascurrieron algunos meses que parecieron siglos á la familia, que, con indecible pena, observaba tristemente los progresos que iba tomando la enfermedad.

¡Cuántas lágrimas brotaban de los ojos de los padres, al contemplar, durante las noches, el pálido rostro de su hija predilecta! Evocaban recuerdos de otro tiempo feliz, de ese en que la recibieron al nacer; de la época de sus primeras gracias y sonrisas, de las palabras que comenzó á balbutir, y en fin, de ese mundo de ilusiones que iba á tener por término una tumba que se abria.

Así continuó Anita, con alternativas de alivio efímero. El padre abandonando sus trabajos, habíase entregado por completo á sus cuidados, viajando constantemente con toda la familia, en busca de médicos que la aliviaran.

Causábale honda pena la circunstancia de que en cada poblacion que consultaba á los facultativos, escuchaba diagnósticos de una enfermedad distinta, y los tratamientos distaban mucho unos de otros.

Unos aseguraban la curacion siempre que se sujetase la enferma á sus prescripciones, cosa que se cumplia sin resultados provechosos; otros desahuciaban por completo, y los más, no aventuraban ninguna opinion, aunque la sujetaban á un régimen cuyos resultados nunca fueron satisfatorios.

Los baños de mar y los aires del Golfo, le probaron bien; hacia concebir esperanzas muy fundadas de su restablecimiento, la mejoría que se notaba en su semblante y la cesacion de las calenturas diarias que antes la extenuaban tanto.

Contaban como curada á la enferma, y la tranquilidad habia penetrado á los umbrales de aquella casa. Sin embargo, la fatalidad cernía sus alas negras sobre esta jóven, y sus padres disfrutaron poco tiempo del placer de verla restablecida. Una noche, Ana sintió un terrible malestar y ardiendo en una fiebre intensa, puso en movimiento á todos los de la finca, que pendientes de su estado nadie pudo dor-

mir. Llamado violentamente el Dr. Trasloceros, recetó un purgante por vía de observacion, despues de practicar un escrupuloso exámen en el vientre y pulmones, declarando sentenciosamente al fin del reconocimiento, que el mal era una cosa pasajera.

Algunas horas despues de este pronóstico llegué yo á "Santa Filomena," obligado por la tempestad que soplaba y la lluvia torrencial.

Ana sentíase cada vez más mala, y aunque andaba, platicaba y reía algunas veces, notábanse en sus mejillas encendidas, en los lábios rojos y en la excesiva sed, síntomas muy marcados de la progresion de la enfermedad.

Los padres, sumamente afectados y en la mayor angustia, se convencieron con dolor de que la fiebre aumentaba.

Mandaron llamar á los Dres. Trasloceros y Montenegro, de gran fama este último, que la habia asistido antes, con el objeto de que en junta aquellos dos sabios, reconocieran la enfermedad y prescribieran el tratamiento que debian adoptar.

Como acontece siempre, por desgracia de los dolientes, no opinaban uniformes. Uno aseguraba que la fiebre era sostenida por un tubérculo en supuracion en el pulmon derecho, mientras que el otro opinaba que tenia por causa una úlcera en el estómago, que acusaba la presencia de la basca; y como no llegaron á un acuerdo en su muy alta sabiduría, sobre la afeccion que sufria la paciente, convinieron en administrarle un calmante, hasta tanto los síntomas se presentaran claros como la luz del dia.

El mal avanzaba siempre, y lo reconocia la familia sin embargo de su ignorancia en la ciencia de Galeno y de Hipócrates; pero el Dr. Trasloceros aseguraba lo contrario, tratando de convencer de que los dolores persistentes eran motivados por el efecto del medicamento.

A pesar del dicho tranquilizador del doctor, se veia pin-

tada en el semblante de los miembros de aquella familia la más completa desesperacion.

Yo, ante aquel inmenso dolor, resolví permanecer en la casa hasta el término de tan triste drama.

En esos dias de acerbo dolor, se encargó Josefa de referirme minuciosamente todo lo descrito en los capítulos anteriores, acerca del orígen de la enfermedad de Anita.

Esa tarde la enferma expresó que se encontraba peor, y fué llamado en el acto el Dr. Trasloceros, quien despues de meditar largo rato, respecto de lo que debia recetar, resultó que repitió el calmante, volviendo á asegurar lo que habia dicho el dia anterior, que no era cosa de cuidado.

Durante la madrugada, los padres notaron algo extraño en el semblante y en la mirada de la enferma, algo como una sombra lúgubre de tristeza, en aquella frente divina; una inquietud nerviosa que no le permitia dormir, síntoma infalible de una afeccion cerebral.

Se ocurrió de nuevo por el doctor, quien al verla, comprendió esta vez que la enferma se encontraba sumamente grave, circunstancia que lo contrarió, por no haber conocido la enfermedad, y tampoco la habia conocido el otro doctor. Ante el estado de gravedad de la jóven, se declaró impotente, y solo pensó en mandar preparar caldo para reponerla de la extrema debilidad, y en disponer con demasiada precipitacion se le aplicaran medicamentos enérgicos, que el dia anterior habrian producido buen efecto y la salvacion de la enferma, pero que á esa hora eran extemporáneos ya.

La niña se agravaba visiblemente, sufriendo de un modo horrible; los padres la abrazaban, comunicándole su calor para conservarle la vida.

Retirado como á las ocho de la mañana el Dr. Trasloceros, á las diez se llamó al Dr. Montenegro. Este prescribió un método enteramente opuesto al que habia seguido su compañero, á lo que tuvieron que resignarse los padres,

una vez que el de cabecera era impotente, y aquella preciosa existencia se extinguia por momentos.

Como á eso de la una, manifestó deseo de abrazar y estar con su hermana, la que por ocultar su llanto y su dolor, se habia alejado de la recámara de la enferma. Josefa la abrazó y permaneció á su lado. Entonces pidió su conejo pinto, su chivita, su loro, su gallito y gallinita, su perrita y todos los demas animales que formaban sus juegos infantiles.

Abrazó á su hermana largo tiempo, hasta que llegaron dichos animales, los que hizo subir á la cama, y allí los colmó de mimos y de agasajos. Por el momento se creyó que la enferma experimentaba un alivio completo; sentada y riente jugaba con su hermana y con sus animales predilectos, sin quejarse de dolores ni de malestar, cambio que alegró á sus afligidos padres.

Largo rato permanecieron al lado de Ana, presenciando sus juegos, para lo cual habian formado una rueda los criados, á fin de distraer sin sospecharlo, por pocos instantes, á ese ángel que daba al mundo sus últimas sonrisas.

A las tres experimentó una terrible convulsion. El padre se apresuró á abrazarla y la colocó sobre sus muslos, llamándola é imprimiéndole incesantes besos. La madre arrodillada cerca de ella, pálida, temblorosa y deshecha en llanto, le sostenia la cabeza con las manos.

A poco rato volvió del síncope, abrió los ojos y se sonrió: miró que la madre y la hermana, fijos sus ojos en ella, derramaban un raudal de lágrimas.

—¿Por qué llorau? si no tengo nada.

—No lloramos, Anita, le contestaron. El padre azorado, con los cabellos crispados, los ojos que se salian de sus órbitas y la boca abierta, miraba con estupor á su hija agonizante.

Inesperadamente le repitió la convulsion, momento en

que el padre buscó sus labios para posar los suyos con infinita ternura.

Poco despues abrió los ojos, y con la mayor resignacion, con un valor increible, expiró en brazos de su padre, precisamente cuando este y la madre aspiraban su último aliento.

¡Todo terminó! exclamó el padre con acento ronco y conmovedor.

Era el instante en que la campana de un gran reloj de la casa señalaba las tres y media de la tarde de un 22 de Junio ...... Para los creyentes, una alma volaba al cielo; para los espiritistas, un espíritu se dirigia al espacio, y para los no creyentes, un sér descendia al no sér......

XXXVIII

Describir la angustia de aquella familia; pintar el profundo dolor del padre enloquecido ante la inmensa desgracia de la pérdida del sér á quien habia consagrado su cariño, su predileccion, todo su pensamiento, es tarea harto difícil.

Anita no parecia muerta; con los ojos abiertos, los brazos extendidos y la boca perfectamente cerrada, semejaba uno de esos ángeles pintados por el divino Rafael, que, sonriente, engañaba que dormia.

Durante esa noche y el dia siguiente, los padres permanecieron llorando sobre aquel idolatrado cuerpo. ¡Anita linda! ¡Ana! ¡Anita!...... ¿por qué nos abandonas, hija del alma? exclamaba la madre en su desesperacion, y como si estuviera viva y pudiera oir las manifestaciones de ternura que le dirigia; acariciaba sus rizadas trenzas de oro, sus manos, y todo lo empapaba de lágrimas.

¡Oh! que un cuadro semejante, no vuelva á mi vista nunca á desgarrarme el corazon!

Todas las amigas de infancia de la que no existia ya, iban llegando á la sala en que se encontraba, sobre una mesa lujosa; se paraban frente á ella, y despues de contemplar largo rato, con la cabeza inclinada, á la amiga que tanto quisieron, depositaban cerca de ella preciosos ramos de nardos, de rosas blancas y azahares, y con los ojos brótando lágrimas se acercaban y besaban su frente.

Durante la noche y el dia siguiente, ellas acompañaron á su amiga, recordando tristemente los tiempos en que Anita, la más inteligente, la más juiciosa entre aquella parvada de jóvenes, les contaba algo y todas la escuchaban con la mayor atencion, ejerciendo sobre ellas una superioridad y una influencia magnética tal, que inconscientemente obedecian á sus palabras y á sus caprichos.

Así, pues, habian perdido á la que las guiaba en sus juegos infantiles; los sollozos embargaban su voz cuando se preguntaban: ¿Dónde encontrarémos otra Ana?

Los sirvientes de la casa, despues de pedir permiso con sombrero en mano, penetraban á aquel santuario de puntillas, y guardando el mayor silencio, se aproximaban á mirar por última vez á su ama, á la que los trataba como si fuese madre de todos ellos.

Un mozo anciano, indígena, octogenario, que apenas podia ya con su cuerpo, llegó junto á Ana, la miró....... besó su vestido con el mayor respeto, y exclamó deshecho en llanto, embargando su voz los sollozos:

—¡Adios, mi ama, adios!...... ¿quién volverá á socorrer á mis pobres nietecitos, que por su *merced* no andaban desnudos? ¡Acabó la madre de nosotros los desamparados! Besó de nuevo su vestido, despues el suelo, volvió á fijar su mirada en ella y se retiró cabizbajo, caminando trabajosamente.





La tumba

Para los padres no habia consuelo ante estas demostraciones; era el supremo dolor que yo he presenciado.

En la tarde, Ana, vestida de raso blanco, color que ella habia preferido en vida, operacion practicada por la madre, quien con el corazon desgarrado adornó su cabeza y su cuerpo como acostumbraba cuando vivia, colocándole en las orejas y los dedos sus mejores alhajas, fué depositada en una caja de caoba, barnizada á muñeca, forrada de raso blanco por dentro, con adornos del mismo color, con sus iniciales y abrazaderas de plata. Sobre el cadáver fueron colocados todos los ramos que sus amigas le habian llevado.

A las cuatro salió de la casa el cortejo fúnebre, yendo los padres junto al ataúd, de donde no fué posible separarlos, tomando la direccion de un pequeño campo sembrado de rosas, nardos, lirios y madreselvas, distante un kilómetro á lo más.

Allí, á la vista de la casa principal, se colocó á Ana en una bóveda que se alzaba á dos metros sobre la superficie de la tierra, construida con esmero, de mármol blanco y cantería elegantemente tallada, sobre cuyo monumento se destacaba un ángel, tambien de mármol blanco, en actitud de orar, con las manos entrelazadas.

Al frente, sobre una lápida de mármol negro, se leia esta inscripcion, hecha con grandes letras niqueladas:

"ANA."

"JAMAS TE OLVIDARAN TUS PADRES."

Más de cien personas acompañaron hasta la última morada á aquel ángel que en la primavera de la vida, llena de ilusiones, nacida para amar y ser amada, desaparecia del mundo viviente. Flor entreabierta aún, no debia deshojarse en

los primeros albores de su existencia. Poco duró la fragancia de su exquisito aroma.

Los padres no quisieron abandonar aquel sitio en que sepultaron un pedazo de su sér; se arrodillaron junto al sepulcro, lo abrazaron, apoyando la cabeza en la base del monumento, y allí permanecieron.

Cuando enternecido contemplaba yo el inmenso dolor de los deudos abrazados al monumento sepulcral, hubo un instante en que un extraño efecto que se operó en mi cerebro, hízome experimentar algunos momentos de una vision agradable.

Mi imaginacion se figuró que el opaco y duro material de que se componia aquella enflorada tumba, se iba convirtiendo lentamente en trasparente cristal, y á través de ese diáfano mausoleo apareció Ana, como engañando que dormia el tranquilo sueño de la infancia, con la sonrisa en los labios, entreabriendo los ojos para conocerme.

¡Cuán bella, cuán encantadora estaba en el fondo de la trasparente fosa!

Despues de haber dilatado varios minutos el éxtasis que me produjo el abatimiento de mi espíritu ante el fúnebre aparato que me circundaba, fué desvaneciéndose la ilusion imaginaria, apareciendo de nuevo tal cual era, lúgubre y sombrío el objeto trasformado.

Contemplé bajo su verdadero punto de vista el aspecto de la muerte, y me horroricé.

Tratándose de un anciano á quien los años han encorvado hasta vencerlo, es triste, es tristísimo verle morir; y eso que es un sér gastado, cansado, agobiado por la mano del tiempo, y parece natural que su desaparicion sea esperada por las personas que lo rodean como consecuencia de su ancianidad; pero tratándose de una jóven, ¿cuál no será el dolor que causará su muerte cuando comenzaba á vivir, bella, agradable, que parecia haber venido al mundo para enjugar las lágrimas de la humanidad?

¡Esto no tiene nombre; ante la realidad, duda el espíritu y le parece, sobrecogido de terror, estar siendo juguete de un sueño fatídico!......

Unos ojos llenos de animacion y de inteligencia, tez blanca surcada de venas azules que la matizan, pestañas largas y abundantes que velan aquellos ojos, boca sonrosada y húmeda, cabellos rubios y rizados artísticamente; todo este conjunto rico de colorido y de vida, dejar de funcionar inesperadamente, quedar sin movimiento, inerte, empañarse la mirada, contraerse la epidermis, matizarse de un color cárdeno, y todo esto ir á perderse en la nada!...

¡Oh, causa espanto imaginarlo solamente!

Cuando la muerte se recibe en una accion de guerra ó en un duelo, es muy distinto. Se lleva un fin noble, y el corazon va henchido de la esperanza del triunfo en ambos casos. Pero cuando una enfermedad es la que, de la manera más imponente y cruel arrebata una existencia tan preciosa, el pecho se contrae de dolor.

El sol desaparecia sobre una montaña envuelta en nubes negras que se hundian con él en Occidente; la luna, casi llena, asomaba por el Oriente su faz plateada, que de vez en cuando celajes oscuros cubrian por un momento.

A la vista de aquellos dos grandes astros que surcaban el espacio con la marcha inmutable que les imprimió la ley de la creacion, yo exclamaba:

¿Será posible que la humanidad, juguete del acaso, de los menores incidentes terrestres, atmosféricos y astronómicos, sea impotente para contrarestarlos?

¿Por qué si el órden de la Naturaleza, basado en reglas sabias, matemáticas, estableció el nacimiento, el crecimiento y la ancianidad como término de la existencia humana, viene á tronchar la vida de un sér que apenas entraba á la aurora de su edad?

¿Hay quien pueda contestar á estas preguntas?

En mi insensatez, en mi ignorancia, no he podido llegar á coordinar algo que me satisfaga.

Una llovizna impertinente obligó á alejarnos de aquel recinto sagrado, con la cabeza inclinada y en el más profundo abatimiento.

La casa de "Santa Filomena" parecia una tumba; el silencio y las tinieblas que la habian invadido, causaban pavor.

A la media noche dirigí la vista hácia el sepulcro de Ana y una luz que brillaba en la oscuridad, me reveló que aún permanecia allí aquella familia inconsolable.

Conmovido ante la magnitud de su dolor; sintiéndome impotente para consolarles, mandé ensillar los caballos y sin despedirme de nadie, partimos Matilde y yo de aquel lugar de luto y desolacion, donde me parecia que flotaba algo de aquel puro y virginal espíritu que, á su paso por la tierra, dejó un reguero de luz y una estela de perfume, en todos los que la conocieron.

FÍN.

MARIA

ó

UN AMOR CONTRARIADO

POR

FEDERICO MENDEZ RIVAS

Publicada en la Isla del Cármen en 1874.

MÉXICO
IMPRENTA DEL GOBIERNO, EN EL EX-ARZOBISPADO
Dirigida por Sabás A. y Munguía.

1888

Era una hermosa mañana del mes de Abril.—El cielo estaba límpido; el sol se ostentaba con todo su esplendor. La mar no estaba encrespada como siempre se encuentra en aquella costa; se hallaba tranquila acariciando con sus apacibles ondas las conchas de la playa.

El vapor americano *City of México*, anclado frente al puerto de Progreso, se mecía muellemente á impulso de la suave brisa que comenzaba á soplar.

Yo, en un bote impulsado por seis remos, acababa de desprenderme del muelle del puerto, dirigiéndome al paquete, á cuyo bordo atraqué á pocos momentos.

No se hizo esperar el tiro de leva que anunciaba á los paseantes la hora de retirarse, y á los pasajeros, la próxima partida de aquellas aguas para hacer rumbo hacia Vera-Cruz.

A la hora y media, el Progreso había desaparecido en el horizonte.

Al penetrar en la cámara, me encontré con un pasajero de la Habana, que, por la expresion triste de su semblante, me llamó fuertemente la atencion.

Era alto, demacrado, de facciones distinguidas, de color pálido amarillento, notándose en él esa vejez prematura que

imprimen los grandes sufrimientos. Llamábase Arturo Robira.

Como lo encontrase á la entrada, lo saludé, y correspondió frunciendo el entrecejo y dándome la mano con la mayor indiferencia.

Esta circunstancia me decidió á hacerle mi amigo, no tardando en cumplirse mis deseos por un accidente imprevisto.

Como á las cuatro de la tarde, paseándose Robira sobre cubierta, experimentó un desmayo, que dió ocasion de mostrarle mi afecto, atendiéndolo con solícito cuidado hasta que estuvo restablecido.

Esto nos hizo amigos.

A las primeras palabras, noté que Arturo sufría, y lo insté á que me contase los motivos que lo hacian padecer, persuadiéndolo de que se siente dulce consuelo comunicando á otra persona amiga, las vicisitudes que se han experimentado en la vida.

Ofreció complacerme cuando estuviese mejor.

Ya la noche habia extendido su manto de luto en el espacio, y la luna bañaba con su luz argentada el Oriente, cuando Arturo, llamándome amablemente, me condujo á un lugar solitario.

—Aquí, me dijo, en presencia del astro luminoso, que con claridad pálida y melancólica empieza á disipar las sombras inciertas de la noche, ahora que todos duermen, quiero contaros la historia triste de mi primer delirio de amor, de mis sufrimientos y de mis dias horribles que han pasado mezclados con las horas más gratas de mi corazon.

"Nací en Lima, capital del Perú, de cuya República salí al cumplir catorce años para educarme en uno de los mejores colegios de Paris.

"Al cumplir veinteicuatro años estaba concluida mi educacion, era médico-cirujano y regresaba á mi país natal, en donde ansiosamente era esperado por mis padres.

"Un año despues, por exigencias de éstos, salí á dar un paseo á los Estados-Unidos, regresando de Nueva Orleans á la Habana.

"Al llegar á este último punto, tuve curiosidad de conocer las principales poblaciones de la Isla de Cuba.

"Pasé á Matanzas en donde permanecí algunos dias, trasladándome luego á Cárdenas. Aquí empieza mi dolorosa historia.

"Dos dias despues de mi llegada, ya contaba con numerosos amigos de lo mejor de aquella sociedad.

"A los cuatro dias, fuí invitado para un baile que se daba en esa misma noche en casa de una familia de las principales que gozaba de título de aristocrática.

"No quise dejar pasar esa oportunidad que me brindaba el placer de conocer á las hijas de ese eden, que debia encerrar preciosas flores.

"Concurrí, pues, con puntualidad, y desde el momento en que penetré al salon principal, que estaba regiamente iluminado, me llamó la atencion de una manera extraordinaria una jóven hermosísima, que podia contar diez y seis abriles. Era una deidad de negros y rasgados ojos, velados por las largas pestañas, cayendo sobre su tez nacarada, los rizos de su cabello abundante y negro como el ébano. El perfil de su nariz era divino, dientes de marfil que dejaba ver cuando entreabria sus delgados y frescos labios, semejantes á un capullo de rosa. Su talle era esbelto cual la palmera; sus formas mórbidas; dulce, bella, tímida, ardiente.

"La contemplé un instante y me pareció imposible que perteneciera á la tierra aquel conjunto de belleza y hermosura. No pude menos de amarla como se ama una sola vez en la vida.

"Procuré ser presentado á ella inmediatamente.

"¡Qué grato fué para mí saber que era del Perú, lo mismo que yo! Se llamaba María, huérfana de Madre, hija única

de D. Melchor de la Llama, rico propietario que habia salido de su país por cuestiones de política.

"Este señor era alto, grueso, de facciones severas, de ojos negros y de feroz mirada, contaria diez lustros de edad.

"Despues de la presentacion, tuve el gusto de bailar con María un vals, y despues una danza, durante la que expresé la admiracion que me causaba tanta belleza como la naturaleza habia reunido en ella.

"Al concluir el baile, me hice presentar al D. Melchor, quien tratándome con la mayor deferencia, me ofreció su casa y me invitó á almorzar al siguiente dia, á cuyo convite debe comprenderse que no falté.

"En el almuerzo tratamos del Perú y de los motivos que lo hicieron decidirse al ostracismo, y de la poca esperanza que abrigaba de volver pronto á esa República.

"María nos honró con su presencia en la mesa, y la encontré como la noche anterior, encantadora, sin igual en la tierra.

"A cada instante me persuadia de que si conseguia ser amado por ella, me llamaria feliz; pero si sucedia lo contrario, me costaria la vida haberla encontrado en mi camino; pues hasta entonces, todas las mujeres me han sido indiferentes, y si bailaba y galanteaba, lo hacia por no parecer ridículo ante la sociedad, pero realmente jamas habia sentido ese fuego, esa fiebre de amor en que María me habia abrasado.

"Ese dia del almuerzo, no pude decirle nada, y solo me ocupé de contemplarla extasiado, dejándole, al retirarme, mi corazon entero.

"Relacionado con D. Melchor, frecuentaba despues la casa como su mejor amigo.

"En los bailes que más tarde se dieron, y á los que concurrió María, procuré demostrarle por mis atenciones y por las alabanzas que á cada instante hacia de su hermosura, que

la amaba, lo que comprendia bien ella, sin embargo de no darse por entendida.

"Meditabundo me pasaba los momentos en que ella bailaba con otro. Motivaba esto, que en Cuba se ve mal que una señorita baile piezas seguidas con un jóven.

"Eso á mí nada me hubiera importado; pero las veces que la invitaba á que bailásemos todas las piezas, me contestaba que su padre le habia prohibido bailarlas todas, y terminantemente le habia ordenado bailase una sola pieza con cada individuo que la solicitase; mandato que no obedecia conmigo, pues bailamos cuatro ó cinco, aunque no seguidas.

"Cuando concluia el baile, me ofrecia á acompañarla, á lo que accedia gustosa y D. Melchor veia con deferencia esta muestra de distincion para con su hija, distincion que creia fuese únicamente por aprecio.

"Infaliblemente la llevaba todas las tardes un bouquet de exquisitas y fragantes flores que ella recibia con agrado.

"Aunque era rico y habia conquistado á fuerza de estudios una carrera brillante, por cuyos títulos me debia considerar acreedor á su amor, ante María me faltaba valor, lo que me impulsó á declararle mi amor por escrito, en una carta que yo mismo le llevé entre un bouquet.

"A la noche siguiente, al despedirme, despues de haber estado sumamente cariñosa conmigo, me dió una carta de sobre bordado, igual al que habia llevado la mia.

"Fué tal mi alegría, que tomándola con precipitacion me despedí.

"Llegué á mi cuarto y la abrí creyendo fuese la contestacion de la mia y ¡¡cuál seria mi sorpresa al reconocer mi letra, convenciéndome deque me devolvia mi carta sin abrirla!!

"Me sentí ofendido en lo más profundo de mi amor propio, é hice propósito de no verla más. ¡Mentira! ¡No era posible! Sin ella no hubiera podido vivir; era el alma de mi alma.

"Apenas aclaró, me vestí y salí á la calle á buscar dis traccion que calmara mis dolores.

"Sin poderlo evitar, me encontré á poco frente á la casa de D. Melchor; á la sazon que María salia acompañada de su criada. La ví más pura que el rocío de la mañana, causándome este encuentro una emocion violenta. Estaba hermosísima, llevaba un vestido de gro carmesí, adornado de terciopelo negro y de finísimos encajes blancos.

"Se dirigia á la iglesia.

"No pude resistir al deseo de seguirla, pues yo acostumbraba asistir á la misma misa que ella los domingos, y por el acontecimiento de la noche anterior, habia olvidado fuese domingo, dia en que debia ir á su casa como tenia de costumbre.

"La seguí hasta la iglesia contemplándola en toda la misa, y despues de verla salir me encaminé al Hotel á cambiar de vestido, saliendo inmediatamente para su casa.

"D. Melchor no estaba allí, se hallaba sola. La saludé con frialdad, sin embargo de lo hermosa que estaba, y al tenderme la mano, dejó ver en su semblante que la contrariaba mi seriedad.

"Como acostumbraba hacer los domingos se fué al piano y preludió un vals lindísimo que se titulaba *Recuerdos del Perú* y que era mi predilecto.

"Me dirigió la vista como para consultar si lo tocaba, pero yo fingí no verla.

"Ya convencida de mi enojo, se resolvió á tocar una pieza triste y no tardé en oir los acordes dulcísimos de la aria de Sonámbula.

"A! mi abbraccia
"E siempre insieme
"Siempre unite
"In mia speme

"A! ella terra
"In cuí viviana
"Chi formiano
"Un ciel d'amor."

"Me aproximé á ella y la observé absorto y silencioso, pues esa vez habia ejecutado como nunca la oí, admirablemente. Del movimiento rápido de sus mórbidos y torneados dedos, emanaban notas sentimentabilísimas, verdaderos gemidos.

"Al concluir, la aplaudí y le extendí la mano en señal de que terminaba mi sentimiento.

"Es tan dulce la música bien ejecutada, que no pude resistir á las melodiosas vibraciones de sus palpitantes notas.

"Poco despues, recordando que llevaba en la bolsa una de esas carteras que tienen una foja como de papel-marfil en que se escribe con lápiz, borrándose cuando se quiere con pasar la mano, como sucede con la pizarra, quise aprovechar esta oportunidad para volver á tratarle, aunque mudamente, de mi amor, y puse en el papel-marfil: "María, os amo con delirio! ¿Podré esperar ser correspondido?" Esto me pareció mejor medio que una carta, porque tenia que contestarme en el acto.

"Pues bien, le presenté la cartera preguntándole para no despertar sospechas, si conocia los versos que contenia la foja que le indicaba.

"Tomó la cartera, leyó, fijó la vista en mí, y borró con su pañuelo mi nueva declaracion de amor, me la volvió, pero sin manifestacion de enojo, sino compadecida de mí, segun su mirada cariñosa.

"Esta circunstancia de no contestarme y tratarme con cariño y distincion, no me dejaban comprender lo que pasaba en su corazon.

"Yo no podia exigirle explicaciones, porque carecia de

derecho para ello, y tampoco podia desecharla de mi corazon porque me era imposible; y sobre todo, que la infeliz demasiado complaciente se mostraba conmigo; menos en asuntos de amores, porque era una peña.

"Su padre aunque verdaderamente me apreciaba, iba entrando en temores respecto de su hija; y empezó á no separarse mucho de ella.

"Un domingo en que D. Melchor no se hallaba como siempre al lado de María, no quise dejar pasar aquellos momentos sin declararla mi amor personalmente, pues ya no me era posible esperar más tiempo.

"Hice un supremo esfuerzo, y despues de quejarme de la circunstancia de la carta que me devolvió sin abrirla, y lo ocurrido con la cartera, le expresé que la amaba con frenesí, que la adoraba, y que sin su amor era un páramo para mí la vida, que no podria soportar por mucho tiempo. Que desde la primera vez que mis ojos con los suyos se encontraron, la amé con todo mi corazon; y en fin, temblando me arrodillé á sus pies rogándole pronunciase una palabra de esperanza siquiera.

"—Por Dios, Arturo, me dijo, levantaos, que puede entrar mi padre, y el veros en esa actitud, seria motivo de un grandisgusto.

"Fué la contestacion que alcancé. Su dulce voz, ese acento tan divino que jamas habia oido igual, me dominó y la obedecí.

"La contemplé sonrosada y conmovida, pero digna.

"—He escuchado humilde y he obedecido sumiso porque os amo, le contesté, y esto mismo me da derecho á exigiros una contestacion franca. Desearia saber si vuestro corazon pertenece á otro hombre, para no insistir más y morir de dolor. Vuestra renuncia á no amarme, nace sin duda de que tengo un rival más afortunado que yo.

"—Arturo, exclamó pálida, yo no conozco otro amor que

el que he profesado á mi padre desde niña, y por mi voluntad á nadie he pertenecido ni pertenezco. Voy á comunicaros secretos de familia que debia ocultaros, pero que necesito recitaros, para que desistais de vuestra tenaz pretension; y os hago esta revelacion, porque habeis visto la luz primera en donde tambien la ví yo, y porque verdaderamente me inspirais simpatías.

"—Ya os escucho ansioso, le contesté, realmente desesperado por saber el enigma que no habia podido penetrar y que era mi sentencia de muerte.

"—Pues bien, continuó, mi padre sin contar con mi voluntad, ha ofrecido mi mano cuando no contaba doce años, para el hijo de un amigo suyo de infancia, correligionario en política.

"—¡Ah! ni me lo habia imaginado.

"—Al cumplir quince años, mi padre me ha revelado esta decision obligándome á unirme á ese jóven que por instinto he odiado, resistiéndome á ese enlace con toda la energía que me ha sido posible. Me ha contestado que si no respetaba la resolucion que habia tomado, tendria que vivir soltera mientras existiese porque me conservaría á su lado, y muerto él, acabaria mis últimos dias en un convento

"—Es mucha crueldad.

"—Como conozco su carácter y sé que será inflexible, he resuelto no casarme nunca, si no ha de ser con el que yo ame. Voy tambien á haceros una advertencia oportuna: mi padre os recibe con aprecio hata hoy que no ha trascendido las pretensiones que teneis y porque supone que estais de paso; pero si llegase á descubrirlo os lanzaria de la casa, pues no retrocederá en la resolucion que ha tomado respecto de mí.

"—Creo que es una equivocacion la vuestra, María, pues al pretenderos, me considero acreedor lo mismo que el que os ha sido designado, lo que tendrá presente vuestro padre para no contrariarme, y aun cuando fuese todo lo que me

habeis comunicado, nada me acobarda, ni pienso retroceder jamás por ningun motivo.

"—Podeis hacer lo que gusteis, á mí me ha perecido oportuno comunicaros todos los inconvenientes, y hasta hoy no he pensado en corresponderos, ni lo haré, y para que no penseis más en mí, pues seria inútil pretender un imposible, os he hecho revelaciones que no deberia, impulsada únicamente por el aprecio que os tengo.

"—Si es un imposible, exclamé, quiero morir con la ilusion de mi primero y único amor.

"—Os agradezco mucho vuestro cariño, pero no debeis ser renuente. Debeis entrar en razon y huir de mí, yendo lejos á buscar otro seno en que depositar vuestro amor.

"—Sí.... pienso que en el seno de la tierra hallaré un consuelo á mi dolor, allí se secarán mis lágrimas y acabará todo para mí.

"—Arturo, callaos por Dios, no hableis así. Debeis tener la esperanza de que pronto acaso, sean enjugadas vuestras lágrimas por otra mujer que pueda amaros.

"—¡Qué! ¿Creeis que yo podré fácilmente olvidaros para amar otra mujer? ¡Oh! no conoceis mi corazon todavía.

"—El tiempo lo borra todo, echando un velo sobre el pasado.

"—¡Oh! todas las reglas tienen su excepcion y esta la tiene en mí. Yo seré el pasado y el que será cubierto con el velo del olvido.

"—Callad, que mi padre viene, me dijo María procurando disimular su palidez y emocion.

"Con una sonrisa helada me despedí de ella.

"Constante seguí y nada de lo que supe, me hizo dejar de visitarla, amándola cada vez más y más. De sus rosados labios no habia salido para mí ni una frase de esperanza.

"María seguia distinguiéndome; pero, ¿podria conformarme con su distincion nada más, que en vez de consolar-

me me mataba, cuando la amaba con ese amor que santifica Dios?....No; era preferible la muerte.

"En fin, los dias iban pasando, haciéndoseme cada vez más negros.

"Empecé á enflaquecer notablemente, sintiéndome malo y constantemente abatido, triste é inconsolable.

"María empezó á comprender que yo caminaba ciertamente hácia la tumba y no pudiendo ser indiferente á mi desgracia, me alentó un dia diciéndome que pronto me daria una contestacion favorable.

"Cuando sus preciosos y divinos labios pronunciaron la palabra *contestacion favorable*, mi corazon sintió el efecto que produce el bálsamo vivificador. Era la primera vez que salian de su boca angelical tan consoladoras palabras.

"Esperé inútilmente mucho tiempo, y llegué á persuadirme de que María solo quiso darme un consuelo para aliviar el abatimiento que me abrumaba, persuasion que me hizo caer de nuevo enfermo con síntomas más alarmantes.

"Más tarde, cuando me convencí de que mi mal no tenia remedio, resolví suicidarme y me preparé á efectuarlo.

"Reflexioné que debia ántes de poner en práctica mi resolucion, ir á tentar los últimos medios y me encaminé á la casa de María, á quien por casualidad hallé sola.

"—María, le dije, estoy ya cansado de soportar la vida. En vano he esperado mucho tiempo la contestacion favorable que me ha ofrecido, y ya siento que me mata este inmenso amor. Vengo resuelto á que hoy de sus bellos labios oiga de una vez si no es posible, de veras, que pueda amarme, porque he tomado ya una resolucion.

"María comprendió por lo siniestro de mi mirada extraviada, y el aspecto inconducente con que la habia ido á ver á una hora intempestiva, que alguna resolucion grave habia tomado.

"¡Pobre María! Tambien sufria como yo.

"—Arturo, me dijo: ya os he comunicado el motivo que me impulsaba á no corresponder vuestro amor, mas ahora no puedo ocultar ya que os amo como os amé desde la primera noche en que vuestro mirar ardiente quedó grabado indeleblemente en mi corazon.

"—María adorada, con que me amábais en silencio, la dije interrumpiéndola.

"—Sí. . . .os amaba y os amaré hasta la muerte; y al haceros esta aclaracion pensad que tendrémos que luchar terriblemente con mi padre que se opondrá á nuestro enlace, por lo que, aunque como he dicho os amaba, ahogaba el inmenso amor que os profeso y que no me era posible ocultaros por más tiempo. Ahora que lo sabeis todo, no precipiteis los acontecimientos, sufrid como he sufrido si es que me amais, que acaso mi padre con alguna calma consienta en nuestra union.

"—Os juro, le contesté, que esperaré todo cuanto gusteis, pues lo que ansiaba era vuestro amor.

"¡Cuánto sufrimiento habia yo experimentado por esperar esa dulce contestacion!

"Al fin habia yo encontrado esa luz divina que los náufragos buscan desesperados al desaparecer en la inmensidad del mar.

"Sin embargo, ¡oh juramento de amor! No presentiamos que dias horribles seguirian á esta escena.

"Ya hacia el espacio de un mes que habiamos hecho esta mutua protesta, y María y yo nos tratábamos con la mayor confianza, cuando empecé á notar en D. Melchor un marcado digusto por mis visitas, recibiéndome de una manera fria, y no separándose ya ni un instante de su hija.

"Pocos dias despues al llegar á la hora de visita, lo encontré solo, no estaba como siempre á su lado mi amada María.

"Despues de darme la mano con esa fria indiferencia pro-

verbial en los ingleses y extraña del carácrer peruano, me dijo:

"—Sentaos, D. Arturo,—y sin ningun preámbulo continuó,—os voy á comunicar una resolucion que he tomado, porque conviene á mis intereses, y sobre todo, porque así lo quiero.

"Yo no contesté nada, esperaba pendiente de sus labios.

"—Hace tres meses largos ó más, que visitais esta casa, y si mal no recuerdo, me habeis dicho aquí mismo que solo permaneceríais algunos dias en Cárdenas; pero como los dias se han convertido en meses y no faltais á mi casa un solo dia, he llegado á comprender que teneis interes por María.

"—Señor, le contesté: es cierto, la amo con todo mi corazon y creo que consentireis en que nuestras almas se unan para siempre.

"Con la misma frialdad prosiguió.

"—Ya eso lo comprendí perfectamente al notar el retardo de vuestra ida, y yo por lo mismo, voy á comunicaros aunque no debiera, lo que he resuelto hace mucho tiempo respecto de mi hija. Desde que tenia doce años, ofrecí su mano al hijo de un amigo mio. Cuando cumplia quince, quise que esto se verificase; pero ella se resistió de una manera desesperada, y como la amo tanto, no he querido violentarla; sin embargo, he hecho el propósito de que viva á mi lado soltera, si no ha de unirse á la persona que le he designado; y como noto que ya os entendeis, desde este momento saldreis de esta casa para no volver á ella más.

"Al oir su voz que me mandaba saliese para siempre de aquella mansion angelical en donde tanto habia sufrido primero, y despues gozado tanto, la sangre hirvió en mis venas y avancé un paso hácia D. Melchor, sombrío, mas al reflexionar que era padre de María, retrocedí horrorizado; y salí cabizbajo de aquel edén de donde era arrojado por el injusto cálculo de un padre déspota.

"Las puertas de la casa fueron cerradas para mí y para todo el mundo.

"D. Melchor ya no salia á la calle sino muy pocas veces, que eran los únicos instantes que yo aprovechaba, prévio aviso de María para verla en el balcon rápidamente.

"Tenia ella una criada ya anciana, peruana tambien, Ramona, que la habia cuidado desde muy niña. Esta anciana comprendió mi amor á María y lo que ella me amaba tambien, y conociendo la injusticia de su padre en quererla casar con un hombre que aborrecia, se prestó gustosa á servirnos de mediadora, ora comunicándome las salidas de su amo, ora llevándome las cartas de María, y encargándose de la contestacion.

"Trascurrido algun tiempo así, algo grave pasó en la casa de D. Melchor un dia, pues entró Ramona muy agitada trayéndome una carta de María, diciéndome que era urgente, pero que no podia esperar la contestacion.

"Era que D. Melchor despechado al ver que no me iba de Cárdenas, tomó la resolucion de hacerlo él.

"La carta de María decia así:

"Amado Arturo: Mañana debemos partir de aquí, no sé fijamente á qué punto irémos. Más tarde debo saberlo. Deseo verte esta noche á las doce en punto por la ventana que dá al callejon de Regina.—Tu *María.*

"En el momento hice preparativos de viaje para mar ó tierra, segun el rumbo que llevase D. Melchor.

"Mi criado Anselmo que era un moceton alto, rollizo, de veinticuatro años de edad, que me habia acompañado en todo mi viaje, era el encargado de arreglar el equipaje.

"A las doce en punto me hallaba frente á la ventana de la casa de María, que dá á la calle de Regina, y un momento despues rechinó suavemente el postigo, que se abrió, á la vez que una voz dulcísima me dijo:

"—Arturo, aproxímate.

"En un instante me trasladé á la ventana.

"—Ya me tienes á tu lado, amor mío, contesté á María, pues era ella.

"—¿Como estás, Arturo?

"—Bien, gracias, amada mia.

"—No hables alto, Arturo, lo más bajo posible, pueden oirnos.

"—Así lo haré ¿y dónde irán?

"—Mi padre considerando que toda comunicacion entre nosotros seria ya imposible, me ha dicho no hace mucho, al retirarme á mi dormitorio, que iremos á la Habana con el objeto de separarme de tí y para que no sepas qué rumbo llevamos saldrémos en la madrugada, en un coche hasta Cimarrones, en donde tomarémos el tren que pasa por dicha estacion.

"—Pues yo tambien iré á Cimarrones y te seguiré á donde quiera que te lleven á ocultar.

"—No desesperes; sal en el tren que parte de aquí mañana temprano, que será el mismo que tomarémos, y tomando asiento en segunda clase, procura llevar algun disfraz para que mi padre no te conozca, y puedas saber á qué hotel llegarémos.

"—Cumpliré, hermosa mía, todo cuanto me indiques, porque eres mi sér, sin tí seria como las plantas sin lluvia, como las flores sin rocío.

"—Arturo amado, no puedes figurarte cuánto me hace sufrir saber que todo esto es por separarnos. ¡Oh fatalidad! Bien te decia que mi padre seria inexorable con nosotros.

"—No te aflijas, María adorada, confia en que llegarémos á ser felices, entreveo un porvenir lisonjero.

"—Arturo, el amor te ciega y te hace ver visiones. Y dime, ya que hablamos de amor, ¿me quieres mucho?

"—¡Ah! ¿Lo dudas cuando contigo sueño desde que los ojos cierro, y no hallo consuelo si lejos de tí me encuentro?

"—Tambien yo, ¿en quién si no en tí quieres que piense?

"—Lo creo, pero me espanta y aflige, ángel mio, esa obstinacion de tu padre en contrariarnos, labrando así tu desgracia y la mia.

"—¡Ah! Eso es justamente lo que me desgarra el corazon, tener que luchar con mi padre, luchar porque es mi padre y lo quiero, pues me vió nacer, oyó mi primer lloro, me meció en la cuna y desde entonces me mima y acaricia; y desde que mi madre no existe, soy su delicia, su idolatría; luchar digo, porque mientras mi padre se afana en contemplarme y los ósculos paternales estallan sobre mi frente, yo solo pienso en tí, no puedo negarlo.

"—Gracias, María, por lo que me amas. Ten ese valor que me hace llegar á la felicidad. Tu padre, llegará un dia, ese dia será pronto, en que comprendiendo nuestro amor, nos bendiga.

"—¡Ah! lo dudo. Con lo que está pasando desconfio, me va faltando la fé, y seria feliz mil veces si tuviese la seguridad de que mi padre consentiria algun dia en nuestro enlace.

"—Sí, alma mia, confia en que sucederá, ten valor y pronto verémos coronados nuestros más vehementes deseos.

"—¡No digas que me falta valor, por Dios! exclamó irguiéndose altiva, tú no has llegado á comprender todavía el tamaño de mi amor, no; mi amor es grande, sublime, no es nacido por la perspectiva de un buen enlace: no; pues ves los obstáculos insuperables que se presentan; tampoco lo es por la continuacion de vernos y tratarnos, porque solo hace cuatro meses que nos conocemos, y ya te he manifestado que te amé desde la primera noche que te ví; es un amor santo, destello divino, amor de una mártir que sin esperanza camina serena al tormento. Recuerda que te anuncié cuanto nos esperaba; te indiqué más de una vez huyeras de aquí, pues no conseguiriamos el consentimiento de mi padre. Mi amor naciente, intenso, lo hubiera ahogado, viviendo con él y llevándolo hasta la tumba, te amaria como te amo y con mi amor hubiera muerto.

"—María, por nuestro amor, cállate, no desgarres mi corazon. Compartirémos nuestras penas, y bajarémos la frente ante el destino que la Providencia nos depare.

"—¿Cumplirás lo que me ofreces?

"—Te lo juro, le contesté firmemente.

"—Bien, Arturo, jamás dudé de que tuvieses un corazon grande y sufrido.

"—¿Dudabas de que mi corazon fuese digno de tu amor?

"—No, no he dudado, desde el momento en que por la vez primera, tus ojos con los míos se encontraron.

"—Gracias, María, por el buen concepto que de mí formaste.

"—Es hora de que nos separemos; ya estás impuesto de lo que debes hacer.

"—¿Por qué hemos de separarnos tan pronto?

"—Porque mi padre puede desconfiar y....

"—No; tu padre dormirá tranquilo en brazos de la confianza creyendo que tú harás lo mismo.

"—Eso te figuras; pero no quiero que por una imprudencia se pierda todo.

"—¡Oh, María de mi alma!—No quiero separarme de tí un solo instante.

"—¿Crees que esta separacion será funesta?

"—Eso justamente meditaba....

"—¿Presientes algo malo?

"—Puede suceder que tu padre te hubiese engañado.

"—Pero ese no es motivo para que te preocupes tanto.

"—Temo que acaso haya concebido la terrible é infernal idea de sacarte de la isla.

"—Lo sabrías en el acto.

"—Conozco que mi temor nace de que desde que te ví, no nos hemos separado un solo instante, á pesar de la guerra que tú me hiciste primero, y despues tu padre.

"—Déjate de recuerdos tristes. ¿Te acobardas tan pronto?

"—No es que me acobarde.

"—¿Y qué es entonces?

"—Que temo no tengas tiempo para darme aviso en la hipótesis de que tomen distinto rumbo.

"—Te repito que deseches de tu mente esa fatídica idea.

"—No me es posible.

"—¿Por qué?

"—No sé, pero he hecho esfuerzos por rechazarla y no lo he conseguido.

"—¿No lo has conseguido dices?

"—No he podido.

"—Y ¿qué piensas hacer?

"—Tomar en este momento un carruaje, meterme en él, y estar á la vista de tu casa hasta tu salida.

"—¿Para qué?

"—Para ir en pos de tí.

"—¡Bah! ¡Bah! Una imprudencia que dará muy malos resultados.

"—Será, pero la pondré en práctica.

"—Todo se perderia en ese caso.

"—Tambien noto que tú deseas nuestra separacion como el único medio que te queda para librarte de mí, y del enojo de tu padre.

"—¿Dudas de mi amor, Arturo, cuando te amo tanto? me dijo ofendida.

"¡Ah! Habia lastimado hondamente el corazon de María, pues á pesar de la oscuridad pude sorprender deslizarse fugitivas por sus rosadas mejillas dos gruesas lágrimas. Comprendí entonces cuán mal la habia juzgado y tomé su blanca y mórbida mano que llené de besos, diciéndole:

"—María, perdóname si te he ofendido, soy un ingrato, un mónstruo, pero debes atribuirlo al exceso de mi amor; ¡perdóname!

"—Cómo no te he de perdonar si te amo tanto, me contestó con una mirada húmeda, ardiente, irresistible.

"—Gracias, amada mia. Desde hoy no me atreveré á contrariarte más.

"—Así te amaré mucho, si es posible que haya más amor, Arturo.

"—Quiero que me repitas lo que debo hacer.

"—Regresarte ahora mismo al hotel, dormir hasta la salida del tren, en que tomarás asiento en segunda clase, disfrazado; lo demás tú lo sabes mejor que yo.

"—Quiero hacerte una súplica.

"—¿Cuál es?

"—Que permaneceré en la calle adonde da la puerta principal de tu casa, á una distancia en que no sea notado, hasta tu partida.

"—Si te escondes bien, puedes hacerlo.

"—Te lo ofrezco.

"—Tú lo sabes, me contestó enojada.

"—¿Te vuelves á enojar?

"—No me enojo, sino que no debes hacerlo.

"—Si no lo hiciera seria lo mismo, pues no podria dormir, pensando en tu próxima ausencia.

"—Está bien; pero ya hemos tardado demasiado, me dijo cariñosamente.

"—Sí, es cierto, debemos separarnos.

"—Adios, Arturo, hasta mañana.

"—Adios, alma de mi alma.

"El estallido de un beso de amor que se oyó resonar en el espacio y el mutuo suspiro de dolor que lanzamos á la vez, dió fin á aquella grata entrevista.

"Cuando me retiraba daba la una y media; hora y media habia durado esa inolvidable cita.

"A media cuadra, bien cubierto con mi capa, me senté en la escarpa, del lado opuesto al de la casa de María.

"Allí estuve como una estátua hasta que, poco despues

de las tres, oí el ruido de un carruaje que se dirigia al lugar mismo en que me encontraba.

"Al acercarse, me acurruqué de tal modo, que solo notaria el cochero al pasar, un bulto informe que podia tomarse por un perro echado, más que por un ser racional.

"El coche paró frente á la casa de María cuya puerta no tardó en abrirse para dar paso á D. Melchor, su hija y Ramona que se instalaron tomando rumbo hácia Cimarrones.

"Regresé al hotel, y no pude conciliar el sueño, con la ansiedad de la hora de la salida del tren.

"Llegó esta, tomé asiento en el wagon de segunda clase, dizfrazado, con espejuelos verdes, el entrecejo pintado, y por complemento un vestido miserable.

"El tren se desprendió con suma rapidez de la estacion, deslizándose imponente sobre los nivelados rieles á impulso de la locomotora, saludando en su carrera, con su bufido asombroso que el viento llevaba á los ingenios cercanos.

"Momentos despues, paraba el tren en la estacion de Cimarrones.

"En mí, nadie se habia fijado.

"El que jamás haya presenciado la perspectiva de la llegada de un tren, no puede figurarse una idea de lo que es. Unos esperan por tomar asiento, otros porque debe llegarles un padre, un esposo, un hermano ó un amigo. Otros por mera curiosidad están de espectadores. Los que llegan ansian ver una persona amiga ó desean rendir ya el viaje. Unos entran, otros salen, este habla, aquel grita, el otro rabia porque algo se le ha perdido. Hay empellones; se ofrecen riñas, suelen haber puñetazos y algo más.... Este pregona dulces, aquella refrescos, la otra frutas, y todo este rebumbio y bullicio cesa cuando al último bufido de aviso, se desprende el tren de la estacion.

"Entonces todo queda silencioso y triste; la estacion desierta; los pasajeros se han encaminado á sus posadas ó á

sus casas, unos, solos, otros rodeados de su esposa y de sus hijos, que los llevan en triunfo por su feliz llegada, haciéndoles repetidas y curiosas preguntas.

"Tales son la llegada y salida de un tren.

"Pues bien, el tren paró en la estacion de Cimarrones, y porque solo tardaria algunos minutos, me quedé en mi asiento de segunda clase, no sin el cuidado de recorrer con la vista la multitud buscando con ojos ávidos á María, á la que no tardé en encontrar entre la muchedumbre, descubrimiento que me hizo palpitar el corazon, y aunque tenia el rostro cubierto con su velo, la conocí inmediatamente por su talle esbelto.

"Seguramente esperaba al padre, pues no tardé en verlos dirigirse al wagon de primera clase.

"¡Oh! no puedo expresar la alegría que experimenté al convencerme de que íbamos en un mismo tren.

"Seguimos rumbo á la Habana, á donde llegamos á las once y media.

"Apenas paró el tren en la estacion, me precipité fuera, y rosando el vestido de María que bajaba, me situé á dos ó tres varas de ella para ver el rumbo que tomaba.

"Mientras D. Melchor buscaba un carruaje, María se fijó en mí reconociéndome con alegría y dirigiéndome una mirada ardiente, llena de agradecimiento porque viajaba en pos de ella disfrazado con aquel miserable traje.

"Mi criado Anselmo, á quien habia dado mis instrucciones, me esperaba en un coche, en el que ya estaba mi equipaje.

"D. Melchor ocupó otro carruaje, ordenando al cochero en voz alta: "Al hotel de San Cárlos en la Plaza Vieja."

"No esperé más; me apresuré á alcanzar el mio y dije al cochero: "Al hotel de América, en la Plaza Vieja."

"Este hotel está á la vista de San Cárlos, de modo que no pudo hacer mejor eleccion D. Melchor.

"Al pasar por el de San Cárlos, María bajaba del coche

con el velo alzado, y al encontrarnos, una sonrisa divina y significativa de su hechicera boca me llenó de gozo el corazon.

"Al siguiente dia de nuestra llegada, asomado al balcon de mi cuarto que daba á la "Plaza Vieja," distinguí á María que cautelosamente desde el balcon de la sala de recibo de San Cárlos, me buscaba entre los que pasaban, ignorando que mis ojos estuviesen como clavados en ella. Como la ví sola, me atreví á agitar mi pañuelo al aire, lo que notó en el acto reconociéndome.

"¡Qué alegría demostró!

"¡Es tan grato verse despues de una ausencia, por corta que sea, cuando hay realmente amor!

"Desapareció del balcon unos instantes para ostentar de nuevo su radiante hermosura.

"Ramona desde la calle me miraba esperando dirigiese la vista hácia abajo.

"Inmediatamente que la ví, bajé haciéndola subir para que conociese mi alojamiento. Me entregó una carta que decia:

"Amado Arturo:

"Tu disfraz fué excelente. Mi padre no te conoció, lo que lo tiene contento porque te cree en Cárdenas. Ha salido á la calle en la confianza de que tú ignoras en dónde estamos.

"He aprovechado su ausencia para ponerte estas líneas.

"Ramona no dudo que te hallará, pues te supongo muy cerca de aquí.

"Ten prudencia, procurando que no te vea mi padre, pues todo se habria perdido. Te ama tu—*María.*"

"Aumento: Ya veo que estás alojado cerca de mí, lo que me causa mucho placer. Procura no asomarte mucho al balcon cuando yo no esté en el de este hotel, pues será señal de estar mi padre aquí; pero cuando esto no sea, te verá constantemente tu—*María.*"

"No hice esperar mucho la contestacion siguiente: María de mi alma: Tu cartita me ha llenado de indecible placer.

"Seré prudente como me encargas.

"Comunícame cuanto ocurra y tenga relacion conmigo y tu padre.—*Arturo.*"

"Así pasamos un mes largo, entendiéndonos por cartas y viéndonos diariamente desde el balcon. D. Melchor iba entrando en confianza y sus salidas eran más frecuentes, momentos que yo aprovechaba para hablar con María.

"Tambien nos veíamos casi siempre en el Teatro de Tacon y en el Paseo de Isabel II; pero sin podernos comunicar por temor de ser descubiertos.

"Al mes, un dia que habia ido á verla, aprovechando la ausencia de su padre, nos encontramos éste y yo en la escalera del hotel, yo bajando y el subiendo, y por consiguiente no hubo ya remedio; me conoció.

"Subió pálido de disgusto.

"María, apenas salí se habia encerrado para evitar alguna sospecha de su padre. Este, sin embargo de hallar la puerta cerrada, llamó, preguntando á María con severidad cuando esta abrió la puerta:

"—¿Quién ha estado aquí hoy mismo?

"—Papá, nadie, contestó asustada.

"—¿Nadie? tornó á preguntar con los ojos chispeantes.

"—Yo no he visto á nadie, pues he estado encerrada. contestó ella con timidez.

"—¡Bien! exclamó D. Melchor contrariado.

"María comprendió en el acto que yo habia sido descubierto por su padre, segun el tono con que éste le habló, y esperaba la infeliz un resultado grave que no tardó en llegar.

"Justamente al siguiente dia de esta ocurrencia, llegó á mi alojamiento Ramona con una carta que decia lo siguiente:

"Amado Arturo: Estoy desesperada; mi padre nos quiere separar para siempre, resolviendo que dentro de dos dias

salgamos de aquí en la barca inglesa *Natalia*, surta en este puerto, que hará viaje para Centro-América: no hay remedio ya, envia un consuelo á tu—*María.*"

"Devoré estas líneas y me apresuré á contestarlas.

"Me tocaba esta vez animarla, inspirándole valor y prudencia, como ella habia hecho conmigo otras veces.

"Le puse lo siguiente:

"Adorada María: No desesperes, ten calma; no nos separarán ni un solo instante. Así te lo ofrece quien jamas te olvidará.—*Arturo.*"

"Esta la llevó la incansable Ramona, que esperaba con inquietud.

"Minutos despues me hallaba frente á D. Melchor, resuelto á probar los últimos medios, sin que María lo supiese.

"—Señor, le dije, deseo trataros de asuntos graves.

"—Podeis comenzar, me contestó irónicamente.

"—Bien, empezaré, y no tardaremos mucho.

"—Habeis tardado ya demasiado.

"—Pues bien, vengo á pediros por segunda vez la mano de vuestra hija, para que en el matrimonio se realice la consagracion de nuestro amor.

"—Y ¿quién sois para atreveros á pedirme con tanta insolencia la mano de mi hija?

"—¡Un caballero!

"—Podreis serlo, pero....

"—No es que podré serlo, lo soy, le respondí interrumpiéndolo.

"—¡No me interrumpais! Recuerdo que cuando se atrevieron vuestros labios á hablarme de María, os dije que no se uniria sino á la persona que yo le habia designado. Por esto debeis comprender que mi resistencia no es á vos individualmente; es, que ya con anticipacion he pensado en su porvenir.

"—Pero sabeis, señor, que esa persona en quien os habeis fijado, jamas será amada por María.

"—Pues morirá soltera ó en un convento, porque yo soy su padre y mando en ella.

"—María me ama, y el amor es la refundicion de dos almas en una sola, y no creo que insistáis en evitar nuestra union. Conoceis á mis padres, son ricos, y conservan un nombre sin mancha.

"—Ya os he dicho antes y repito, que mi hija no se casará más que con el que yo he elegido.

"—Señor, os amparais bajo las leyes monárquicas que rigen en España, y por consiguiente, en esta Isla que depende de aquella monarquía, para no permitir el enlace de María conmigo; y como el Perú no lleva relaciones con España, no podré obtener justicia del Capitan general que es quien sustituye la voluntad de los padres, le contesté con sarcasmo.

"—Me fastidiais, ya creo que hemos concluido, repuso ásperamente.

"—Deseo todavía otra cosa, y es, que llaméis á María, para que en presencia vuestra, exprese su voluntad.

"—Já, já, já. Me provocais á risa. ¿Desde cuándo os habeis figurado que podeis mandarme dentro mi propia casa? me dijo iracundo, aunque pretendiendo manifestar sangre fria.

"—Desde que os habeis vuelto un déspota con María. En cualquier otro punto de América en que rija un Gobierno republicano, sus sábias y santas instituciones, os obligarian á dar vuestra hija á quien ella eligiese.

"—Hemos concluido; salid de aquí, ú os estrello esta silla en la cabeza.

"Al oir "os estrello," acompañado el movimiento á la palabra, me arrojé sobre él, y ya mis manos iban á tocar las canas de un anciano, cuando oí un grito exhalado por María, que desde el interior del hotel se dirigía al lugar donde estábamos. A la vista de María, y bajo la influencia de aquel grito que me heló el corazon, hice un saludo respetuoso y salí del hotel.

"¡Oh! ¡Qué dia tan negro fué para mí, bullían en mi mente ideas horribles! Al dia siguiente, con más calma, pasé á la barca *Natalia*, acompañado de algunos amigos, y manifesté al Capitan que se llamaba Charles Walker, y que era un buen hombre, cuanto me pasaba con D. Melchor por pretender á su hija, y tuve la suerte de que me ofreciese llevar en la barca secretamente.

"Debia salir la *Natalia* á las doce del dia siguiente. A las nueve se embarcaria D. Melchor, y yo debia hacerlo á las siete, quedando oculto en un camarote de proa hasta que estuviésemos fuera de la bahía.

"Habiendo notado que María no salía al balcon hasta ya tarde, me dirigí al hotel de San Cárlos resuelto á cualquier cosa y con el pretexto de hablar con un amigo.

"Llegué al salon de recibo, y tuve la suerte de hallar al pretextado amigo con quien entablé conversacion, yendo á sentarnos al ángulo de la sala que daba espalda á las piezas que ocupaba D. Melchor; de modo que con el auxilio de un espejo que teniamos enfrente, podiamos ver sin ser vistos por nadie, á menos que pasase del balcon al comedor.

"Ya hacia rato que platicábamos, cuando por el espejo noté que D. Melchor salia á la calle, no tardando en ver á Ramona que se dirigia al balcon con el fin seguramente de observar si D. Melchor se alejaba del hotel, pues al rato del regreso de aquella, oimos el roce de un vestido que me causó un estremecimiento, y no tardé en reconocer á María que pasaba triste y meditabunda encaminándose al balcon á enviarme, segun creía, la última mirada y el último adios.

"Yo habia ido al hotel resuelto á que por cualquier medio, llegase á sus manos una carta en que le participaba el arreglo que acababa de efectuar con el Capitan de la barca, á fin de tranquilizarla.

"Me saparé un instante de mi amigo, y seguí á María al balcon

"Ella que cuidadosamente acechaba dirigiendo su mirada hácia el hotel de América, al oir pasos por el salon con direccion á ella, volvió la vista precipitadamente, mostrándose sorprendida y palideciendo como avergonzada al verse descubierta en su acecho.

"Estaba triste y llorosa, notándose en sus mejillas los surcos que el llanto habia impreso; pero estaba esbelta y elegante.

"Fijó en mí sus negros y rasgados ojos, y un rosado subido coloreó su semblante.

"—¿Te sorprende verme á tu lado, María? le pregunté.

"—Sí.... me sorprende, pues creí no volverte á ver más: á la vez me da placer y miedo, porque puede venir mi padre, y una escena igual á la de ayer se repetirá irremediablemente.

"—No temas nada, María de la alma mia; pero si te inquieta mi presencia aquí, me retiraré; no quiero proporcionarte un nuevo disgusto.

"—Perdona que te haya hecho esta reflexion, Arturo. ¡Ya sabes cuánto gusto tengo cuando estás á mi lado, y hoy más que nunca que es segura nuestra eterna separacion!

"—Justamente me trajo la idea de dejarte una carta por cualquier medio, para tranquilizarte; pero ya no tiene objeto, teniendo el indecible placer de encontrarme á tu lado.

"—Gracias, Arturo, me contestó presentándome su tersa y mórbida mano que me apresuré á estrechar imprimiéndole un ósculo ardiente.

"—He venido á comunicarte que no nos separaremos; en la misma barca "Natalia" partiré para Centro-América.

"—¡Cómo! ¿Nos seguirás en el mismo buque?

"—Sí, amada mia, no solo te seguiré á ese país, sino á doquiera que te lleve el capricho de tu padre.

"—No puedes figurarte el peso que has quitado á mi corazon. ¡Ah! Tus palabras me colman de placer, trocándose

mi desesperacion en ventura, abrumándome ya, únicamente, el pensamiento ingrato de una nueva escena á bordo con mi padre.

"—Seré prudente, te lo ofrezco, y mis hechos te lo probarán.

"—Así lo espero, Arturo amado, repuso suplicante.

"—Adios, amada mia.

"—Adios, Arturo. Ten cuidado y prudencia como me has ofrecido.

"—No temas nada.

"Y agarrando su blanca y rosada mano que ella me abandonó cariñosa, dejé grabado en el dorso un candente beso.

"Dí un apreton de mano á mi amigo excusándome de mi separacion, y salí ébrio de placer de San Cárlos.

"A las siete del dia siguiente me hallaba en la "Natalia" con el disfraz de marinero, encasquetado.

"A las nueve, sostenida de los guardamancebos, subia María á la barca, habiéndola precedido su padre que la esperaba sobre cubierta.

"A las doce, al tiro de despedida, zarpaba de la bahía la airosa "Natalia," tremolando á popa el pabellon de la Gran Bretaña. Pasamos frente á la Cabaña, y despues frente al Morro, saliendo al agitado mar, cuyas ondas empezó á hender majestuosamente la barca, impulsada por sus blancas velas que hinchaba el viento Nor-Este, dejando en las aguas la estela de blanca espuma.

"A las dos de la tarde solo se distinguía el Morro y la Cabaña, y más tarde una faja negra en el horizonte; despues.... nada.... el horizonte azul.

"Ya fuera del puerto me quité el disfraz y pasé á la cámara á saludar al capitan.

"Recostado encontré á D. Melchor en un sofá fumando un puro habano, satisfecho de que dejaba en tierra al que turbaba su tranquilidad.

"Al verme entrar, se levantó con precipitacion, sus cejas se contrajeron, palideció, y acercándose á mí, exclamó:

"—¿Qué haceis aquí?

"—Lo mismo que vos, soy pasajero.

"—Y ¿por qué os habeis ocultado?

"—No he pensado en ocultarme; me dormí á la salida á proa, en donde me hallaba contemplando el aguaje que formaba la barca al surcar las aguas: al despertar he venido á la cámara á ocupar mi camarote.

"—¡Ira de Dios! ¿Os quereis burlar de un anciano?

"—Señor, jamas me ha cruzado por la mente ofenderos.

"—Capitan, exclamó dirigiéndose á Mr. Walker, quiero volver á tierra, desisto del viaje.

"—En puerto no era difícil su desembarque, contestó el capitan; pero ya en el mar, no me es posible regresar sin un grave motivo.

"Navegábamos con proa al Sur-Sur-Este, cuyo rumbo se sostuvo hasta las diez de la noche que se rondó el viento al Sur-Este, firme y fresco.

"Viéndose Don Melchor contrariado, me habló en estos términos con acento grave y resuelto:

"—He observado que sois audaz, y que no respetais las canas de un anciano, ni las consideraciones que se deben á un padre de familia, y para poner fin á esto, os desafío á muerte al tocar la primera tierra, porque uno de los dos está de más en el mundo.

"—Podeis hoy mismo, si gustais, matarme, pero yo no acepto el duelo, le respondí respetuosamente.

"—Pues sois un cobarde, exclamó con los ojos chispeantes.

"—Para con vos lo soy y seré siempre.

"—Si no admitís al tocar á tierra, os tiraré un guante en el rostro, tornó á decirme.

"—Ni así aceptaré, le contesté firmemente.

"—Lo veremos, repuso desalentado, dejándose caer en el sofá.

"A las cuatro fué servida la comida, á la que nos acompañó la bella y sin igual María. Ésta al verme, con una mirada de sus negros y rasgados ojos, correspondió mi respeto á su padre en su último altercado, pues habia presenciado la manera humilde y respetuosa con que le respondí.

"En las primeras horas de la noche, D. Melchor subió un instante á la cubierta cuando yo me encontraba con el capitan cerca del timonel, observando en la brújula el rumbo que llevábamos. Yo, al notar su salida, me deslicé sigilosamente y fuí á ver á María, á quien hallé sentada en el mismo sofá que su padre y ella ocupaban despues de nuestra salida. Una sonrisa de inefable dicha ví dibujarse en sus labios: verme, pararse, preguntarme de su padre, decirle que se habia dirigido á proa y juntarse nuestros labios produciendo un estallido ténue, pasó como un relámpago.

"Cuando su padre volvió á la cámara, encontró sola á María en el sofá, como si nada hubiese acontecido.

"A su pasada, como acostumbraba siempre, me dirigió una mirada sombría y amenazante.

"A los dos dias de navegacion por la costa, orillando con precaucion la cadena de escollos que abrazan la Isla de Cuba, reconocimos el cabo San Antonio, de cuyo punto nos desprendimos, haciendo el buque proa al Sur.

"Empezábamos esa cruzada inmensa de la mar profunda que separa la Isla de Cuba de Centro-América, atravesando el estrecho de Córdoba ó sea el Canal de Yucatan, para surcar las agitadas aguas del Golfo de Honduras, que erizado de islotes y escollos, de piedras y arena, es peligrosísimo para los desgraciados marinos que les toca navegarlo.

"A los tres dias de llevar rumbo al Sur, con vientos galernos del Nor-Este, de dia, y de noche del Sur-Este, nos sorprendió una calma tan completa, que las grimpolas colgaban y las velas caian lánguidamente sobre los mástiles.

"Navegábamos á la altura de 20 grados latitud Norte y 86 grados longitud Oeste del meridiano de Greennwich.

"La calma y la mar tan agitada hacian crugir y bambolear los mástiles, trabajando terriblemente el buque que parecia que corriamos una tormenta.

"Al amanecer del tercer dia, empezó á soplar el viento fuertemente del Sur, y al medio dia era casi una borrasca, que rompió el mastelero de la escandalosa del mezano; pero aflojó un poco en la noche, y al aclarar volvimos á quedar en calma.

"La calma es siempre precursora de la tempestad.

"Como á las dos de la tarde de ese mismo dia, comenzamos á sentir ráfagas de viento del Sur muy sospechosas, que empezaban á embravecer el mar, y á las tres soplaba ya el Oeste, pero más recio.

"El capitan habia notado desde la mañana, que descendia el barómetro, anunciando variacion de tiempo. Nubes cenicientas y negras principiaban á aparecer por el Nor-Oeste, con aspecto siniestro y amenazador.

"Conociendo el capitan que teniamos encima el mal tiempo, con esa voz gruesa, áspera y dominante de los marinos, mandó:

"—Arria sobres, carga y aferra.

"Con la mayor prontitud arriaron y aferraron las velas más altas.

"No tardamos en oir de nuevo la voz del capitan que mandaba:

"—Arria foque y petifoque, carga y aferra.

"Otros marineros que esperaban órdenes, invadieron el bauprés, y precipitadamente ejecutaron la órden.

"El viento iba arreciando más, y las nubes que ya eran gigantescas, amenazaban invadir el firmamento.

"El capitan siguió acortando la vela.

"Como la barca hacia proa al Sur-Este, el capitan resolvió cambiar el rumbo para esperar el tiempo á la capa.

"De cinco á seis de la tarde, el viento se habia rondado al Nor–Oeste franco, desencadenándose el huracan. Las nubes subian rápidamente, produciendo relámpagos y truenos espantosos.

"Ya la tempestad declarada, el capitan ordenó arriarse las velas mayores, trinquete, mesana, estáy de juanete, estáy de gavia, trinquetilla y otras que no habian sido arriadas, navegando únicamente con la de estáy mayor y el foque.

"El viento arreciaba con furor, silbando los cordajes con desesperacion.

"La mar bramaba impulsada por la tempestad.

"Ya era de noche, noche lóbrega y espantosa.

"Penetré un momento á la cámara para dar valor á María, pues el movimiento del buque era ya aterrador.

"La encontré aunque pálida y triste, sentada junto á su padre que se mantenia sereno, impasible, con su carácter de hierro como siempre. Dirigíle una mirada cariñosa, y salí de la cámara despues de recibir de ella otra mirada angelical, que encerraba un mundo de amor.

"Regresé al lado del timonel, en donde me agradaba estar, tanto por no provocar un disgusto con D. Melchor, como por saber el rumbo que llevábamos.

"La barca era nueva y valientísima en la mar, no habiendo hasta ese momento nada grave en la navegacion, más que la molestia del movimiento. Una verdadera desgracia imprevista convirtió en peligrosísima nuestra situacion. Una completa cerrazon hacia más oscura la noche. Los truenos y relámpagos eran incesantes.

"Como á las dos de la madrugada, un relámpago terrible alumbró la "Natalia," y á la vez se dejó oir el estallido espantoso y aterrador de un rayo que azotó la barca, rompiendo el mástil de la mayor y parte de la obra muerta, experimentándose un estremecimiento muy extraño en el buque, lo que produjo una horrorosa confusion á bordo.

"Los pedazos del mástil que no habian caido sobre cubierta ó al agua, colgaban de la jarcia que pendia de los mástiles, trinquete y mesana, chocando en el vaiven con el caramanchel ó la obra muerta, y con el chillido del viento y el ruido opaco que producian los restos del obenquer, escotas y drizas trozadas, formando un concierto infernal.

"La voz imponente y poderosa del capitan que ordenaba maniobras á gritos, las blasfemias y bravatas que con voz lúgubre dirigian los marineros al viento, al mar y al rayo, el rugido incesante y profundo de las embravecidas olas que amenazaban destrozar la barca, y los quejidos lastimeros que emanaban de la trémula boca de María, formaban otro concierto muy distinto del anterior, que me destrozaba el corazon."

"—Dejadme, amigo, un momento enjugar estas lágrimas que vierto, en recuerdo de mi desgraciada María. ¡Oh! pobre María de mi alma! — Dijo Arturo, saliendo de su seno hondo suspiro, y dejando caer su cabeza entre las manos.

"Un momento despues, continuaba:

"D. Melchor era el mismo, no manifestaba alteracion alguna, y se ocupaba de convencer á su hija, de que pronto calmaria la tempestad.

" ¡ Oh, cuánto hubiera yo dado, mi vida entera, por estar al lado de María prodigándole con toda la efusion de mi cariño, esas consoladoras palabras que su padre le dirigia en aquellos instantes supremos!

"La noche continuaba negra y horrorosa. El capitan empezaba á temer que los mástiles del trinquete y mezana sin cabos que los sujetasen, no pudiesen soportar la fuerza del viento, y se rompiesen de un momento á otro.

"Rota la vela de estáy mayor, se hizó la mezana, mandando el capitan dar popa á la tempestad, y ordenando ei difícil aseguramiento en medio de la oscuridad, de ambos mástiles con jarcia de repuesto.

"Al amanecer ya habian cesado los truenos y relámpagos, sucediendo á éstos una copiosa lluvia que comenzó á caer, arreciando el viento con furor.

"Las encrespadas olas del mar enfurecido, venian á estrellarse contra la proa de la "Natalia" que, destrozada, amenazaba hundirse en el abismo.

"Serian las ocho de la mañana, cuando, por un movimiento brusco que hizo la barca de popa á proa, á causa de una oleada formidable, faltaron los cabos que sostenian los mástiles, empezando á crugir el del trinquete, que no tardó en romperse produciendo en su tremenda y peligrosa caida un ruido siniestro y horroroso, y arrastrando el bauprés que, crugiendo, fué á confundirse con las olas.

"Al momento comprendió el capitan que corriamos inminente riesgo, porque al caer el mástil habia hecho pedazos la cocina, rompiendo una parte de la cubierta, por donde entraba el agua á pesar de los esfuerzos que hacian para evitarlo.

"Además, como la barca habia trabajado bastante, no eran suficientes los tripulantes para extraer el agua que le entraba.

"La tripulacion estaba rendida y no podia resistir á la fatiga por más tiempo.

"Como solo quedaba el mástil de la mesana, y no podia gobernarse la barca con esta sola vela, haciamos proa á la bahía de Honduras, no siéndonos posible atracar á la costa de Belice, que estaba más próxima, porque no podiamos conseguir hacer orzar la "Natalia."

"Así navegamos tres dias que nos parecieron siglos.

"Los marineros se rindieron, y tuvimos el capitan, el piloto, yo y mi mozo Anselmo, que hacer nuestros turnos en las bombas.

"Solo D. Melchor, con su sangre fria, no quiso ayudarnos: le era indiferente la perspectiva de la muerte.

"Yo no podia mostrarme indiferente cuando empezaba á vivir, y debia salvar la vida de aquel ángel de amor, de la única mujer que me lo habia inspirado. Esto motivaba que compartiese con los extenuados marineros las fatigas y penalidades.

"D. Melchor era incomprensible, amaba á María hasta la idolatría, y no procuraba salvarla de una muerte que veiamos segura.

"Como él no se separaba de ella, yo no podia hablarla, teniendo que conformarme con las miradas y sonrisas que al descuido de su padre, me enviaba llenas de supremo amor.

"Al aclarar del tercer dia distinguimos la Isla de los Cisnes, que dejamos al Este, y como á las dos de la tarde pasamos por en medio de las islas Rantan y Bonaca, á las que no nos fué posible arribar por las razones antes referidas.

"La "Natalia" con la bodega llena de agua, estaba próxima á irse á pique.

"Como á la hora de haber pasado las islas Ranta y Bacana, aotamos en lontananza una espantosa reventazon que se extendia de Este á Oeste, y un poco más allá la costa de Honduras.

"Como era irremediable que la barca iba á estrellarse sobre aquella rompiente, mandó el capitan arriar los botes para salvarnos, ordenando nuestro traslado á ellos sin precipitacion y con órden.

"Poco despues, impelida por el huracan, encallaba la barca sobre los escollos de piedras haciéndose pedazos.

"Así acabó nuestra compañera de desgracia, hallando su tumba sobre un escollo de piedras en el mar de Honduras.

"En los tres botes nos distribuyó el capitan, del modo siguiente:

"En el primero, íbamos: el capitan, yo, Anselmo y tres marineros.

"En el segundo: el piloto, D. Melchor, María, Ramona y tres marineros más.

"En el tercero: el contramaestre, cocinero, muchacho de cámara y cinco marineros restantes.

"En ellos iba algun equipaje.

"Tomamos el rumbo de las rompientes á fin de buscar un lugar accesible para pasar.

"El bote que mandaba el contramaestre, dispuso el capitan fuese el primero que embistiese por ser marinos los que en él iban, lo que se efectuó entrando sin novedad por un canal que se descubrió.

"Despues embistió el que dirigia el capitan que tambien entró perfectamente, quedando para lo último el que conducia el piloto. Éste seguramente no gobernó bien, pues fué á chocar su bote contra un cabezo de piedra que no sobresalía, rompiéndose por estribor.

"Como era D. Melchor alto y grueso, en el choque no pudo evitar el caer del mismo lado en que se rompió el bote, estrellándose contra dicho cabezo, lo que le causó la muerte instantáneamente.

"La anciana Ramona tuvo el mismo fin que su amo.

"No sucedió así con María que se agarró del borde de babor, quedando bajo del bote al volcarse éste.

"Yo, que pendiente me encontraba de la entrada del último bote, al ver aquella desgracia y al oir á la vez un grito desgarrador de María, avisé al capitan vivamente, quien volvió con rapidez, pero antes de que llegase al lugar del siniestro me eché al agua resuelto á dejarme ahogar junto á mi amada, consiguiendo llegar á nado á donde estaba el bote averiado que la corriente lo precipitaba para adentro á mar bonanza, lo agarré con todas mis fuerzas hasta que conseguí alzarlo, descubriendo á María ahogada ya.

"Al verla amoratada, me desesperé y blasfemé de todo; la abracé, y sostenido del bote del capitan que ya se encontraba cerca de mí, la trasladé á él ayudado de los marineros, embarcándome en seguida.

"La ví, y al convencerme de que estaba muerta, sentí inundárseme el cuerpo de un sudor helado; los nervios se me crisparon y me arrojé hácia ella, imprimiéndole ardientes besos, sin poder evitar las lágrimas que á torrentes salian de mis ojos.

"Ayudado del capitan y marineros, quise revivirla poniéndola boca abajo, soplándola y haciéndole todo lo que la ciencia médica indica para aquellos casos supremos, pero todo parecia inútil.

"Por fin, á fuerza de empeño, llegó á respirar y abrió los ojos, volviendo á la vida que casi habia abandonado.

"Esa resurreccion, si así puede llamarse, fué como un fulgor de aurora despues de una noche tempestuosa.

"Sentí el corazon dilatárseme de indefinible gozo.

"Recogidos los demás náufragos nos dirigimos á Trujillo, puerto de Honduras que teniamos á la vista, llegando á él á las ocho de la noche.

"Habia yo tocado el pulso á María y se lo encontraba sumamente agitado, cosa que me tenia alarmado y ansiaba hallar otro facultativo en Trujillo, para que me acompañase, pues solo no podia atenderla en el estado de excitacion á que me habian reducido tantas calamidades.

"Mis deseos fueron satisfechos, hallando á Monsieur Moret, médico frances que se prestó gustoso á asociárseme.

"Examinó á María y me dió esperanza de que la fiebre cederia pronto, acaso al amanecer, para cuyo objeto me ofreció acompañar toda aquella noche hasta dejarla fuera de riesgo.

"A las doce de la noche notamos que era más viva la pulsacion, aunque ella parecia más animada.

"María, con su corazon de ángel, lloraba la muerte de su padre que la habia acariciado desde la infancia; lloraba á su aya Ramona, que habia seguido el fatal destino de su padre. Estas dos pérdidas la tenian fuertemente impresiona-

da, porque recordaba que su padre habia reconcentrado en ella todo su cariño, desde que la madre habia bajado á la mansion de los muertos.

"—Por Dios, María, le decia yo, ¿á qué traer á la memoria recuerdos tan dolorosos en el estado en que te encuentras?

"Como á la hora despertó con basca y echó alguna sangre, la que examinamos y nos alarmó, pues reconocimos gravedad al instante.

"Al preguntarle lo que sentia, nos contestó que comenzaba á experimentar un dolor interno, pero lento.

"Una hora despues le volvió la basca y echó otra poca de sangre.

"Entonces nos convencimos de que su muerte seria casi segura, pues la fiebre no cedia y la postraba cada vez más.

"Toqué sus manos y las hallé heladas.

"Ya en estos instantes me cruzó la idea de que fuese mi esposa, y corrí en busca de un sacerdote y del Juez del estado civil, á quienes expresé mi resolucion.

"Momentos despues, siendo testigos el capitan, piloto y contramaestre y en presencia de los marineros, Arturo Robira y María de la Llama fuimos unidos con vínculos indisolubles.

"María era ya mi esposa, ¡pero en qué circunstancias tan tristes!

"El capricho estúpido y el interes sórdido y miserable de un padre déspota habia causado la muerte de su hija, y mi perdicion completa.

"María, despues de nuestro desposorio, seguia bien aparentemente, y aun me llamó á su lado, y teniéndola entre mis brazos, posaba sus moribundos labios en mi frente, asomando á sus ojos negros como la noche, torrentes de lágrimas que surcaban su pálido rostro.

"Sus lágrimas manifestaban dos sentimientos bien dis-

tintos: de alegría, porque veia al fin unida su efímera existencia al único que habia amado; de tristeza, porque habia perdido á su padre, y ella se separaba para siempre del objeto de sus ilusiones.

"¡ Ay ! ¡Qué miserable y desgraciada es la humanidad !

"Yo no podia llorar por no afligir más á aquella vírgen que pronto volaria al cielo; y sin embargo, mis ojos se resistian á detener mis abundantes lágrimas.

"María recordaba que el acto solemne que acababa de tener efecto no hacia mucho, habia costado la vida á su padre y á Ramona, estando ella misma al borde del sepulcro.

"Entre recuerdos tristes y recuerdos gratos, amargos unos, dulcísimos otros, pasó distraida hasta las cuatro que le principió un dolor agudo que le hacia quejarse lastimosamente, repitiéndole la basca en la que volvió á arrojar bastantes partículas de sangre.

"Yo me hallaba á su lado acariciándola, tranquilizándola y estrechándola contra mi seno para darle vida.

"Todo fué inútil, pronto la postracion la invadió, empezándole ese estertor precursor de la muerte, que desespera al paciente; esa ansiedad de vivir; esa transicion horrible de la vida á la muerte.

"El conocimiento no lo perdia aún, pero su vida se apagaba en una lenta agonía.

"Como tartamudeando, pues ya la lengua se le entorpecía, comenzó á hablar:

"—Arturo de mi al....ma, es....po....so mio, me muero, y te de....jo so....lo en el mun....do.

"—María de mi vida, mi tierno amor, mi única ilusion, no me quedaré en el mundo, pronto iré en pos de tí hasta la eternidad en donde se reunirán nuestras almas para no separarse más.

"—Te....rue....go....es....po....so mio....que....per....do....nes....á....mi....padre, me dijo con acento doloroso.

"—Por ser tu postrera súplica, María, accedo á perdonarle los inmensos males que me hizo y, ¡ quiera Dios perdonarle los que á tí te ha causado!

"—Gra....cias....Arturo....de....mi....vi....da. A....sí....mo....ri....ré....tran....quila. Estré....cha....me fuer....te....men....te, que quie....ro....mo....rir en tus bra....zos.

"—Te estoy estrechando, María de mi alma, le decia, y la atraia suavemente á mi pecho, procurando ocultarle las lágrimas que brotaban de mis ojos.

"—No llo....res, Ar....tu....ro, por Dios.

"—¿Y cómo no he de llorar cuando te quiero tanto, y estás próxima á abandonarme?

"—¿No....me....has....ofrecido....que...pronto...nos....reuniriamos....allí,....en...el...cielo...para...no....separarnos....más?

"—Sí, te lo repito.

"Repentinamente le entró una convulsion.

"¡Me muero, Arturo! exclamó con una voz lúgubre que me heló el corazon. En seguida pronunció con voz casi imperceptible, como haciendo un supremo esfuerzo, estas últimas palabras:

"—Me....mue....ro....es....po....so....a...di...o....s, y su voz se apagó.

"La alumbré con una luz que bañó su virginal semblante: estaba expirando ya.

"La contemplé, abrí los ojos enormemente para convencerme de que no era un sueño, los cabellos se me erizaron, sentí un vértigo espantoso, lancé un grito de dolor, y en un acceso de desesperacion, me precipité hácia ella á aspirar su divino y último aliento, y.... no supe más; me habia desmayado.

"A las cinco en punto habia expirado María, subiendo al cielo circundada de la aureola virginal que se marcaba en su hermosa y pura frente.

"¡Oh fatalidad! ¡Todo habia concluido para mí!

"A las doce, al volver de mi desmayo, me encontré en una habitacion extraña. Me incorporé, traté de coordinar mis ideas, y solo como un sueño, muy confusamente, recordaba lo que habia ocurrido.

"No tardé en ver entrar al capitan á mi habitacion.

"—Capitan, le dije, quisiera saber lo que me ha pasado.

"—D. Arturo, me contestó, lo que os ha sucedido ya no tiene remedio.

"Entonces comprendí la realidad de la pérdida eterna de María, y prorrumpí en amargo llanto.

"—D. Arturo, replicó el capitan, teneis el consuelo de que ha muerto en vuestros brazos, siendo ya vuestra esposa. Procurar olvidarlo todo.

"—¡Oh! ¡Dios mio! ¿Acaso se puede olvidar á la mujer que se ha amado, capitan? exclamé, ahogando mi voz los sollozos.

"—Llorad, D. Arturo, llorad, que el llanto es un consuelo.

"—¡Ay! Es imposible que yo sobreviva á esta desgracia, capitan. ¡Oh, María!...... ¡Pobre amada mia!

"—Es cierto, D. Arturo, pero es necesario que os tranquiliceis, teneis que cumplir un deber sagrado, el último tributo de la humanidad. La inhumacion del cadáver debe efectuarse hoy á las tres, hora en que será conducida al templo, y de allí se trasladará á la mansion de los que fueron. Todo lo he arreglado de la manera que sea digna de la que llevó vuestro nombre.

"Por un impulso de gratitud estreché á Mr. Walker.

"A las tres, vestido de riguroso luto, pasé al templo católico (única religion que se profesa en Honduras) acompañado del profesor Moret, el capitan, piloto y todo el resto de la tripulacion de la que se llamó "Natalia."

"Allí nos encontramos con gran número de personas que

se acercaron á saludarme, dándome el pésame de costumbre. Todo se presentaba á mi vista sombrío.

"Al comenzar la ceremonia fúnebre, oí el clamor herido de la campana que tocaba á muerto, cuyo lúgubre tañido, hacia palpitar vivamente mi corazon.

"Concluido el acto, fué conducido el féretro al cementerio general.

"Allí, antes de depositar el cadáver de María en una urna de mármol, mansion helada en que debia reposar para siempre, quise verla por última vez. La ví unos instantes, estaba su tez lívida, descarnadas sus facciones y los ojos hundidos en sus órbitas amoratadas; me incliné ansioso con el corazon aprimido á tocar sus trasparentes labios, y al estallido ténue y seco del postrer beso, lancé una estrepitosa carcajada.

"Me habia vuelto loco ! ....

....

....

"Hace un mes que al volver á la razon, me encontré en la Habana sin María, sin el capitan inglés que tanto me habia servido, solo, en fin, como abandonado en un desierto.

"En mi mesa hallé una carta que conservo en mi pecho, junto con las de María, que aun en el período de mi locura permanecieron sobre mi abrasado seno en un relicario.

"La carta estaba concebida en estos términos :

"Amigo D. Arturo :

"Para cuando recupereis la razon, que hago voto de que sea pronto, os dirijo estos renglones. Yo os traje á Cuba de Honduras. Aquí os dejo recomendado á una persona amiga para vuestro cuidado. La casa que os ha suministrado recursos, queda encargada de sosteneros. Yo parto para Inglaterra á ver á mi esposa y á mis hijos, que pongo á vuestras órdenes. Es el motivo que me impulsa á abandonaros.

¡Quiera el cielo que volvamos á encontrarnos pronto! Adios, D. Arturo.

Charles Walker."

"La carta tenia meses de atraso, segun la fecha.

"En vista de mi estado de abatimiento y de tristeza, hallándome flaco, enfermo y como abandonado en un páramo horrible, pretendí entregarme á la crápula para aturdirme y no sentir; pero me engañé, el licor aumentaba mi dolor.

"Cansado de esperar un remedio á mi pesar, supe que salia el vapor "México" para Veracruz, y tomé la resolucion de atravesar la República Mexicana para embarcarme en el Pacífico, en el paquete que va á Panamá y de allí al Perú. Todo esto, si me fuese posible, porque presiento que la vida se me acaba. El corazon lo siento como que dos robustas manos lo oprimen sin cesar ni un solo instante. He llegado impulsado por la fatalidad á trasformarme en el ser más abyecto de la tierra. Tiempo hace que á nadie dirijo la palabra, y aun he llegado á tenerle aversion á todo el mundo. Mi descarnada mano mucho tiempo lleva de no ser estrechada por nadie. Vuestra amabilidad y la simpatía que os inspiré desde nuestro primer encuentro, han formado nuestra amistad, y por un impulso de gratitud, os he comunicado, aunque brevemente, hoy que la casualidad nos reunió, mi triste y dolorosa historia.

"He concluido y me retiro á descansar. Buenas noches, amigo."

Cuando concluyó su historia, bien triste por cierto, eran las cuatro de la mañana; tambien me retiré á reposar.

Al segundo dia llegamos á Veracruz, posando ambos en el Hotel de Diligencias.

Juntos seguimos á México en donde permanecimos algun tiempo y donde nos separamos, siguiendo él rumbo al

Pacífico á donde jamás pudo llegar, pues al volver yo de la capital de la República, despues de algunos meses, supe que Rovira se habia suicidado en un pueblo del trayecto, acabando así la vida trágica de aquel desgraciado viajero, que por una coincidencia se habia hecho amigo, habiendo sido víctima de UN AMOR CONTRARIADO."

FIN.